

Concha Lagos



Atados a la tierra y otros relatos

Edición crítica y estudio introductorio
Sandra G. Rodríguez

Dykinson, S.L.

Colección

ANDALUZAS OCULTAS

Eva María Moreno Lago y Mercedes Arriaga Flórez
Directoras

Comité Científico

Patrizia Caraffi, Universidad de Bolonia
María Rosal Nadales, Universidad de Córdoba
Julia Benavent Benavent, Universidad de Valencia
Francesca Denegris Calderón, Católica Universidad del Perú, Lima
Barbara Meazzi, Universidad de Cote Azur, Francia
Kostantina Boubara, Universidad de Tesalónica, Grecia
Silvia Manzo, Universidad de la Plata, Argentina
Marcelo Pereira, Lima Universidad Federal de San Salvador de Bahía, Brasil
Teresa Rodríguez, Universidad Nacional Autónoma de México
Mercedes González de Sande, Universidad de Oviedo, España
Gladys Lizabe, Universidad Nacional de Cuyo, Argentina
Nuria Capdevilla Arguelles, Universidad de Exeter, Inglaterra
Ana María Díaz Marcos, Universidad de Connecticut , USA
Rocío González Naranjo, Universidad Católica de l'Ouest-Bretagne Sud, Francia
Rodrigo Browne, Universidad Austral de Valdivia, Chile
Carolina Sánchez-Palencia, Universidad de Sevilla, España

Sandra G. Rodríguez (ed.)

CONCHA LAGOS.
Atados a la tierra y otros relatos

Dykanson, S.L.

2023

Concha Lagos. Atados a la tierra y otros relatos.

Sandra G. Rodríguez (Ed.)

Esta publicación ha sido financiada con el proyecto “Andaluzas Ocultas: medio siglo de mujeres intelectuales (1900-1950)” que forma parte de los proyectos I+D+i FEDER Andalucía 2014-2020, con referencia US-1381475, y el Ayuntamiento de Sevilla.



Todos los derechos reservados. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse ni transmitirse sin permiso escrito de Editorial Dykinson S.L.

© De la introducción, edición crítica y notas: Sandra García Rodríguez

© De los relatos: Herederos de Concha Lagos

© De la presente edición: Dykinson S.L.

© Cubierta: Eva Moreno

© Fotografía de la cubierta: Real Academia de Córdoba

1º edición: 2023

Editorial Dykinson S. L.
Meléndez Valdés, 61 – 28015 Madrid, España
Internet: <https://www.dykinson.com/>
E-mail: info@dykinson.com

ISBN: 978-84-1170-206-5

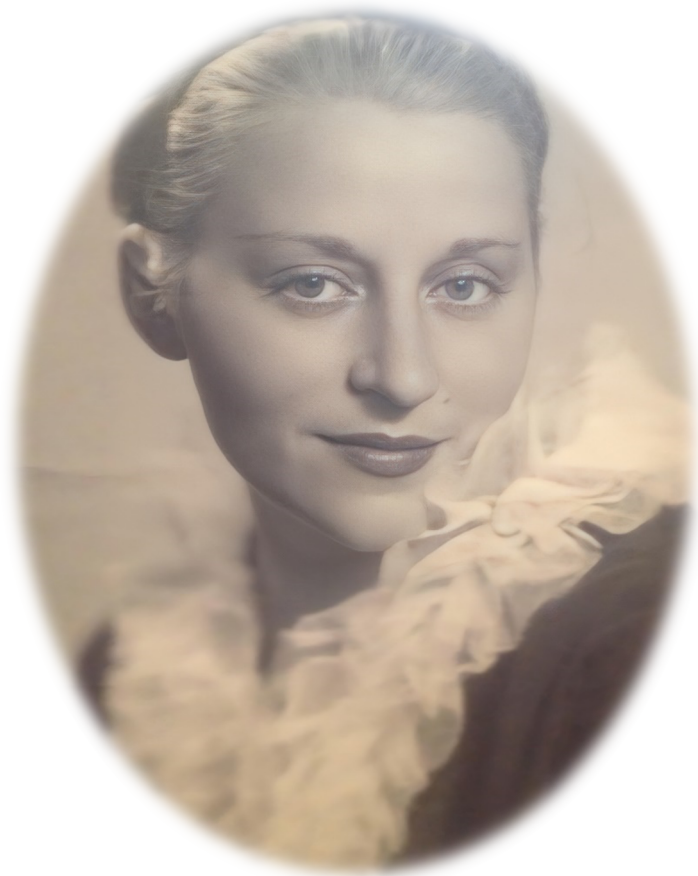
CONCHA LAGOS.
ATADOS A LA TIERRA Y OTROS RELATOS

Sandra G. RODRÍGUEZ (ED.)

Universidad de Sevilla

SOBRE LA AUTORA

Sandra G. Rodríguez (Santander, 1998) se graduó en Estudios Hispánicos por la Universidad de Cantabria en 2020 y realizó el Máster en Estudios Lingüísticos, Literarios y Culturales en la Universidad de Sevilla en 2021. Actualmente es investigadora predoctoral en el departamento de Filologías Integradas de la Universidad de Sevilla y cursa el programa de doctorado en Estudios Filológicos en la línea de investigación “Mujer, escritura y comunicación”. Es componente del grupo de investigación “Escritoras y Escrituras” y participa en el proyecto “Andaluzas ocultas. Medio siglo de mujeres intelectuales (1900-1950)” en el que está desarrollando su tesis doctoral sobre la prosa de Concha Lagos. También forma parte del proyecto de la Unión Europea “Trans. Arch. Memorias Colectivas y usos subalternos”, con el que ha realizado una estancia de investigación con el Programa de Estudios Latinoamericanos Contemporáneos y Comparados (PELCC) de la UNTREF (Buenos Aires). Por otro lado, es secretaria de AUDEM (Asociación Universitaria de Estudios De las Mujeres) y coordinadora de actividades de la Real Sociedad Menéndez Pelayo de Santander, donde desarrolla la iniciativa “Encuentro de jóvenes investigadores”. Ha escrito capítulos sobre Concha Lagos, Ana María Matute y Carmen Boullosa y editado y prologado el volumen “Resistencias Literarias. Los lenguajes contra la violencia” en la editorial Dykinson.



Concha Lagos. Archivo de la Real Academia de Córdoba.

Concha Lagos

Mío voy a llamar a lo que me rodea: árboles, cielos, bosques. Mías, estas alturas y el vuelo tan audaz, que el aire van contando las mismas golondrinas de anteriores estíos. Las mismas son, las mismas. Las mismas estas rosas. Todo lo que renace, lo que mi pensamiento en torno va tejiendo con hilos invisibles.

Sin embargo, tan firmes y reales se mueven que convertirlos puedo en cuerdas de cometas. Dueñas las veo del espacio, dueñas: tras su alegre ascensión.

Como un collar anudo el tiempo a mi garganta. Colgado ya lo siento sobre el pecho, unido al rítmico latir del corazón. Mientras pulsarlo pueda y enredarlo al soñar, mío será.¹

¹ Fragmento de *El Muro*, de Concha Lagos, manuscrito inédito que se encuentra en el archivo de la escritora en la Biblioteca Nacional de España (BNE), donde se conservan más de 900 documentos de Concha Lagos. [Singatura: Arch.Clagos /6/1].

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN CRÍTICA

CONCHA LAGOS: VIDA, IDEAS Y RELATOS EN SU CONTEXTO ...	9
1. Esbozo biográfico	10
2. La difícil ubicación de Concha Lagos en la historia literaria y su olvido en la Edad de Plata	25
3. Concha Lagos en prosa: los cuentos de <i>Atados a la tierra</i>	32
6. Referencias bibliográficas.....	50
7. Criterios de edición	58
8. Agradecimientos	59

OBRA

Atados a la tierra	61
El barco	63
Antes de entrar	66
La herencia	68
La escapada	70
Un día es un día	72
El regreso	75
La cortina	82
La túnica	85
Gasparito responde a Don Carmelo	88
La ventana	91
Figuraciones	93
La visita	95
Burbuja	98
La sarna	101
La carta	104
La vida empieza mañana	106
Resumen	115
Otros relatos	119
El sino	121
Un anuncio fuera de serie	123
Al amparo de dios	125
Agua pasada	127

CONCHA LAGOS: VIDA, IDEAS Y RELATOS EN SU CONTEXTO

Sandra G. RODRÍGUEZ

Universidad de Sevilla

Leer a Concha Lagos hace tres años era complicado. Recientemente, se han editado y reeditado algunas de sus obras, *La madeja. Memorias de Concha Lagos* (2021) por Juana Murillo y Rafael Castán, *Teoría de la Inseguridad* por Juana Murillo (2023) con la Editorial Torreozas y *Golpeando el silencio*, prologado por María Teresa Navarrete Navarrete (2021). Sin embargo, sigue siendo difícil acceder a otras (de las tantas) obras de Concha Lagos, figura clave para el transcurso de la historia de la literatura española del siglo XX, interesante en todas sus facetas y dimensiones, tanto dentro como fuera de sus textos. Si no se dispone de recursos económicos o instrumentales, como los que ofrece la Universidad, es prácticamente imposible leerla. Y si es difícil llegar a su poesía, lo es aún más a su prosa, la parte menos estudiada y valorada en su momento de su publicación y en su posterior estudio.

Para mejorar el acceso a sus relatos se ha elaborado la presente edición, gracias al proyecto «Andaluzas Ocultas. Medio siglo de mujeres intelectuales (1900-1950)» y al Ayuntamiento de Sevilla. Se pretende contextualizar a la autora, reivindicar su posición tanto en la primera parte del siglo XX como en la segunda, marcadas ambas por diferentes actividades artísticas, y disponer de una edición accesible de sus relatos. Mujer polifacética, Concha Lagos ha de tenerse en cuenta a la hora de hablar de las intelectuales de la Edad de Plata y de los componentes de la llamada Generación del 50 como escritora y promotora cultural. Resulta injusto que, por la difícil ubicación de la escritora con respecto a los grupos literarios presentes en los manuales de historia de la literatura española, se olvide su potente labor. Se rescata en este volumen parte de su prosa, pero son múltiples las

facetas y numerosos los textos que deberían re-conocerse, pues se trata de una figura que lo merece.

En este libro se han reeditado los cuentos de *Atados a la tierra*, volumen publicado en 1997 por la Diputación provincial de Córdoba, muchos de los cuales habían aparecido previamente en revistas literarias o periódicos. En el apartado «Otros relatos» se han recogido y editado por primera vez cuentos que no se habían recopilado antes en ningún volumen. De esta forma, se pretende difundir la escritura de Concha Lagos y facilitar el acceso a su obra, sobre todo de la prosa, que aún no ha despertado tanto interés como su poesía. El presente libro se trata de la primera edición crítica y ampliada de *Atados a la tierra*.

1. ESBOZO BIOGRÁFICO

María de la Concepción Gutiérrez de los Ríos y Muñoz Torrero, conocida como Concha Lagos, nace en el nº 3 de la Plaza del Escudo de Córdoba (Andalucía, España) el 23 de enero de 1907. Es la segunda hija de una madre muy religiosa y crecida en un ambiente «chapado a la antigua» (Luque, 1995: 33). Su infancia transcurre en un entorno andaluz idílico, en una casa rodeada de campos y huertos, alejada de aquella plaza cercana a las iglesias cuyas campanas resonarán siempre en sus versos, como ella misma afirma. Vive una «libertad salvaje», rodeada de Naturaleza —en mayúsculas— y de sol. Trepa árboles, escala tapias, lanza cometas, y lo recuerda como la etapa más feliz de su vida (Lagos, 2021: 331). Este jardín cordobés de infancia se convierte en un espacio eterno en su literatura, pues lo adopta como símbolo rodeándolo de otras constantes simbólicas como el sol, la luz, las estrellas, las flores o los pájaros. Sin embargo, es solo a través del recuerdo como permanece de por vida en este jardín, porque en realidad sale de él cuando la internan en el colegio «Sagrada Familia» y, posteriormente, cuando toda la familia se muda a un piso de Madrid en torno a 1920. Esto lo identifica Estrella Correcher (2010) como la experiencia de exilio interior más dura que sufre la cordobesa, puesto que le supone un sentimiento de enajenación que se va a repetir en diferentes situaciones de su vida. Concha Lagos rememora este momento en

La madeja, memorias escritas en 1978 que habían permanecido inéditas hasta 2021:¹

En un 17 de enero, como hoy, llegamos a Madrid. Nunca supe a qué se debió ese capricho de mi padre. De la noche a la mañana decidió dejar todo y trasladarse a la capital.

Abandoné Córdoba sin demasiada pena. Solo del colegio y de las amigas sentía separarme. Inconsciencia infantil y la ilusión de lo nuevo, de lo desconocido. ¡Madrid! Sin embargo, la primera impresión no pudo ser más desilusionante. [...] Todo el trayecto lo pasé mirando por las ventanillas y preguntando con evidente desencanto: «¿Esto es Madrid? Pero, ¿es Madrid esto?» La mañana era gris, fría, tristona. Habíamos viajado toda la noche llegando poco antes de las siete. Apenas se veía gente, contados coches de caballos, algún ómnibus, varios tranvías. Desde la estación subimos por Atocha, luego Carretas, Puerta del Sol y Preciados. Cualquier plaza de Córdoba, cualquier calle, me parecían más bonitas, más alegres, sin contar el Paseo del Gran Capitán. Tampoco me gustaban las casas, iguales o parecidas: monótonas con los balcones cerrados, sin flores y, luego, aquel cielo plomizo... Por primera vez tuve conciencia de lo que perdía: jardín, cielo, fuente, columbio, árboles; todo un mundo de vida alada y susurrante: revuelo de pájaros, mariposas, abejorros, caballitos del diablo... el olor de las azucenas, del galán de noche, de las tantas y tantas flores, el estallido de los frutos, el crujir de las ramas; ruidos amigos, acompañantes, despertando la conciencia de lo que me circundaba. Un entorno vivo, latiendo en el aire o bajo la hierba. Fue entonces cuando debí llorar y lamentarme; luego sería inútil. Fue entonces cuando debí gritar: «Adiós pájaros, peces, insectos todos...Adiós luz, sueños, infancia...» (Lagos, 2021: 160-161).

En la enumeración que hace la autora sobre todos los elementos de los que se despide ya se reconocen los símbolos que reitera a lo largo de toda su trayectoria. Al desafortunado traslado a la capital pronto le sucede otra mudanza al Escorial, que

¹ *La madeja* son las memorias editadas y anotadas por Juana Murillo y Rafael Castán, publicadas por la Editorial Torremozas. Fue depositado en la Unidad de Estudios Biográficos de Barcelona y cedido por Anna Caballé a la BNE, como aparece indicado en el monográfico de Concha Lagos del Centro Virtual Cervantes organizado por Blas Sánchez Dueñas (2019).

precipitó el fin definitivo de su infancia, como ella recuerda, e incluso de la posibilidad de entrar a otro colegio (Lagos, 2021: 332). Afronta esta situación con ojos dedicados a la literatura, pues comienza a leer sin orden cuanto cae en sus manos, lo que genera una temprana pasión y sensibilidad literaria.

La familia se escapa a San Rafael (Segovia) los veranos de 1924 y de 1925, donde Concha conoce a Mario Lagos, que en aquel momento era marino, profesión que pronto abandona por motivos de salud (Lagos, 2021: 332). Se casan en 1927, y ese mismo año inauguran el Estudio Fotográfico Lagos, en Madrid, pues la fotografía es un gusto que ambos compartían² y que ella intercala con el estudio de música y Filosofía y Letras³. Es en este momento cuando comienza la andanza de Concha Lagos por el panorama cultural y literario del momento, que es candente, pues Madrid goza de un ambiente apasionante, con un notable elemento liberal e izquierdista que mantiene la política alterada. La década de los años treinta fue la del arte deshumanizado de Ortega y Gasset, de la FUE (Federación de Estudiantes Universitarios), de la ILE (Institución Libre de Enseñanza), de las misiones pedagógicas y de «La barraca». El movimiento obrero era sólido y escritores como María Teresa León o Ramón J. Sender escribían inspirados por la atmósfera revolucionaria, como recoge Shirley Mangini (1987: 14). Concha Lagos pasea por Madrid con Anselmo Miguel Nieto, pintor al que conoce en 1932 y que marca un antes y un después en la vida de la autora.⁴

² «La afición a la fotografía que compartía con él, nos decidió a instalar un Estudio. Los principios fueron muy duros; habíamos gastado nuestro poco dinero en la instalación. Hubo días en los que nos quedamos sin comer. / Poco a poco nos fuimos abriendo camino; nuestro estilo rompía con lo tradicional: usábamos, por primera vez en España, luz eléctrica. Los demás trabajaban con luz de día en galerías de cristales» (Lagos, 2021: 332).

³ «Tuve que empezar por el principio, los pocos conocimientos del colegio habían sido en francés. / Cuando alcanzaba el cuarto de bachillerato y de piano, estalló la guerra» (Lagos, 2021: 333)

⁴ Lo expresa ella en sus memorias: «Mi vida podría dividirse en dos tiempos: antes y después de conocer a Miguel Nieto» (Lagos, 2021: 44). Parece ser que llega a pintar quince retratos de la autora, como anota José María Palencia Cerezo (2011: 200). Lagos cuenta en *Prolongada en el tiempo* (segunda parte de sus memorias aún inédita) que posa para Anselmo todas las tardes (Lagos, 1988b: 149).

Durante los años de la República,⁵ de 1931 a 1936, se vuelve a sumergir en lecturas, sobre todo del *Quijote* (Lagos, 2021: 268). La autora define esta etapa de preguerra, de la siguiente forma:

Del 31 al 36 ocurrieron cosas, muchas cosas. Conocí a Miguel Nieto, a Ruiz Contreras, a Valle Inclán... Viajé a París, Holanda, Bélgica, Portugal... Recorrimos casi toda España en nuestro Ford, comprado a plazos. En él volví por primera vez a Córdoba, a mi antiguo colegio, a recorrer calles y plazas; a resucitar recuerdos. Los viajes a París se repitieron en vacaciones. La peseta, muy alta entonces en relación al franco, lo permitía. En el Estudio siguió la actividad y, alternando con el trabajo, las lecturas y las horas dedicadas a Miguel Nieto; posando o viéndole pintar; atenta a sus charlas sobre música, sobre pintura y literatura; sobre Italia, sobre los tantos amigos (Lagos, 2021: 270).

Numerosas figuras notables dentro del ámbito de la cultura española visitan al matrimonio en el estudio, que destaca por innovador en el uso de focos, reflectores y manejo de luces, lo que atrajo a profesionales del cine y del teatro, pues «la nueva manera de jugar las luces, un tanto aduladora (con ella podían suavizarse arrugas y defectos), despertó interés y curiosidad» (Lagos, 2021: 88). Dentro de la lista de nombres que forman parte del archivo fotográfico del estudio,⁶ se reconocen las/los

⁵ El tío de Concha Lagos fue un «republicano, auténtico, inteligente y honestísimo» que fue concejal de Córdoba: Rafael Gutiérrez Villegas, como anotan Juana Murillo y Rafael Castán (Lagos, 2021: 164).

⁶ En *La madeja*, Concha Lagos enumera muchos de los nombres que pasan por el estudio. Señala que la lista completa se encuentra en su archivo de la BNE, pero en sus memorias nombra los siguientes: Pepe Nieto, Juan de Orduña, Conchita Piquer, Benito Perojo, Valentín Parera, Manuel San Germán, Florián Rey, Conchita Montenegro, Pedro Larrañaga, La Romerito, el actor infantil Pitusín, Carranque de los Ríos, María Fernanda Ladrón de Guevara, Carmen Carbonell, Josefina Díaz Artigas, Irene López Heredia, Hortensia Gelabert, Carmen Moragas, Lola Membrives, Ricardo Puga, Rafael Rivelles, Mariano Asquerino, Luis Cernuda, Ortega y Gasset, Ramón Gómez de la Serna, Benjamín Jarnés, Ramón Menéndez Pidal, Luis Ruiz Contreras, Marichalar, García Vela, Edgar Neville, Magda Donato, Melchor Fernández Almagro, Claudio de la Torre, Álvaro Retana, Adriano del Valle, Fernández Shaw, César Arconada, Carranque de Ríos, Luis Felipe Vivanco, Leopoldo Panero, Ricardo Molina, el doctor Pedro Ara, Tomás Borrás, Gerardo Diego, Elena Quiroga,

componentes de las denominadas Generación del 98, del 27, del 36 y del 50. Muchas de estas figuras acuden a la tertulia literaria que fundará Concha Lagos en la posguerra, sobre la que se hablará más adelante.

El Estudio experimenta una breve crisis durante los años de la República, cuya proclamación coincide con el traslado del negocio desde la calle Príncipe a Eduardo Dato, lo que es ahora la Gran Vía de Madrid, desde donde ven arder el convento de los jesuitas. Esta localización duró poco por la falta de clientela (la mayoría había salido de España), por lo que se movieron a la calle Pardiñas para, una vez repuestos, regresar a Eduardo Dato: «Alquilamos solo un par de oficinas en el tramo central de la Gran Vía, tramo con cines, un teatro, el Fontalba, tiendas, hoteles, cafés y bullicio» (Lagos, 2021: 266-267). En este entorno bullicioso entra Concha Lagos, que se sumerge de lleno en los ambientes literarios más conocidos del momento, que empiezan a transitar también las mujeres en los años veinte⁷ —normalmente acompañadas—. Esta inclusión sucede gracias al nuevo asociacionismo femenino que surge en esta década, que propicia un cambio en la manera de pensar de las mujeres con respecto a los modelos femeninos que se habían impuesto históricamente (Mangini, 2001: 32-33). Concha Lagos acude al Café Gijón, aunque lo frecuenta poco (Lagos, 2021: 253); al Café Capitol y al Café del Prado, ambos de la mano de Anselmo Nieto (2021: 270); Al Café de la Granja (La Granja El Henar), donde Valle-Inclán tenía su tertulia en la época anterior a la guerra, lugar en el que Lagos recuerda escuchar a Unamuno y conocer a la mujer de Valle⁸ (2021: 156); al Café Lion, tertulia de Anselmo y Valle,

Ernestina de Champourcín, Dámaso Alonso, Carmen Conde, José López Rubio, Camón Aznar, Lanza del Vasto, Emilio García Gómez, Vicente Aleixandre, Emilio Romero, Zunzunegui, José Hierro, Medardo Fraile, Ángel M^a de Lera, Pedro de Lorenzo, Sainz de Robles, Jorge Guillén, Antonio Gala, Buero Vallejo, Camilo José Cela, Jorge Campos, Germán Bleiberg, Castillo Puche, Lauro Olmo, Eugenio de Nora, García Nieto, Calvo Hernando, Vicente Gaos, Gabriel Celaya, García Pavón y Rafael Morales (Lagos, 2021: 88-90).

⁷ Recuerda estos años en el poema «Hoy me acordé de mí» de *Teoría de la inseguridad*: «¡Dichosos años veinte/donde todo vivir era seguro norte!/ ¡Qué a ritmo las jornadas!» (2023: 108).

⁸ Valle-Inclán cobra especial importancia en estos recuerdos de Concha, pues esta estuvo a punto de encarnar a María Rosario en una edición de las *Sonatas*,

donde la cordobesa recuerda otras historias de este último (2021: 157); a la tertulia «Libros. Librería Enciclopédica», de Julio B. Meléndez, en la calle Cedaceros (Navarrete Navarrete, 2019a: 2); y la tertulia en el estudio de Valentín Zubiarré, pintor, a la que acudía con Ernestina de Champourcín (Navarrete Navarrete, 2019a: 4).

Concha Lagos expresa cómo se sentía en estos entornos: «me parecía importantísimo que me tomaran en serio. Quería, a toda costa, ser la amiga, la admiradora, la discípula; alguien a quien se admite, al margen del sexo y los encantos femeninos. Detestaba el piropo juzgándolo no solo secundario, humillante» (Lagos, 2021: 158). Por lo tanto, a pesar de que empezaba a aumentar la cantidad de mujeres en estos ambientes, su situación seguía siendo secundaria, pues tenían que enfrentarse a una concepción masculina de la literatura, centrada en construir un canon en el que ni siquiera se planteaba la entrada de las mujeres.⁹ Como explica Nuria Capdevila-Argüelles, la igualdad intelectual ha sido siempre cancelada por la diferencia sexual, algo que no ha impedido que muchas encontrasen lugar para su palabra, pero que sí ha obstaculizado el proceso (Capdevila-Argüelles, 2017: 31).

A la época de preguerra se la denomina Edad de Plata porque la cultura española está en auge. En literatura contamos con los ya citados Valle-Inclán y Unamuno, además de Azorín, Gabriel Miró, Gómez de la Serna, Vicente Aleixandre, García Lorca,

que finalmente no se realizó por la incorporación de Valle a la Academia de Roma. Concha Lagos lo conoce personalmente en 1932, aunque ya se lo había cruzado en la calle Príncipe, pues él acudía a la Tertulia del Gato Negro y ella tenía el estudio muy próximo. Más tarde, por motivo de las sonatas, lo visita en su casa junto a Ruiz Contreras (Lagos, 2021: 45). Acontece un episodio con Valle que explica el porqué de la sensación de Concha Lagos en estos entornos: «Valle, sentado frente a mí, se me quedó observándome:

—Mira, Anselmo, qué hermosa criatura... ¡Qué ojos...!

Me ofendí tontamente ante el piropo y dije con aire de enfado: Don Ramón, desde este instante no creo en su talento.

Valle Inclán sonrió divertido y, asintiendo con un movimiento de cabeza, respondió:

—Ya zomoz doz, señora mía, ya zomoz doz...» (Lagos, 2021: 158).

⁹ «Algunas artistas no se encontraban cómodas ni seguras en las tertulias y ambientes intelectuales porque no eran sus espacios y sentían la repulsa por parte de sus contemporáneos, que constantemente juzgaban su apariencia corporal» (Moreno-Lago, 2021: 226).

Emilio Prados, Luis Cernuda o Rosa Chacel (Mangini, 1987: 14). Muchos de ellos son grandes referentes de Concha Lagos, que está inmersa en el círculo literario del momento, activa no a través de la escritura, pero sí de la fotografía.¹⁰ El Estudio es su puerta de entrada al intenso panorama cultural previo a 1936, que le permite conocer personalmente a la gran mayoría de artistas que se encuentran en Madrid en este momento. De hecho, como afirma María Teresa Navarrete Navarrete¹¹, conocer personalmente y compartir espacios con intelectuales que posteriormente se exilian, marca a Concha Lagos hasta el punto de utilizar su posterior posición como directora de la revista *Cuadernos de Ágora* para la recuperación de la cultura de la Edad de Plata (Navarrete Navarrete, 2019a y 2019b).

En 1936 España se parte. Se refuerza la idea de «las dos Españas» y se divide el siglo en preguerra y posguerra, etapas caracterizadas por ideas y ambientes radicalmente distintos. El país se consideraba manchado por el espíritu republicano, por lo que los últimos meses de 1936 terminaron con miles de personas detenidas, encarceladas, torturadas y asesinadas, la mayoría arrojadas a fosas comunes. Durante los años siguientes la apelación a la violencia fue una constante y el miedo fue el principal medio de represión, utilizado para controlar psicológicamente a las masas, asustadas no por lo que pasaba, sino por lo que pudiera pasar (Casanova, 2013). Se genera también un cambio en el papel que las mujeres estaban consiguiendo modificar durante la República y se experimenta un retroceso al discurso tradicional, provocando la vuelta a la consideración de los hombres como seres superiores que debían atender a la economía familiar, mientras que las mujeres, por

¹⁰ Juana Murillo destaca en la introducción de *Teoría de la Inseguridad* el hecho de que Concha Lagos realice las fotos en el Estudio (Murillo, 2023: 11), donde hace referencia a Noni Benegas, quien afirma: «Lagos [Concha] había cogido la cámara ininidad de veces y había congelado a la figura dentro de un encuadre» (2019: 62).

¹¹ Esta investigadora, que ha centrado varios estudios en la labor de Concha Lagos en *Cuadernos de Ágora*, ha escrito el prólogo a la reciente reedición (2021) del poemario *Golpeando el silencio* de Concha Lagos, que publicó *Lírica Hispana* en Caracas en 1961. Su anterior publicación en España fue imposible por la censura.

naturaleza, habrían de quedar relegadas al hogar. La idea de familia se sustentaba gracias al patriarca y al «ángel del hogar», por lo que ambos tenían que realizar sus correspondientes tareas, justificadas biológicamente (Casanova, 2013: 109). De hecho, dura muy poco la presencia de las mujeres en el frente a pesar de que se utilice la imagen de la mujer miliciana durante el fervor revolucionario, pues rápidamente se las devuelve al encierro del espacio doméstico.¹² Esta división de espacios es uno de los elementos que Concha Lagos representa en los relatos de *Atados a la tierra*, pues la presencia (o ausencia palpable) de mujeres arrinconadas y silenciadas es un factor común en muchos de los textos. Ella misma era consciente de lo que se acabó en 1936, pues recordando la etapa de preguerra expresa: «Es posible que aquella vida, rozando el Paraíso, fuera demasiado hermosa. Tenía que terminar y terminó en forma insospechada; trágica. La Guerra Civil el golpe que recibimos todos» (Lagos, 2021: 270).

El matrimonio Lagos abandona Madrid y el Estudio y se dirige a París a bordo del barco Tucumán, salida lograda por las gestiones de la embajada argentina en España, pues Mario tiene la nacionalidad por su ascendencia porteña e incluso Concha cuenta con el pasaporte argentino durante 5 años (Luque, 1995: 33). Finalmente, se instalan en la finca *La Seara*, en Vigo, con familiares de Mario Lagos, donde residen hasta 1944. Este clima de crisis, horror, y, de nuevo, enajenación debida al exilio, lleva a Concha Lagos al refugio de la literatura, pero esta vez a través de la escritura. En 1937 redacta sus dos primeras obras, *El pantano (del diario de una mujer)*, en prosa, y *Balcón* en verso. En ambas refleja un estado anímico débil a través de una atmósfera plomiza, una sensación de oscuridad y un pesimismo imperante:

Vivo anclada al pasado como a un puerto de salvación, de refugio. En realidad el presente casi no existe, se diluye entre espasmos de terror, odios, intrigas, falsos entusiasmos. El

¹² «Desde septiembre de 1936, con el socialista Largo Caballero ya de presidente de Gobierno, comenzó a implantarse una política que obligaba a las mujeres a abandonar el frente. A finales de ese año, los pósters y propaganda con milicianas habían desaparecido y aquellas heroínas con mono azul eran ya historia» (Casanova, 2013: 109-110).

porvenir... ¡Qué incierto! Envuelto siempre en una bruma que ni en sueños me atrevo a traspasar. Sí, mi único refugio es el pasado. Unas veces alegre, otras sencillo, monótono o triste. Con sus bellos momentos y sus horas de ilusión o de angustia, pero al fin siempre dulce, puesto que es el pasado (Lagos, 1954: 84).

La soledad que transmite Concha Lagos a través de la escritura en la etapa de la Guerra es, además de íntima y personal, consecuencia de la opresión del régimen franquista, que reprime y genera años de silencio (Mangini, 1987: 16). La cordobesa siente que Galicia pudo ser un remanso, pero que les faltó «calor humano» y comprensión, pues el motivo y los intereses tras el conflicto se escapaban de su entendimiento (Lagos, 2021: 270), algo que también refleja en relatos como «La carta». La reflexión en torno a la soledad es una constante, tanto en su poesía como en su prosa, y dentro de esta última, tanto en su «escritura del yo», como en muchos de los personajes que crea en sus cuentos. De hecho, le da la razón a Ortega y Gasset cuando este afirma que la guerra solo le aporta el reencuentro positivo con la soledad (Gómez Gil, 1981: 52-53) (Lagos, 1988b: 93).¹³ Pertenece a esta época el recuerdo de Concha Lagos con respecto al motivo por el que cambió su apellido por el de su marido, resultado también de la atmósfera de negatividad y culpa en la que se veía envuelta:

Lo que originó esta decisión entra en un terreno íntimo y un tanto sentimental. Fue en Vigo. Una cuñada, mujer de un hermano de mi marido, que disfrutaba de un buen número de hijos, me dijo señalándoles: «Como puedes comprobar he perpetuado bien el nombre de mi marido, en cambio tú...». En aquella época mi pena era no tenerlos. La guerra y el semidestierro, lejos de familiares y amigos, de nuestra casa, de recuerdos, había agudizado el deseo. Sus palabras me resultaron dolorosas. Hoy tal vez le hubiera respondido. Entonces callé y dejé correr las

¹³ «En cambio, los tan dolorosos [años] de mi largo destierro en Galicia, durante la guerra, fueron enriquecedores. Puede que contribuyera a ello el constante enfrentamiento a la naturaleza y aquel sabio consejo que, más adelante, me dio Ortega, cuando al regreso de América, su barco hizo escala en Vigo y le avisé. Al lamentarme de lo desenraizada, de lo solitaria que me encontraba dijo: “El hombre, entre otras cosas, ha perdido la soledad. Esta guerra nos la ha devuelto a algunos. Aprovéchala”» (Lagos, 1988b: 93).

lágrimas, pero me prometí a mí misma usar el apellido Lagos al frente de todos mis libros. Cumplido (Lagos, 2021: 314-315).

El matrimonio Lagos regresa a Madrid y reabre el Estudio en 1944, pues la estancia en Galicia se prolonga por la muerte del padre de Mario, con el que convivían, y la gestión de su herencia (Lagos, 2021: 270). La década de los cuarenta es de autarquía, miedo y consecuente silencio narrativo, pues las editoriales estaban arruinadas, el público no tenía dinero para comprar libros y se habían acabado las tertulias literarias (Brandenberger, 1973:18), por lo que fueron años muy «flojos» para la literatura (Brown, 1974:235). Dadas estas circunstancias, las obras que Concha Lagos escribe en la finca de Vigo no ven la luz hasta 1954, momento en el que su amiga, la doctora Prieto, la anima a publicar estos primeros escritos, que terminan a cargo de Rafael Millán (Lagos, 2021: 57). Una vez publicados *Balcón* y *El pantano*, la autora se lanza a las librerías a retirar los libros, pues los considera malos, solo válidos por su sinceridad, un rasgo en el que Concha Lagos se reconoce siempre, pero que en ese momento le parece de poca calidad literaria (Lagos, 2021: 56).¹⁴ Se ha descrito su primera obra en prosa como «juvenil» o «confesional» (Miró, 1986), incluso en el manuscrito inédito *Prolongada en el tiempo* se refiere a su debut como «poco afortunado», y tilda sus dos primeras obras como ingenuas y balbucientes (Lagos, 1988b: 6).¹⁵ Sin embargo, en otras ocasiones

¹⁴ «La idea de publicarlos no fue mía; unos amigos me animaron, cuando, finalizada la guerra estábamos ya de nuevo instalados en Madrid. Hasta verlos en la calle no me di cuenta de sus defectos. Si algún valor tienen es el de su sinceridad. En toda mi obra posterior he procurado seguir siempre esa línea. Ser auténtica, decir las cosas de la manera más directa y sencilla» (Lagos, 2021: 333). Manuel Terrín Benavides expresa en un ensayo sobre su obra consultado en el archivo de la escritora que *El pantano* es «una de las obras más sinceras de la prosa castellana» (1931-: 2).

¹⁵ Otras escritoras sí aprecian su obra, como Julia Estevan Echeverría (Almería, 1919-2018), amiga de Concha Lagos, con quien se conserva una extensa correspondencia, le dice en una carta en 1956: «Y mientras tanto creará usted que el Diario —“El pantano”— me gusta menos. Pero le soy igualmente sincera al decirle que no es así. Cada cual tiene lo suyo y este otro libro pertenece precisamente a la clase de los de mi especial predilección: observaciones, pensamientos, impresiones íntimas...y todo ello apenas hilvanando con ese hilo sutil pero tan apropiado que le da la forma exacta y le

se defiende del trato injusto de la crítica, denunciando las «zancadillas» que tuvo que sortear.¹⁶ En *El pantano* encontramos reflexiones íntimas («y no por eso menos literarias»), sujetas al contexto personal e histórico en el que se escriben:

Algo inexplicable se está creando a mi alrededor. Desvío y frialdad es la primera manifestación. ¿Por qué se me cierran de pronto las puertas? ¿Qué delito he cometido? ¿De qué se me acusa? Me veo abandonada en el centro de un círculo, donde solo la calumnia me rodea con sus lenguas de fuego... Los lapidadores bíblicos tenían al menos el valor de mostrarse. Estos son de mano oculta. [...]

¿Será esta soledad el desierto imagino? ¡No! Aquél tenía sol, luz, dorada arena, y este solo encierra tinieblas. ¡No! Este será siempre el pantano, el fangoso pantano que quiere emponzoñarme también el corazón (Lagos, 1954: 122).

La actividad literaria en España aumenta en la década de los cincuenta, momento de desarrollo del neorrealismo con Ana María Matute, Carmen Laforet, Dolores Medio y demás componentes de la denominada generación de medio siglo o del 50. Es la época del «behaviorismo», de la búsqueda de la objetividad y el alejamiento del autor con respecto al mundo narrado (Buckley et al, 1980: 415). Tanto en España como en la vida de Concha Lagos se abre una nueva etapa marcada por la muerte de Ortega y Gasset en 1955, reivindicado por el estudiantado como «filósofo liberal» para protestar contra el régimen que pretendía bloquear la acción de la juventud (Mangini, 1986: 83-84). Concha Lagos se erige, precisamente, como dinamizadora de la poesía de los jóvenes poetas y de todas las voces disidentes del momento, entendiendo por disidencia todo lo que se saliera del modelo o de los intereses franquistas. El

hace resultar tan ameno. Aparte de interesante que para mí lo sería siempre, por ser de ese estilo. Claro está que esto ocurre cuando el alma que en esos libros se muestra merece la pena conocerse» (Estevan Echeverría, 1956).

¹⁶ «Algunos poetas-críticos no me perdonaron que echara por tierra su pronóstico. Es cierto que mi primer libro era flojo, flojísimo, he sido siempre la primera en reconocerlo, pero no tanto como para negarme avance y evolución. / Las zancadillas empezaron a partir de *Tema fundamental* [...]» (Lagos, 2021: 297).

papel de mecenas que adquiere Concha Lagos dentro de esta cultura disidente en la etapa de posguerra lo realiza desde el puesto de directora de la revista *Cuadernos de Ágora*, que ocupa desde 1956 a 1964. Por lo tanto, en esta década, se inicia tanto en la escritura como en la producción editorial y comienza a tejer toda una red en torno a la revista. Surge la Colección de Poesía Ágora, la Tertulia «Los viernes de Ágora»¹⁷ y el Premio Ágora de Poesía¹⁸, sobre lo que se conserva gran cantidad de correspondencia, donde quedan registrados todos los contactos que mantiene y la comunidad que se genera con ella como nexo entre países y entre generaciones.¹⁹ No hay que obviar, por lo tanto, que ocupa un importante papel como promotora y generadora de cultura en el momento, formando parte incluso de la edición de la primera antología de posguerra, *Veinte poetas españoles* (1955), junto a Rafael Millán. El espíritu de *Ágora* lo resume Concha Lagos en una conferencia que pronuncia en la Universidad de París X Nanterre el 28 de mayo de 1975:

Lo que me animó a editarla fue la necesidad de contar con una revista libre, independiente, algo de lo que nuestra poesía estaba sedienta ya que casi todas las de esta época pertenecían al régimen o estaban subvencionadas por alguna entidad oficial, que para el caso era lo mismo (Lagos, 2021: 74).

¹⁷ «Los viernes de Ágora», se realiza en su propio domicilio. José Jurado Morales señala el hecho de que las tertulias organizadas por mujeres fueran siempre en espacios privados, extensión del discurso franquista relacionado con la pertenencia de las mujeres al hogar y de los hombres a la esfera pública (Jurado Morales, 2011: 43). Con respecto a las personas que acudían a la tertulia, se reconocen nombres como Vicente Aleixandre, Dámaso Alonso, con quien Concha Lagos también mantiene estrecha relación, Gerardo Diego, Vicente Aleixandre, Gabriel Celaya, José Hierro, Ángela Figuera, Buero Vallejo, Ángel Crespo, Elena Andrés, Francisco Umbral, entre muchos otros (Gómez Gil, 1981: 44) (Sánchez Dueñas, 2011a: 100-101).

¹⁸ Premio fundado en 1963, que ganó *Tiempo de incrédulos*, de Vicente Gaos. El jurado lo conformaba por Concha Lagos, Manuel Mantero y Ramón Barce. Concedieron dos accésit a Pedro Rodríguez Pacheco, y Cristina Lacasa, y también otorgó dos menciones honoríficas a Bernardino Graña y a Pablo Cabañas (Datos de la Cronología del Centro Virtual Cervantes). En este mismo año publica otro de sus libros en prosa, *La hija de Jairo*.

¹⁹ Desarrollado por Estrella Correcher Juliá en «La revista *Cuadernos de Ágora* y sus relaciones con Latinoamérica».

Como apunta al respecto María Teresa Navarrete: «La Red literaria *Ágora* es una de las editoriales más sólidas del medio siglo, a pesar de escamotearse con frecuencia en los estudios sobre los contactos de la España franquista con el exilio» (Navarrete Navarrete, 2019b: 1). Esta subraya la lucha que tuvo que desempeñar contra la censura franquista para conseguir sacar adelante los números dedicados a Rafael Alberti y Miguel Hernández. Esto supone un acto de valentía e ingenio, pues publicar versos de exiliados era extremadamente complicado, por lo que tuvo que desarrollar estrategias como la que le cuenta a Shirley Mangini: «[A]prendió sagazmente que había que ir a los censores con poemas “difíciles” durante el verano, cuando los censores habituales estaban de vacaciones y los sustituían otros más ingenuos en tareas inquisitoriales» (Mangini, 1987: 46).

Es casi inabarcable la gran actividad de Concha Lagos en esta segunda mitad de siglo, en la que publica casi cuarenta poemarios, ocho obras en prosa (hay otras tres aún inéditas), cuatro obras de teatro (dos de las cuales llegan a representarse), y numerosos artículos periodísticos. Cierra *Ágora* por desencantamiento (Gómez Gil, 1981: 48) (Lagos, 2021: 85) y la tertulia cuando la diagnostican artrosis en 1964, pero continúa dando conferencias, recitales y asistiendo a actos y homenajes literarios.²⁰ En *La madeja y Prolongada en el tiempo* transmite el cansancio que siente con respecto a los ambientes literarios. Insiste en el dolor y desilusión que siente por algunas amistades que se alejan, de las que entiende que solo se crearon por interés. A pesar de ello, sigue escribiendo de manera incansable: «no me concibo sin un quehacer entre manos. Aunque divague sobre el ayer y el mañana, vivo entregada al presente. Mi vocación al trabajo acaso se deba a que me desborda la vitalidad» (Gómez Gil, 1981: 66). Se reafirma en su pasión literaria y cuando cierra el Estudio Lagos se dedica plenamente a la escritura.

²⁰ De especial interés el juicio crítico que celebra en 1964 sobre su obra *Para empezar*, que cuenta con Lili Álvarez como presidenta del tribunal y con Julia Uceda, entre otros (dato de la Cronología del monográfico de Concha Lagos del Centro Virtual Cervantes).

Continúa activa también en la defensa de las libertades artísticas, pues firma en 1961 el manifiesto «Contra la censura de Franco: el documento de los intelectuales españoles», publicado en *España Republicana: portavoz del movimiento antifranquista*. En 1962 la detienen junto con Amparo Gastón, Gloria Ridruejo, Teresa Bergamín, Aurora Bautista y Nuria Espert en una multitudinaria manifestación antifranquista contra las condiciones precarias de las clases obreras.²¹ En la entrevista realizada por Rosa Luque en 1995, esta le pregunta: «Y usted que siempre se ha considerado persona de izquierdas, ¿se sentía cómoda en el Palacio de Oriente?» a lo que Concha Lagos responde: «Lo pasábamos bien, porque soy muy amiga de Gutiérrez Mellado²² y entonces vivía también Hernández Gil,²³ y nos divertíamos los matrimonios juntos» (Luque, 1995). En esta misma entrevista, al preguntarle por su rebeldía, Concha Lagos responde:

—[...] A veces pienso que en otro tiempo me habrían quemado en la hoguera por hereje. Y, bueno, he estado muchas veces para ir a la cárcel. Una vez, todavía en época de Franco, fui invitada a dar un recitar por el Rector de la Universidad de Sevilla, y me levanté muy solemnemente y recité: “En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu santo...” y cuando todos pensaban que iba a decir una oración me puse a pedir por Alberti...por todos los exiliados.

—¿Tuvo problemas con la censura franquista?

—Bueno, he estado muchas veces para ir a la cárcel. Aunque también había personas estupendas como Jorge Campo, un

²¹ Datos recogidos en la Cronología del monográfico de Concha Lagos del Centro Virtual Cervantes (2019).

²² Manuel Gutiérrez Mellado (1912-1995) fue vicepresidente primero del Gobierno para Asuntos de la Defensa y ministro de Defensa durante la transición.

²³ Antonio Hernández Gil (1915-1994), jurista, político y director de la Real Academia de Extremadura. Marido de Amalia Álvarez-Cienfuegos, amiga de Concha Lagos, a la que reúne en su casa 1981 junto a Carmen Conde, Antonio Tovar, Ernestina de Champourcín y Rafael Morales (entre otros) con motivo de la publicación de *Teoría de la inseguridad*, libro de Concha Lagos (Centro Virtual Cervantes, 2019). En *La Madeja*, Concha Lagos cuenta que Amalia Álvarez-Cienfuegos estaba tomando notas para un estudio sobre su poesía, y reconoce su afinidad con ella (Lagos, 2021: 208).

hombre culto y de izquierdas que hizo mucho por la gente, a cuánto consagrado conozco sacó de su incultura. Pero la revista me la pararon muchas veces. La última, en un número dedicado a Miguel Hernández, Celaya hablaba de «nuestra guerra civil», y Muñoz Alonso pretendía que en su lugar pusiéramos «el glorioso movimiento». Yo le contesté que aquello me sonaba a pornográfico y le cayó en gracia. Al final lo solucionamos dejando «nuestra guerra» [...] (Luque, 1995).

En 1992 el matrimonio se traslada a la Residencia Río Salud de Las Rozas (Madrid), mismo año en el que Concha Lagos es nombrada Académica de Honor en la Real Academia de Bellas Artes de la Purísima Concepción de Valladolid. Anteriormente, en 1961, había sido nombrada miembro de la Real Academia de Córdoba. Años más tarde, en 2002, le conceden la Medalla de Andalucía y el título de Hija Predilecta por parte de la Junta de Andalucía. María José Porro Herrera acude a recogerlo en su lugar. En 1995 escribe *Los pájaros de cada día*, aún inédito, año en el que fallece Mario Lagos. En 1996 se publica otro de sus volúmenes de prosa, *Una noche bajo las estrellas*, y entre este año y 1997 redacta de *El muro* —también inédito— mismo año de publicación de *Atados a la tierra*. También en esta fecha le envía sus poemas a Pilar Sanabria Cañete con motivo de la publicación de la primera antología de mujeres poetas de la provincia de Córdoba, titulada *Estirpe en femenino. 28 Poetas cordobesas*.

En sus últimos años la escritura de Concha Lagos se vuelve aún más reflexiva e íntima. Se sigue mostrando profundamente crítica hacia aspectos de su entorno literario y social, por lo que leer su prosa permite conocer lo que era la España de su momento desde su experiencia personal, que abarca diversos ambientes. De hecho, ella misma reconoce no haber ejercido la crítica porque hubiera sido muy dura, como afirma en una entrevista publicada por el ABC de Sevilla: «soy mujer de voluntad, sé lo que quiero y lo defiendo» (Amores, 1974: 9).

En *Cuando llegue el silencio* (1988), su libro de prosa poética más existencialista, reflexiona sobre la muerte, eterno y definitivo silencio:

A la tristeza, a la turbación que el misterio de la muerte produce, al adiós, increíble por lo definitivo, que damos a todo ser querido, hay que añadir el desconcierto ante el absurdo montaje creado en torno a ella. El verdadero dolor va por dentro. Lo conmovedor sería el silencio. Desde él sí podríamos enviar nuestro adiós más íntimo, más sincero, unirlo a los mejores recuerdos (Lagos, 1988a: 25).

Concha Lagos fallece el 6 de septiembre de 2007, tras un siglo de vivencias plasmadas en su obra.

2. LA DIFÍCIL UBICACIÓN DE CONCHA LAGOS EN LA HISTORIA LITERARIA Y SU OLVIDO EN LA EDAD DE PLATA

*Al margen de opiniones seguí, de los silencios programados, de verme excluida de las antologías. Ahora, ni envío mis libros a la crítica. En manos amigas quedan, de profesores, de seguidores fieles. Curiosamente, parte de aquellas voces sentenciosas han guardado silencio.*²⁴

En el anterior apartado se ha esbozado la trayectoria vital de Concha Lagos contextualizada a través de sucesos históricos y fenómenos culturales del siglo XX. Se ha prestado especial atención a la época de preguerra, la llamada Edad de Plata, por considerarse el ambiente en el que Concha Lagos comienza su inmersión en el mundo artístico. Sin embargo, no se menciona normalmente su nombre al hablar de la intelectualidad femenina de esta etapa, ni si quiera por la estrecha relación de amistad que mantuvo con varias de las autoras que forman el grupo de Las Sinsombrero²⁵, como Concha Méndez,²⁶ Ernestina de

²⁴ De *Prolongada en el tiempo* (1988b: 52).

²⁵ Proyecto creado por Tània Balló, productora y directora de cine que ha visibilizado los nombres de las mujeres de la generación del 27 en varios documentales y libros. Adquiere importancia aquí puesto que «es probable que si [Concha Lagos] hubiera publicado en 1927, con veinte años, cuando se inauguró el Estudio Lagos, ahora se la mencionarían como parte la nómina de las poetisas de este grupo» (Sánchez Dueñas, 2011a: 88).

²⁶ Concha Méndez a Concha Lagos en una carta desde México: «No te he escrito porque no podía hacerlo, ni a ti, ni a otros buenos y queridos amigos a los que todos los días he recordado desde que os vi en España, pero no podía

Champourcín,²⁷ Carmen Conde²⁸ o Consuelo Berges,²⁹ con quienes mantiene correspondencia (actualmente en el archivo de la BNE) o Rosa Chacel, de la que habla reiteradamente en *La madeja*. A estas escritoras de las primeras décadas del siglo XX se las conoce como «modernas» (Mangini, 2001) por el avance en cuanto a libertades que pudieron experimentar en una atmósfera intelectual y artística que les influyó (Porro Herrera, 2013: 217). Concha Lagos también estaba ahí aunque en este momento aún no escribiera; se movía por los círculos literarios y sí que realizaba una actividad artística a través de la fotografía, que en su caso le llevó a conocer y a relacionarse con grandes referentes culturales del momento. Tampoco suele considerarse su nombre en la primera línea de la generación del 36 o del 50. Dado que no está adscrita explícitamente a ninguna de las dos etiquetas, los críticos difieren en su posición (García Tejera, 2003

hacer más que eso, recordar, recordar, recordar... porque desde que llegué aquí me salieron al paso tal cúmulo de cosas que no tenía fuerza ni para coger la pluma; todo el tiempo he estado en lucha con mi sistema nervioso debido al enorme cansancio emocional que traje y a más impresiones que aquí me esperaban» (Méndez, 1968).

²⁷ Ernestina de Champourcín a Concha Lagos en una carta de 1962: «Es una vergüenza que hayas sido tú la primera en escribir, pero qué quieres, así son las cosas... Esta América es terrible sobre todo cuando tiene uno que ganarse la vida y queda tan poco tiempo para lo que realmente le gusta a uno» (Champourcín, 1962).

²⁸ Carmen Conde menciona el nombre de Concha Lagos en la introducción de *Poesía femenina española viviente* de 1954, cuyos versos describe como «densos de vida y de acrisolada renuncia» (Conde, 1954: 22). En la reedición de 1957 ya aparece antologada (Balcells, 2006: 638). Maruja Estevan Echeverría, hermana de la escritora Julia Estevan Echeverría, poeta almeriense, le manda una carta a Concha Lagos en 1975 contándole que ha ido a ver una conferencia de Carmen Conde en la que esta última leyó versos suyos: «yo le dije que qué fuerza había puesto en su conferencia y ella dijo “Fuerza no; ¡convicción!” Le dijimos que éramos amigas tuyas y cómo habíamos esperado con ansia que te nombrara a ti y nos dijo que no dejásemos de decirte que te había nombrado» (Estevan Echeverría, 1975).

²⁹ Consuelo Berges a Concha Lagos en 1956: «Perdón, perdón, amiga Concha Lagos, por tanta acumulada deuda: sus preciosos libros, su felicitación de Pascuas y qué sé yo qué más. [...] La verdad es que mi tiempo, por mucho que lo estire, no da más de sí. [...]

Perdón, pues, por estas gracias tan tardías y, además de tardías, escuetas. Pero muy sinceras (Berges, 1956).

y 2005). Shirley Mangini, por ejemplo, justifica su ubicación en la del 50 por «vínculos, concepción estética y tiempo en el que aparecen sus obras» (Mangini: 1987: 134)³⁰. Concha Lagos es, sin duda, promotora de este grupo,³¹ reconocida como referente dentro de la vida cultural de Madrid (Pando Ballesteros, 2020: 423), pues logra que se publiquen obras que han trascendido. Su nombre no suele figurar en los libros de historia de la literatura española, pero mantuvo un importante papel en el impulso de la carrera de otras personas que sí aparecen.

Uno de los motivos que explican su difícil ubicación dentro de las categorías estandarizadas de la historia literaria española del siglo XX es el hecho de que no publique hasta 1954, con 47 años. Como ella misma dice, «llegué tarde a la poesía» (Lagos, 2021: 79). A esta cuestión individual se le añade el generalizado trato desigual de la crítica con respecto a la literatura creada por mujeres, algo de lo que ella misma era consciente y que trató de erradicar a través de su labor en *Agora*:

Ante los mal intencionados comentarios me concretaba a sonreír, a seguir fiel a mi tarea. En ciertas camarillas literarias aseguraban: «Concha, en prosa, tiene alguna posibilidad, pero en poesía...» Si el libro recién aparecido era en prosa, invertían el comentario: «En poesía aún, pero en prosa...» (Lagos, 1988b: 92).

³⁰ Sigue la cita: «[c]uyo nombre se ha perdido en los repertorios bibliográficos o en los estudios sobre el periodo a pesar de haber sido una de las pocas mujeres atrevidas que se aventuró como escritora, editora y organizadora de una tertulia literaria a enfrentarse con los censores franquistas y el mundo oficial en general, labor sorprendente ya de por sí en la era franquista a causa de la invisibilidad femenina en el panorama político y cultural» (Mangini: 1987: 134.)

³¹ «Concha Lagos, escritora de la promoción del 50 orillada por esa maquinaria mitad caprichosa mitad objetiva que es el canon, paradójica y curiosamente fue una figura que, de una forma u otra, y desde diferentes esferas contribuyó a la gestación y afianzamiento del grupo poética del 50 al haber jugado un protagonismo esencial en el desarrollo de algunos de los comportamientos categoriales jalonadores del devenir histórico que ha seriado el inventario de las principales voces de la generación del medio siglo» (Sánchez Dueñas, 2011a: 86).

Es común la posición periférica de las mujeres dentro del canon literario, con la excepción de algunos casos (Garcerá, 2023: 17), puesto que el canon está históricamente asociado con el poder, en cuyos espacios se ha impedido entrar a las mujeres. Uno de los mecanismos más comunes que forman parte del proceso de canonización es el de la antología, que es, por su carácter selectivo, «el resumen de la ideología dominante del campo cultural y, por lo tanto, está interesada en legitimar los modos y visiones de los agentes dominantes, férreamente, frente a los subordinados y las fronteras de su periferia» (Garcerá, 2023: 18). Llama la atención la ausencia de nombres femeninos en las principales antologías de conformación del grupo de los 50, como las de José Luis Cano, Castellet o Batlló,³² que hubieran contribuido al conocimiento de su obra (Sánchez Dueñas, 2013a, 2013b). Juana Murillo también incide en la pobre recepción crítica de Concha Lagos debido a su labor no politizada y a su condición femenina: «Como otras mujeres de su generación, Concha encarna a esas mujeres de quienes habíamos olvidado su producción literaria y su bagaje intelectual» (Murillo, 2019: 112). Ana Palomo Ortega también trata la inclusión de Concha Lagos en el grupo poético de los 50, o del 36 (Palomo Ortega, 2016: 36), y expresa que «aparece en los márgenes del canon, porque se reconoce escritora y es muy consciente de que ser mujer y escribir con el sello de su propia identidad tiene un precio: el de ser ignorada por sus colegas varones» (Palomo Ortega, 2016: 47). Es aún más impactante el desconocimiento actual del nombre de Concha Lagos si se tiene en cuenta que ella editó las antologías *Veinte poetas españoles* (1955), a cargo de Rafael Millán, y *Nuevos poetas españoles* (1961) de Luis Jiménez Martos, que son cruciales para la recepción y la fijación del grupo de los 50 (Sánchez Dueñas, 2011a: 94), donde ella misma aparece antologada. Existe, además, una antología exclusiva de su poesía, con prólogo de Emilio Miró (1976).

³² Suelen aparecer siempre los nombres de Ángel González, José Manuel Caballero Bonald, José Agustín Goytisolo, José Ángel Valente, Jaime Gil de Biedma, Eladio Caballero, Francisco Brines, Claudio Rodríguez y Carlos Sahagún.

Por lo tanto, a pesar de estar inmersa en los círculos donde se forjaron los reconocidos grupos literarios, de mantener estrecha relación con los componentes de dichos grupos, de desarrollar una actividad artística «completa»³³ a partir de 1954 y de tener, incluso, una propia antología, su pertenencia a los grupos es aún colateral y su reconocimiento actual es relativo. Por no cumplir ciertos requisitos que podrían haberla colocado indiscutiblemente dentro las generaciones literarias estandarizadas, su nombre ha caído en un espacio «descatalogado» y permanece semioculto. Esto conduce a la reflexión sobre el concepto de «generación» y a su trascendencia, algo sobre lo que teorizan Eva Moreno-Lago y Fran Garcerá (2023), concretamente sobre la Edad de Plata y la generación del 27. Ambos defienden la utilización del término «Intelectuales, artistas o pensadoras de la Edad de Plata», que mantiene a las/los componentes de las denominadas generación del 26, Sinsombrero o La otra Edad de Plata (distintos nombres que se han venido promoviendo para incluir a mujeres), pero que permite referirse también a otras pensadoras que han convivido y compartido el mismo contexto con diferentes edades (Moreno-Lago, 2023: 47).

Sobre la reconceptualización del concepto «generación» se ha debatido extensamente y se han subrayado las deficiencias de clasificación por resultar excluyentes en muchos casos. Eva Moreno-Lago redefine el concepto como un conjunto de artistas con características comunes (a pesar de las singulares) que comparten espacios artístico-culturales y al que pertenecen «no solo escritoras y/o artistas, sino también figuras aledañas que influyeron notablemente en la configuración artística e intelectual de estos años», concluyendo que «para elaborar la historia de las intelectuales de la Edad de Plata solo es necesario una pluralidad de nombres femeninos parcialmente coexistentes» (Moreno-Lago, 2023: 52-53). Esta definición sí incluye directamente a Concha Lagos, a la que podemos entender en su contexto gracias a este cuestionamiento de las categorizaciones tradicionales, pues es imprescindible promover otro tipo de sistema que recoja también la obra de las mujeres que en este momento no fueron

³³ Escribe poesía, prosa, teatro, artículos periodísticos, se encarga de la revista, la editorial y la tertulia además del Estudio.

consideradas. Señala Juana Murillo de acuerdo con Noni Benegas que «Concha, como otras escritoras nacidas a principios de siglo, por edad y formación han sido excluidas de la Generación del 27, sin embargo, participan del espíritu de libertad vivido por ellas» (Murillo, 2023: 12).

Se incide en que, incluso formando parte del mercado editorial desde una posición «de poder» dentro de un ambiente fuertemente masculinizado, manteniendo relación con personajes como Gerardo Diego, Medardo Fraile, Camilo José Cela o José Hierro, a Concha Lagos no se la reconoce claramente dentro de ninguna de las categorías que sí incluyen los nombre de ellos. Los pilares sobre los que se construyen algunas etiquetas literarias no sostienen casos como el de Concha Lagos, que creó su propio espacio, su red, que la historiografía literaria no ha podido recoger como un concepto cohesionado. No hablamos de generación, pero sí de una red literaria creada en torno a *Ágora*, tanto por la revista, como por la editorial y la tertulia. Una red que funciona como nexo entre poetas de diferentes edades y tipos de escritura, que no ha trascendido como concepto precisamente por no gozar de una nómina cerrada de autores de edades similares o ideas afines:

La editorial *Ágora* y la red de escritores que se congregó en torno a ella ejemplifican el crecimiento de un sistema literario que se desmarca de los cauces culturales del franquismo. El estudio de editoriales o acciones literarias dirigidas por agentes culturales que, como Concha Lagos, parten de una posición poco privilegiada dentro del sistema cultural oficial del franquismo, debido a condicionantes ideológicos y de género, revelan el origen y los esfuerzos individuales y colectivos que los escritores de la posguerra pusieron en marcha para conseguir que un pensamiento crítico y en oposición al Régimen progresara. Para explicar esta evolución, los estudios han puesto su foco mayoritariamente en las acciones capitaneadas por editores o escritores y han dejado al margen de esta progresión las lideradas por mujeres; el análisis de la editorial *Ágora* revela la necesidad de contemplarlas a la hora de completar el mosaico de la lucha cultural jugada en la posguerra (Navarrete Navarrete, 2019b: 184).

Ágora reúne y conecta a exiliados, mujeres, poetas sociales, poetas jóvenes, poetas ya canonizados...y el punto de unión es Concha Lagos. Plantea Fran Garcerá como futura línea de investigación el «estudio de las redes de colaboración y legitimación que desarrollaron o de las que formaron parte para afianzar su paso a la esfera pública [...] y, mediante esta estrategia de legitimación, abandonar su posición autoral subordinada» (Garcerá, 2023: 32). Dentro de esta línea puede profundizarse en el caso de Concha Lagos, especialmente por las redes femeninas que creó, con quienes intercambia preocupaciones con respecto al aislamiento literario femenino, como destacan Juana Murillo y Rafael Castán de su correspondencia (Murillo y Castán, 2016: 16). También Blas Sánchez Dueñas y María José Porro Herrera estudian la fuerte presencia de escritoras en *Ágora* y distinguen tres grupos: el de escritoras nacidas en el siglo XIX pero que publican en el siglo XX; el de las «modernas», también en referencia al término de Mangini, algunas de ellas participantes del Lyceum Club Femenino y de la Residencia de Señoritas (actualmente incluidas en la generación de 27) y escritoras cuya obra comienza a publicarse en la posguerra (Sánchez Dueñas y Porro Herrera; 2015: 122).

Se concluye que podemos valorar y contextualizar debidamente a Concha Lagos dentro del concepto de «Intelectuales y artistas de la Edad de Plata», por concentrarse en una etapa en la que se encontraba en el Estudio Lagos, vinculada ya a toda la nómina de autores y autoras que se relacionan con este momento histórico. Ella y Mario Lagos emplean, además, un método fotográfico innovador, por lo que se trata de una artista activa en la Edad de Plata, época en la que también estudia música, Filosofía y Letras y en la que se nutre de estas esferas culturales para,³⁴ posteriormente, comenzar su propia andanza en la literatura en la década de los cincuenta. Se puede incluir a Concha Lagos en la estandarizada generación del 50 por influencias y características literarias comunes y, sobre todo, por contextos compartidos. Además, forja la red literaria *Ágora*, definida como:

³⁴ Aspecto desarrollado por Navarrete Navarrete (2019a) y Porro Herrera (2013).

[U]na red literaria alternativa, disidente y heterodoxa que se extendió desde Madrid a las capitales de provincia españolas, a los centros culturales latinoamericanos y a los grupos de exiliados en Europa y América. En la conjunción de estos grupos de escritores en torno a un mismo epicentro reside el éxito y la victoria de esta editorial frente al silencio y la censura que el franquismo impuso desde su política cultural (Navarrete, 2019b: 183).

3. CONCHA LAGOS EN PROSA: LOS CUENTOS DE *ATADOS A LA TIERRA*

*Sí, hay que repetirse, dejar generosa constancia de este nuestro pasar, de los varios entornos: el de ayer, el de hoy; el de imprevisto; el que el futuro guarde todavía. Siempre habrá algún lector que sepa trascenderlo, darle otra realidad, hacerlo en cierto modo suyo.*³⁵

Concha Lagos se define a sí misma como poeta y a su prosa como lírica. Cuenta con casi cuarenta poemarios publicados, y aunque por comparación resulte bastante menor cuantitativamente, también publica un amplio número de obras en prosa. Expresa:

[L]a prosa lleva mucho tiempo y metidos en folios no hay respiro para más. ¿Será por lo que me agarro como una lapa a la prosa? Siempre me gustó; a los catorce años escribí una obra de teatro y una novela corta. Ambos cuadernos quedaron en el cajón de una cómoda que tenía en mi cuarto de soltera. [...]

Aunque suelo decir que empecé escribiendo prosa, partiendo de esos cuadernos, de algunas hojas de pensamientos y de *El pantano*, la verdad es que los versos y canciones de las postales se anticiparon. A Juan Aznar le sorprendieron en tiempos algunos de mis aforismos, veía en ellos una profundidad que solo existía en él; en su sensibilidad y cultura. Yo me quedaba un tanto desconcertada al oírle sacar consecuencias que no habían pasado por mi imaginación. También José Hierro los ojeó un día y me

³⁵ De *Prolongada en el tiempo* (1988b: 95).

aconsejó guardarlos. Tanto los guardé que no me los he vuelto a tropezar; me hubiera gustado reproducir alguno como botón de muestra (Lagos, 2021: 227).

Como afirma Juana Toledano en el monográfico del Centro Virtual Cervantes, «habitualmente la prosa narrativa de la cordobesa se sitúa en un escalón menor, con respecto a su obra en verso, mucho más extensa y valorada» (Toledano, 2019). No obstante, a pesar de que se reconozca una simbología y una temática constante en toda su producción literaria, conviene comprender la prosa de Concha Lagos de manera independiente, como defiende Medardo Fraile en el prólogo de *La vida y otros sueños* (1969), que la define como prosista. Además de estos dos volúmenes de relatos, Concha Lagos publica *Al sur del recuerdo* (1955), *La hija de Jairo* (1963), *Cuando llegue el silencio (prosas con música de fondo y un solo de laúd cada vez más lejano)* (1988) y *Una noche bajo las estrellas* (1996). También publica relatos en periódicos que no se habían recogido antes en ningún volumen, algunos de los cuales forman el apartado de «Otros relatos» de esta edición.

A pesar de su presencia en revistas clave dentro de la historia literaria española de la posguerra y de haber recogido sus textos en varios volúmenes, Concha Lagos tampoco goza de una posición reconocida en la prosa breve. De hecho, a pesar de que Medardo Fraile prologa *La vida y otros sueños*, no está antologada en la edición de *Cuento español de posguerra* del mismo autor. Sí que aparece en *Cuentos de España hoy*, de Henry Hare Carter (Indiana, 1974), y en otras antologías de poemas, que han llegado a traducirse, pero no su prosa.

Los cuentos experimentaron un auge en el siglo XIX debido al crecimiento del periodismo, que favorece la difusión de géneros literarios caracterizados por su brevedad al poder darles espacio en sus páginas (Brandenberger, 1973: 17) (Correa Ramón, 2000: 28). De igual forma, en las décadas de los cincuenta y sesenta del siglo XX en España no se puede separar la labor de las revistas literarias del esplendor de los relatos breves (Casas, 2007: 9). En ocasiones, se impulsó el género a través de concursos (Brandenberger, 1973: 22), como el premio *Hucha de Plata*, que gana Concha Lagos con «Resumen», posteriormente recogido en

Atados a la tierra, como ella misma indica en *La madeja* (2021: 90), una de las pocas ocasiones en las que se refiere a este volumen de relatos. Aquí señala el carácter autobiográfico de este cuento, que se inspira en su propia experiencia:

La primera vez que pensamos seriamente en retirarnos fue al final de la década de los 60. Los cálculos demostraron la imposibilidad y seguimos al pie del cañón (del objetivo), esperando el golpe de suerte o el milagro. Pero el panorama, contrariamente, se hizo más negro debido a la crisis de esa década. Sobre todo del 65 en adelante. Para sobrevivir hubo que echar mano a los ahorros. Los impuestos crecían y también los sueldos y abusos de los empleados. Tan obsesionada estaba por la situación que llegué a convencerme de la imposibilidad de solucionarla en lo que nos quedara de vida. Fue cuando escribí el cuento «Resumen», con él obtuve el premio *Hucha de plata*, 1972. Hoy forma parte de un libro. A juicio de Medardo Fraile, juicio que valoro al máximo, es un cuento de una «tristeza hermosa...». Yo añadiría que es también un cuento de difícil interpretación. En él se resume la vida de dos viejos que, después de casi medio siglo de trabajo, no ven la manera de solucionar la última etapa. Noche tras noche hacen el recuento, agregando lo que podrían conseguir despojándose de libros, muebles, recuerdos... En la segunda parte todo discurre de forma misteriosa. No está claro si, al asomarse a una ventana y ver desde ella los paisajes de infancia, están vivos o en un neblinoso más allá, como si solo en ese más allá tuviese solución todo. ¿Murieron, se suicidaron, llegó el golpe de suerte, el milagro...? Nada se explica, siguen y siguen flotando en la niebla que se les va adentrando lentamente por los ojos, por el pensamiento.

Hasta ahí el cuento. Golpe de suerte no hubo, más bien milagro; un milagro en pequeñas dosis, desmigajado; milagro para pájaros. Tuvimos que fortalecerlo, como en el cuento, sacrificando libros, muebles, recuerdos... (Lagos, 2021: 90)

De la década de los cuarenta en la literatura española suele destacarse el silencio narrativo, la vida intelectual banal y la censura (Brown, 1974: 235). La atmósfera se altera en los cincuenta por el aumento del turismo y su impacto en la economía, por lo que también se percibe un cambio en la literatura, que sigue reflejando directamente el contexto a través

de otras técnicas. Posteriormente, el realismo social con intención propagandística (tan criticado por Concha Lagos) va diluyéndose para dar paso al neorrealismo, la tendencia con la que se identifica la generación del 50. Se plasman en la literatura las realidades que no recogía la prensa, lo que genera la estética realista de la escritura de esta época: «durante este periodo la literatura española se ha ocupado más de dar testimonio que de inventar» (Brown, 1974: 236 y 242). Para estudiar los cuentos de esta época, necesitamos atender al contexto histórico y social que los rodea, puesto que son fruto de una circunstancia concreta, que afecta a la mentalidad y a las ideas tanto de lectores como de escritores, así como a la intención o a la posibilidad de escritura: «La bibliografía actual tiende a ver en el realismo de la posguerra el reflejo de una quiebra ideológica, la respuesta a un discurso dominante con el que muchos escritores ya no se identificaban en los años 50» (Casas, 2007: 13). Con respecto al generalmente desprestigiado género «cuento», Concha Lagos combate la opinión de tantos críticos:

Lástima que el género cuento siga sin promocionar. Críticos y editores están perdiendo la gran ocasión. Es delirante el juicio de algunos. Recuerdo la presentación de mi libro *La vida y otros sueños*. ¡Qué tópicos! Y, naturalmente, sin dejar de esgrimir el eterno latiguillo de que el cuentista es un novelista en potencia al que, según ellos, le falta aliento para empollar las cuatrocientas páginas que, más o menos, requiere una novela. Si consistiera en eso bastaría encuadernar en uno o dos volúmenes los libros de cuentos publicados por el autor. El día de la presentación de mi libro preferí tomar a broma los juicios y en el coloquio le aclaré a un docto profesor, encasillado además en lo del planteamiento, nudo y desenlace, que el cuento es género al margen de la novela y tiene justo las páginas que necesita, y no por falta de aliento, porque el autor lo ha concebido así. Sería, añadí, asegurar que una muchacha lleva minifalda porque no ha alcanzado la tela... (Lagos, 2021: 300).

Los cuentos que posteriormente formaron *Atados a la tierra* empiezan a aparecer en revistas literarias en 1970. Destaca su presencia en las importantes revistas *Ínsula*, *Papeles de Son Armadans*, *Ya* y *La Estafeta Literaria* por ser las que publicaban

cuentos regularmente y las que dieron a conocer a gran parte de la juventud escritora (Brandenberger, 1973: 22). También ha de señalarse la conexión con la revista *Alaluz* por la relación de amistad que une a Concha Lagos con Ana María Fagundo, la directora. El primer cuento de *Atados a la tierra* que aparece publicado es «La herencia» en 1970, el último «El barco» en 1974, ambos en el Diario *Ya*. Aparecen en el volumen de 1997 algunos relatos que no se habían publicado previamente, que son «El regreso», «La cortina», «La ventana», «Burbuja», «La carta», «La vida empieza mañana» y «Resumen». Los que componen el apartado «Otros relatos» de la presente edición se publican en *Papeles de Son Armadans, Ya y Fables*, y son: «El sino» (1970), «Un anuncio fuera de serie» (1971), «Al amparo de Dios» (1971) y «Agua pasada» (1974). Estos nunca habían sido recogidos en un libro.

Los cuentos de *Atados a la tierra* pertenecen a la década de los setenta, pero continúan la línea temática y estética de los relatos de *La vida y otros sueños*, de los sesenta. Presentan características del estilo de la prosa breve de otros autores de medio siglo:

No es raro que el cuento de los años 50 y 60 se interese por plasmar las preocupaciones de la época y dé prioridad a lo intrascendente y fragmentado, en un intento por reflejar la situación de la España de aquellos años. Paralelamente a lo que ocurre con la novela de esa época, el relato de situación aparentemente banal retrata un universo de miserias, de personajes derrotados por la guerra y sus consecuencias, de inmovilismo social. Las formas del cuento se adaptan a la poética de lo cotidiano y confluyen en ciertos temas recurrentes: la fragilidad de la existencia, el peso de la fatalidad, la felicidad precaria (Casas, 2007: 211).

Esta definición de Ana Casas puede aplicarse a los relatos de Concha Lagos, así como el componente antiheroico de sus personajes, que suelen ser mujeres desvalidas, definidas por su cotidianidad, sin ningún acontecer extraordinario (Casas, 2007: 128). Concha Lagos bebe de la estética realista que impregna la cuentística de esta época. Se destaca el conocimiento que subyace de las escenas que representa en sus cuentos, pues reproduce diálogos costumbristas de matices rurales andaluces y retrata

episodios propios de un entorno cotidiano. Esto cumple con el objetivo común de los cuentistas de la generación de medio siglo, según expone Medardo Fraile, que sostiene que lo que se busca es «la verdad» (Fraile, 1992: 23). Concha Lagos elige representar una «verdad» que comenzó a denunciarse a partir de los años sesenta: la discriminación de «lo femenino» y la condena que suponía para las mujeres el modelo de comportamiento determinado por el régimen y la Iglesia, que se materializaba en violencia hacia sus cuerpos por el interés de dominación (Pando Ballesteros, 2020: 412). Ha de tenerse en cuenta que, para la labor de la escritura, es siempre necesario seleccionar qué se cuenta, por lo que es resaltable que elija contar historias protagonizadas por mujeres en los espacios a los que se las ha destinado. Suele crear personajes ignorados, silenciados, arrinconados e incoloros, normalmente en cuerpos de mujeres que, en esta circunstancia histórica, se adaptaban al espíritu que imponía el régimen, es decir, a uno esencialmente doméstico. Se animaba a las mujeres a convertirse en las guardianas de la casa, algo evidenciado en discursos como los de Pilar Primo de Rivera en 1939 en la Sección Femenina. En este momento, muchas escritoras utilizaron la literatura para denunciar la situación en que se encontraban y para concienciar de su precariedad (Correa Ramón, 2000: 28). Concha Lagos representa en sus relatos la condena que esta naturalización de las tareas asociadas con lo femenino supuso para ellas. También en sus memorias lo manifiesta:

¡Ya salió lo doméstico! Por unos momentos había olvidado eso de «la pierna quebrada y en casa...»; lo que han dado en llamar lo nuestro: remover cacharros, andar horas y horas en danza con el plumero y la gamuza. Por añadidura, con la protesta agazapada, reseca por la estúpida costumbre. La palabra casero lo ha puesto en pie y me empuja a enfrentarme a la rancia obligación: a seguir con la cadena, como animal doméstico también, pero menos libre. El perro puede escaparse al primer descuido, correr calle abajo, detenerse en cualquier esquina, levantas la pata y: ¡ahí queda eso!

La cadena, claro, nos la cuelgan eslabón a eslabón. Cuando empezamos a sentir el peso ya es tarde, ya hemos caído en la trampa. Puede que al principio la aceptemos con cierta inconsciencia (entre lo posible). Así, sujetas de pies y manos, de

tiempo y corazón. Lo peor de esta cadena es lo que destruye. No creo que exista otra tan devoradora de ideas, de proyectos, de vida; de tiempo (Lagos, 2021: 66).

El silencio de las protagonistas de sus cuentos se entiende si leemos el código civil de 1944, cuyo artículo 57 recoge que «el marido debe proteger a la mujer y esta obedecer al marido». A través de esto se definen los pilares del modelo franquista de comportamiento que estas tenían que adoptar, que consistía en la obediencia y la entrega a la maternidad (Jurado Morales, 2011: 33). De esta forma, se legitimaba la violencia en caso de que alguna se saliera de este camino establecido, generando una inculpación y auto-inculpación por el no-cumplimiento de esas dos máximas esenciales. El juicio social que condena a las mujeres disidentes también se atisba en la prosa de Concha Lagos, en la que no solo sobresale el gran número de personajes femeninos, sino los diferentes modelos de feminidad que refleja a través de ellos, acompañados de sus correspondientes prejuicios sociales. Sus silencios se relacionan con el robo de la agencia epistémica, es decir, de la posibilidad de compartir saberes, de reconocerse como sujetos que generan conocimiento (Vite Hernández, 2022: 23). Omitir la agencia epistémica es anular al sujeto, como en este caso queda anulada la madre de Carlota o Tía Magdala en el cuento de «La sarna».

Para que desempeñasen las tareas asignadas a su situación³⁶, el espacio que se les asigna a las mujeres es en el que se entiende que pueden agotar todas sus posibilidades de existencia: el hogar. Este se convierte en un «símbolo de la privacidad, la intimidad y la realización femeninas» que tiene como consecuencia el veto de los espacios públicos (Jurado Morales, 2011: 42). En los cuentos de Concha Lagos se representa la delimitación de dos tipos de espacios distinguidos por sexo/género, definidos históricamente de manera binomial, opuesta y, por consecuencia, excluyente (Maffía, 2008). Apreciamos, por lo tanto, que en tiempos de posguerra se potenció la correlación de sexo/género con los espacios ocupados por los individuos pertenecientes a cada una

³⁶ Entendiendo «situación» como lo define Simone de Beauvoir, que en el caso de las mujeres es su propio cuerpo, límite que impide la «trascendencia» (Beauvoir, 1949).

de las (deliberadamente) únicas dos categorías existentes. En muchos de los escritos autobiográficos o epistolares de las mujeres de esta época se manifiesta el descontento por las tareas del hogar:

Otra vez enfrentada a lo cotidiano, a la doméstica y endiablada tarea. Seguro que fue un invento de alguna diablesa cojitranca. Sabe Dios a qué pacto llegó con el hombre para conseguir que nos hicieran la puñeta de por vida. El hombre, claro, debió aceptar a las primeras: ¡Menudo chollo! Luego San Pablo, que no tenía pelo de tonto, compuso aquella epistolita zalamera: «Esposa te doy, no esclava...». Sí, sí, de sobra sabía el Santo varón que nuestros Adanes cogerían el rábano por las hojas... (Lagos, 2021: 122).

Iris Zavala argumenta que los temas que las escritoras tratan en su escritura recogen la ideología patriarcal y la problemática de la representación, de la construcción de los sujetos, de los constructos culturales que crea el discurso hegemónico y, de especial importancia en este caso, de los silencios, de la parte que históricamente se ha escondido en la cultura (1993: 11). Se considera la literatura como un discurso y un documento social, a través de la cual nos configuramos como sujetos y creamos nuestra cotidianidad, pues se trata de un agente de transmisión cultural: «en definitiva, nos proyecta las imágenes (identidades e identificaciones) mediante las cuales los seres humanos configuramos nuestras vidas y actitudes, que se le comunican y transmiten a las generaciones posteriores» (Zavala, 1993: 48). Si se leen los relatos de Concha Lagos desde esta perspectiva teórica, sobresale su trascendencia al convertir en literatura los espacios ocultos y las situaciones silenciadas de tantas personas.

Atados a la tierra comienza con «El Barco», cuya voz narradora es la de un familiar que recuerda a la tita «Dif», personaje principal del relato. Esta estrategia de construcción de personajes a través del recuerdo de un narrador-familiar es común en este volumen, pues se utiliza también en «La cortina», «La herencia» y «La sarna». El personaje de Tita «Dif» es la hermanastra del padre del narrador, que siempre ha vivido en la

casa con ellos, por lo que se interpreta que no tiene más familiares. La ausencia de un núcleo familiar sólido es también evidente en el caso de Esperancita en «Un día es un día». «Dif» es un apodo que se le da porque solo habla de difuntos, motivo por el cual puede relacionarse el personaje con Don Eduardo de «La herencia». Eduardo es amigo del fallecido tío del narrador, que describe cómo este se suma a su familia para combatir la soledad al no poder compartir ya los paseos, las charlas y los juegos de cartas con su amigo José. Las situaciones de «Dif» y Eduardo son contrarias al comparar los espacios que ocupa cada uno, tanto físicos como discursivos. Él se muestra propenso a dar detalles al contar sus anécdotas, llenas de aventuras, mientras que «Dif» solo puede hablar de personas muertas porque «no tiene otro tema la pobre». Esto demuestra, por un lado, sus diferentes experiencias vitales, puesto que ella no tiene historias propias que recordar. Según Deborah Cameron, el género está asociado al poder y al estatus, algo que influye significativamente en las dinámicas de la interacción verbal (Cameron, 2010: 8), por lo que se puede relacionar la velocidad del habla con el espacio que se ocupa. Es decir, hablar lento significa gozar de tiempo y espacio; es un privilegio y una demostración de poder. Se define así al personaje de Eduardo, que ocupa un ancho espacio y que, además, se molesta ante posibles interrupciones, mostrando reticencia a ceder una mínima parte de este espacio, pues, como explica Mercedes Arriaga Flórez: «El género es también un principio que organiza la comunicación social, tanto en su dimensión de lenguaje hablado como de lenguaje icónico y mediático, que está presente, además, en todos los procesos de significación y de simbolización» (Arriaga Flórez, 2006: 10). La diferencia se aprecia cuando, al describir la recepción del discurso de «Dif» el narrador recuerda: «Mi padre, de carácter pacífico, la escuchaba silencioso: mi madre, acostumbrada, ni la oía. Siempre atenta a servirnos, a que la sopa tuviera temperatura adecuada, a mi compostura en la mesa». Esta escena, además, plantea la diferente situación desde el plano de la recepción, pues el padre puede dedicarse a escuchar, pero la madre no, al estar siempre dedicada al servicio de los cuidados.

El caso de Don Eduardo también es significativo con respecto a los espacios físicos, puesto que, al recordar a su tío, el narrador

expresa: «También a mí me gustaba saber que tío José disponía de espacio tan desahogado para sus paseos, sin molestar a nadie con aquellos golpes de tos asmática que le acometían los últimos meses». Contrasta esta definición con la del espacio que ocupa Dolorcitas, personaje del mismo cuento, que está siempre en el cuarto de costura, donde realiza la labor propia de forma ágil. También en «La cortina» se resalta la agilidad con la que Carlota maneja las manos al tejer, lo que parece indicar la costumbre que acompaña la labor de estas mujeres, que convierte la acción de Dolorcitas con la máquina de coser en un «rápido galopar». En este cuento, Don Eduardo invade también el espacio de Dolorcitas cuando ya no le quedan más sitios en la casa, pero finalmente termina molestándole:

Por primera vez se quejó don Eduardo del ruido de la máquina, de los reflejos que el blanco blanquísimo de la tela proyectaba sobre sus cansadas pupilas, optando al fin por volver a sus paseos, a su entrenamiento, para cuando Dios le llamara a su «ancha» gloria, donde el entrañable y difunto amigo José le aguardaba.

Se separan aquí las dos realidades representadas en diferentes espacios, que se caracterizan por oposición y terminan siendo excluyentes, en correlación con el tipo de binarismo con el que se suelen definir los géneros y la diferenciación sexual de los trabajos. Se muestra que Don Eduardo puede elegir cómo rellenar el vacío que le deja el tío José, invadiendo distintas estancias de la casa, abusando incluso de la hospitalidad de la familia. Sin embargo, Dolorcitas se presenta como parte del cuarto de costura, que es un entorno que ocupan solo ella y la máquina. Se nos presenta incluso más amplio el espacio del difunto José, ya en la «ancha» gloria de Dios, adjetivo que la autora entrecomilla las dos veces que utiliza la expresión en el relato, como anota el narrador al reparar en su uso por parte de Don Eduardo en sustitución de «santa»: «Debía resultarle más confortable una gloria amplia y despejada que la santa tradicional».

En otras ocasiones, la voz narradora que rememora la situación de otras personas funciona como crítica hacia la precariedad del sujeto recordado, como en «La ventana». Este cuento trata sobre

la burla y el acoso que sufre María la Tizna, la cantinera, tanto por clase social como por raza, y se manifiesta a través de la voz narradora la diferencia de clase de social y la condescendencia en su propio trato hacia la Cantinera:

Para la Cantinera no existían domingos ni fiestas. Era alta, morena, el pelo negro, retinto, los ojos negros también; oscura la piel del cuello y brazos, todo lo que dejaba ver la blusa. Yo conocía desde tiempo su apodo: “María la tizna”. Siempre la miraba con lástima y con disimulo, temerosa de que adivinara en la mirada que estaba al tanto del apodo. Aquella mañana los muchachos rebullían desasosegados sin saber a qué jugar. La Tizna apareció con su cántara. Al verlos hizo más lento el paso, presintiendo que la emprenderían con ella. Los muchachos se replegaron un momento para cuchichear entre risas. Pronto le gritaron a coro:

—Tizna, lávate la cara. [...] Lávate la cara a ver si blanqueas.

El símbolo de la ventana puede interpretarse como la separación entre la sociedad y la narradora, puesto que ella se encuentra en el interior, desde donde juzga lo acontecido en la calle, que es el acoso de un grupo de muchachos a María la Tizna. La narradora, desde su lado de la ventana, juzga el trato de la sociedad desvinculándose de él, desde la distancia. Sin embargo, cuando le ofrece caramelos a la Cantinera, se evidencia que la ventana se encuentra en un sitio alto, por lo que la ayuda se la ofrece desde arriba, y lo que hace es arrojarle caramelos desde la condescendencia que le permite pertenecer a una clase social más elevada. Ana Palomo analiza el símbolo de la ventana en la poética de Concha Lagos (2016: 47) y Juana Murillo lo relaciona en *Teoría de la inseguridad* con el hecho de que «la intensa vivencia intelectual de la autora se vio constreñida por la dictadura moral de un siglo que, debido a la represión, relegó a las mujeres al espacio privado» (Murillo, 2023: 11). Otro símbolo que se señala es el de los espejos (Murillo, 2023: 37), también recurrente en sus cuentos, de gran trascendencia en «La visita». En esta historia, Tere le cuenta a su mejor amiga, Julia, que su marido la está engañando y ante la noticia Julia actúa de la siguiente manera:

Se volvió y quedó reflejada en el espejo. Avanzó despacio hasta casi rozar la luna. Acercó más el rostro y sintió la frialdad del

crystal. Tampoco ella había cambiado con la noticia; era la misma de hacía unas horas, cuando se despojó de la bata para ponerse aquel traje azul, el collar... [...]

Julia acercó más el rostro al espejo, lo palpó; casi apoyó la frente en él y observó sus ojos. Brillaban fijos, resecos, febriles, pero sin expresión de odio, sin dolor aparente; sin el menor asomo de llanto. Era una mirada vaga, clavada en un punto lejano, como si atravesara el cristal contagiándole su frialdad, su dureza. De pronto crispó los puños y golpeó una y otra vez su imagen. La golpeó insistente en el pecho, en la frente.

Escribe Umberto Eco en su ensayo sobre los espejos que la interacción con la imagen que se refleja es como un juego, dado que el individuo se comporta como si dijera la verdad, aunque la imagen que devuelva sea irreal: «En este juego hay un “saber más” sobre lo que soy o podría ser, una aurora de ejercicio contractual, un principio de semiosis» (Eco, 1985: 31). En este relato vemos cómo Julia está creando desde fuera la imagen con la que quiere reconocerse, aunque no sea la real. Intenta convencerse de que no sabe nada, porque es consciente del castigo social que recae sobre una mujer engañada, algo que se interpreta por la alteración que parece notar en su entorno, que se entiende en correlación con su cambio de estado anímico, que no quiere reconocer. Destaca aquí el hecho de que golpee su imagen, la que se está proyectando en el espejo, y se dice a sí misma:

—Si lo descubres, te convertirás en una pobre mujer, en una torpe e indefensa mujer, y quedarás destruida. ¡Destruida para siempre! ¿Lo oyes? Tienes que seguir sonriendo, ignorando. Todo tiene fin. ¿Comprendes? ¡Todo!

Golpeó con más fuerza y agitó la cabeza como queriendo sacudir lejos la historia.

—Tú no sabes nada. ¡Nada!

Y una sonrisa firme apareció en sus labios.

También la madre de Carlota en «La cortina», canta frente al espejo, así como la madre del protagonista de «La vida empieza mañana». Por otro lado, al personaje de Burbuja le cuesta reconocerse en ellos: «Procuraba pasar de largo ante los espejos; sobre todo, ante los de la sala, más ostentosos y crueles». Otras

como Esperancita directamente no disponen de espejos; este personaje se queda sin familiares a los cincuenta años, por lo que se muda constantemente con diferentes familias. En el único momento en el que se permite a sí misma destapar recuerdos, menciona «el gran espejo de Venecia, que su madre, en un raptó de piedad, regaló a las monjitas de un convento vecino». La eliminación del espejo se interpreta como una falta de espacio en el que reconocerse, pues se trata de un elemento semiótico, con capacidad de significar, generar autocomprensión y construir una identidad. La ausencia del espejo para Esperancita es un signo de ausencia de identidad, que se manifiesta en la sustitución de su persona por otros objetos: «Esperancita había pasado a ser un abrigo en los percheros, un cubierto más en la mesa; una sombra encogida en el rincón de cualquier sala. Nada». Explica Marcos Roca Sierra que el espejo posee la posibilidad de eliminar la distancia entre el objeto y el sujeto, pues es un dispositivo donde interpretarse, donde adquirir sentido (Roca Sierra, 2011: 241). Por lo tanto, esta ausencia genera un símbolo que reemplaza el objeto que no está, y a partir de esta sustitución la vida del sujeto se orienta como una búsqueda imposible, ya que puede ser reemplazado por otros objetos (Roca Sierra, 2011: 247). Es decir, al eliminar el espejo de su vida se transmite la falta de identidad y de esencia de Esperancita, a la que se define a través de cualquier otro objeto.

En los relatos «La escapada», «Gasparito responde a Don Carmelo» y «La vida empieza mañana», se transmite la ideología patriarcal a través de la verbalización de la misoginia y de las actitudes machistas de los personajes. Expresiones como «con todo lo suyo muy prieto», «una hembra para morirse de gusto» o «¡Buena potranca!» conforman estos discursos. Estos surgen de la sexualización de los sujetos femeninos y del ansia de dominación, pues abundan términos como «amo», «guardián», «encarrilar» o «sujetar» refiriéndose a las relaciones con las mujeres con las que los personajes masculinos pretenden entablar una relación afectivo-sexual. Los juicios misóginos se palpan en sus comportamientos, aspecto evidente en el protagonista de «La vida empieza mañana», de *Atados a la tierra*, el relato más largo del volumen. Se trata de la historia de un aspirante a escritor que inicia una relación con una mujer mayor que él. Comienza la

narración en el momento en el que se conocen en un restaurante y esa misma noche él pasa la noche en casa de la mujer. Con el transcurso del tiempo se convierte en una relación de amantes, pues ella tiene pareja. El texto corresponde en ocasiones al flujo de conciencia del hombre, que se siente perturbado por ciertas actitudes de la mujer, criticando el hecho de que actúe sin consultarle, lo que le hace sentirse humillado. La relación termina convirtiéndose en una negociación de espacios en la que él asume que tiene que tomar la iniciativa, pues expresa cómo es él quien «la deja» en el hotel, quien «cede» su espacio o «renuncia» a él temporalmente para después regresar a su libertad una vez que está solo. Sin embargo, ella, incluso cuando viaja a otro lugar, permanece en el mismo espacio: el doméstico, el privado, aunque las paredes sean las del hotel. Al final, él termina manifestando su preocupación acerca del juicio social que recaería sobre él si lo vieran con una mujer mayor. Es decir, remite a la incompatibilidad de ciertos espacios simbólicos sociales en los que no se tolera que una mujer ocupe el lugar de mayor edad en una pareja, sino viceversa.

Destaca la representación de mujeres mayores, que, como desarrolla Blas Sánchez Dueñas (2011c), no es común. Sánchez Dueñas distingue entre los personajes de las abuelas, las viejas y las ancianas. A pesar de que las mujeres de los relatos de Concha Lagos no encajen exactamente en ninguno de estos modelos, sí que se representa en muchas de ellas la sabiduría propia de la ancianidad, vinculada con la experiencia vivida y los consejos que dan desde las situaciones de hastío que han generado estas experiencias. La figura de la abuela se caracteriza precisamente por la presencia de una genealogía, y lo que impera en estos relatos son personajes solitarios, muchos de ellos definidos por el abandono familiar, literal o figurado; las relaciones familiares de estos cuentos se presentan como frías, en un ambiente de incomunicación y superficialidad. Por ello, muchos de los personajes son las tías, como «Dif», Tía Irene en «La cortina», Magdala, de «La sarna» o tía Vicenta en «La carta». Cabe destacar la tía Andrea, del cuento «Figuraciones», que consiste en un diálogo en el que esta aconseja a su sobrina Sabela sobre la vida, intentando prevenir que le ocurra lo que a ella, advirtiéndole sobre qué le depara si sigue el camino que marca la sociedad:

Por tu bien te lo digo Sabela: busca de encontrar acomodo en lugar menos ruin. Búscalo antes de que te saquen ventaja las penas. Ahora, con los años frescos, todo tiene buen ver y se te hace de rosas, sin atinar a figurarte lo que anda caracoleando ya a los costados.

Parece que Concha Lagos conoce en su vida a varias mujeres que sufren la soledad y el abandono, sentimientos que generan ese tipo de sabiduría que refleja en los relatos. Por ejemplo, recuerda a Joaquinita, amiga de su madre en *Prolongada en el tiempo*, cuya situación se asemeja a muchas de las de *Atados a la tierra*:

Al recuerdo viene hoy una amiga de mi madre, Joaquinita. Siempre me chocó el diminutivo, lo creía destinado solo a nosotros, al mundo infantil. Joaquinita se había quedado huérfana joven. Pese a ser hija única, y a la saneada herencia, no encontró marido. Puede que influyera aquella sequedad de palo que la mantenía tan erguida y distante. Nunca recibí una caricia de ella, una palabra, una sonrisa. Cuando salía al jardín, pasaba sin detenerse ante todo: ni árboles ni flores ni el estanque. Lo suyo era más bien una marcha disciplinada por un sendero trazado previamente: de este a ese árbol. Allí giraba. Retroceso y vuelta a empezar. Igual hubiera caminado por una galería, por un claustro: por un desierto. Solo los días que calentaba más el sol ponía una variación. Salía acompañada por el quitasol azul turquesa de mi madre. Quitasol con una empuñadura de marfil, rematada por una cabeza de cisne con ojos de cristal. Injusto me parecía que Joaquinita se posesionara, por las buenas, de la sombrilla, privilegio que me estaba negado. Solo alguna vez, muy a escondidas, me acercaba para acariciar la cabeza del cisne, lamentando que Palomo no tuviera los ojos igual de claros y resplandecientes.

Mi madre, anunciaba con un suspiro: voy a invitar a Joaquinita, al final fue una buena compañera de colegio y la pobre está más sola que la una. Ni perrito tiene que le ladre...Aquí, aquí quería venir a parar. Qué descripción tan rotunda de la soledad. A esta conclusión me ha llevado: lo mío no es soledad, se queda en recogimiento para que logre intimidad el quehacer (Lagos, 1988b: 57).

Otros personajes basados en personas reales aparecen en «El regreso», algunos tan recurrentes como Maricuela la niñera, Antoñico el jardinero o Dolores y Manuel, una pareja del pueblo, sobre los que se cuenta su historia en *Al sur del recuerdo* (1955). En «El regreso» se trata el tema de la vuelta a casa, de la vivencia en el recuerdo, tema común en Concha Lagos, que siempre regresa al sur y a la infancia. De marcado carácter autobiográfico es también «Resumen», basado en un periodo de malestar económico al que ya se ha hecho referencia más arriba.

En los relatos «La sarna», «La carta» y «Un anuncio fuera de serie» (este último de «Otros relatos»), se alude específicamente a la guerra. En «La Sarna» se habla de la Ley de Fugas, una práctica de ejecución extrajudicial que consistía en dejar que el detenido se marchara, simulando una huida, para poder dispararle por la espalda. Esta práctica fue habitual en España desde mediados del siglo XIX hasta la década de los cincuenta del siglo XX (Fernández Pasalodos, 2021:125). En «La carta» se trata el porqué de la guerra a través del género epistolar, con el que Concha Lagos representa el día a día de una mujer a la espera del fin de la batalla en la que se encuentra su marido. Esta se pregunta constantemente de quién es la culpa de la guerra, tema que también aparece en «Un anuncio fuera de serie»:

Estoy segura de que esos hombres no se hubieran dejado arrastrar uno a uno, pero detrás de la voluntad de una nación está la de un contado grupo o la de un solo hombre, guiado o guiados de su ambición, de un desbordado deseo de poder, ocasionado a veces por una tara mental. Ellos son los responsables, los que, llegados el momento, arrastrarán al pueblo, y este, contagiado de un demoníaco impulso de hipnotismo colectivo, caminará ciego a su destrucción, despojado de su libre albedrío.

Los otros dos textos, «El sino» y «Al amparo de Dios», ofrecen un retrato costumbrista al tratar la precariedad laboral, la dura vida en el campo y el determinismo social. La mayoría de los personajes de estos dos cuentos son masculinos, quienes comentan la pérdida de un compañero en la obra, las muertes tempranas por accidentes de trabajo y la dificultad para salir del mundo rural y sobrevivir, tanto sea escapando de él o asumiendo

el imposible ascenso social. Estos diálogos están repletos de coloquialismos, refranes, apelativos y expresiones andaluzas, algo común a otros cuentos de este volumen, que responde a una voluntaria estética realista de ambiente rural.

Los cuentos «Antes de entrar» y «Agua pasada» parecen tener en común las dudas existenciales y crisis de fe. En el primero el narrador protagonista se dirige a sí mismo, (aunque se describe como si le hablase a una audiencia imaginaria) elaborando un discurso acerca de los límites y las restricciones de los «apetitos». Se identifica con la máxima «De nada demasiado», una de las cuatro frases que, como explica Umberto Eco, se escribieron en el templo de Delfos para que los seres gozaran de armonía (Eco, 2004: 53). Se autoconviene de que lo que necesita es tiempo y paciencia para resolver los conflictos que le han llevado a la confesión de sus escrúpulos. En «Agua pasada» acudimos al monólogo de un personaje que se dirige a Don Pascual, el que se entiende que es párroco por la expresión «siga encarrilando ovejas y dándole al rezo, pero no me sermonee de por vida». Este personaje escoge otro camino alejado de la religión, algo que define como «vivir esquinado». Respeta el modo de vida del cura, pero decide que no le convence y que se tendrían que resolver muchas dudas para que volviera al camino de la fe. La inseguridad acerca de la existencia y de las creencias es una constante en Concha Lagos, como desarrolla Juana Murillo en la introducción de *Teoría de la inseguridad* (2023), algo que se plasma en este cuento de manera más sarcástica, pero igual de profunda y meditada.

Por último, «La túnica» el único relato de este volumen que posee un elemento fantástico, una figura misteriosa que parece tratarse de una sirena: «A pesar de la oscuridad, reconocí la túnica. Primero se extendió sobre el agua, luego empezó a flotar, alejándose despacio, pero dejando tras de sí una ancha estela fosforescente...».

Para finalizar, esta introducción ha tratado de reivindicar la presencia de Concha Lagos dentro la intelectualidad de la Edad de Plata, así como enmarcar su prosa en la estética del medio siglo y destacar ciertos aspectos de sus relatos desde la perspectiva de género. Como expresa Carmen Martín Gaité, para escribir

cuentos se requiere «una mirada atenta y unos oídos finos para incorporar las conversaciones y escenas de nuestro entorno y registrarlas» (Casas, 2007: 8) y esto es lo que hace Concha Lagos al recrear escenas cotidianas y plasmar imágenes certeras sobre realidades ignoradas. Los relatos de Concha Lagos son breves, lo que permite valorar su eficacia al caracterizar a los personajes a través de actos o palabras precisos, que generan reconocimiento. No nos resultan ajenas las historias que cuenta, ni extrañas las conversaciones o los entornos. Sentimos la añoranza, la soledad o el silencio atronador que atraviesa a tantos de los personajes de estos cuentos, incluso cuando no aparecen. A algunos los conocemos por mediación de otros que personifican prejuicios sociales, a través de cuyo filtro (que puede interpretarse como el de toda la sociedad) se nos presenta al personaje ausente. En estos cuentos se reconoce a la autora, que mantiene unas constantes que se plasman también en su poesía o en sus escritos autobiográficos, una preocupación por la existencia, por el olvido y por el paso del tiempo, tanto por el rápido como por el lento. A veces nos alude, como lectores, para que nos preparemos, para que entremos de lleno en su escritura y la entendamos. En «Antes de entrar», la autora nos prepara, invitándonos a suspender cualquier expectativa, a abrir la mente y a aceptar todo lo que vamos a leer. Nos invita, a secas. Porque si algo definió toda la red literaria que creó Concha Lagos, fue la apertura. Y no hay nada tan sencillo como pasar por una puerta que ya se ha dejado abierta:

Todo requiere tiempo, ocasión, instante oportuno. [...] Para llegar al fondo, para comprobarlo, lo primero ya lo he dicho: Paciencia. Sí, hay que esperar. Ya sé que esto del tiempo asusta, aunque se compruebe pronto que corre como un loco, que no hay que temerle. Antes de lo que imagináis podréis llegar al fondo, pero, por favor, permitidme que lo aligere antes de algunas cosas. Cosas insignificantes en las que, estoy seguro, ni repararíais: es por eso de los escrúpulos que apunté al principio. No discutáis, no empujéis, sólo un instante y quedará libre el paso, aclarada la incógnita. Un instante más y sabréis si existe o no el fruto. Pero, por favor, atended este último ruego: **Antes de entrar dejadme salir.**

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ARMENGOL, Joseph M. (2022). *Reescrituras de la masculinidad. Hombres y feminismo*. Madrid: Alianza Editorial.
- ARRIAGA FLÓREZ, Mercedes (2006). «Estudios de género y teoría de la comunicación: nuevos territorios y nuevos retos». *Revista Internacional de Culturas y Literaturas*, (4), pp. 7-14. Recuperado de <https://doi.org/10.12795/RICL.2006.i04.01> [Fecha de consulta: 17/04/2023].
- BALCELLS, José María (2006). «Escritoras españolas del siglo XX». Volumen II. *ARBOR Ciencia, Pensamiento y Cultura*, CLXXXII, (721), pp. 635-649. Recuperado de <https://arbor.revistas.csic.es/index.php/arbor/article/view/58/58> [Fecha de Consulta: 19/05/2023].
- BEAUVOIR, Simone de (1949). *El segundo sexo*. Madrid: Cátedra.
- BENEGAS, Noni (2019), «¿Ciudadanas o súbditas? De la República a la Dictadura. Concha Lagos y la poesía femenina de su tiempo», en *Ellas resisten. Mujeres poetas y artistas. Textos 1994-2019* (pp. 52-62). Madrid: Huerga y fierra
- BERGES, Consuelo (25 de enero de 1956). Carta a Concha Lagos. Archivo Concha Lagos de la Biblioteca Nacional de España [Con signatura Mss. 22649-233].
- BRANDENBERGER, Erna (1973). *Estudios sobre el cuento español contemporáneo*. Madrid: Editora Nacional.
- BROWN, Gerald G. (1974). «El siglo XX (del 98 a la Guerra Civil)», en VVAA, *Historia de la literatura española (vol. 6/1)*. Ariel
- BUCKLEY, Ramón; DE NORA, Eugenio G.; GIL CASADO, Pablo y SOBEJANO, Gonzalo (1980). «Caracteres de la novela de los cincuenta, en Domingo Ynduráin» (Coord.), *Historia y crítica de la literatura española (vol. 8)*, pp. 410-427. Editorial Crítica.
- CAMERON, Deborah (2010). *Sex and power of the speech*. Recuperado de <https://pdicrodas.webs.ull.es/variedades/CameronSexAndThePowerOfSpeech.pdf> [Fecha de consulta: 08/03/2023].
- CAPDEVILA-ARGÜELLES, Nuria (2017). *Autoras inciertas*. Madrid: Silex.

- CASANOVA, Julián (2013). *España partida en dos*. Barcelona: Editorial Crítica.
- CASAS, Ana (2007). *El cuento español en la posguerra. Presencia del relato breve en las revistas literarias (1948-1969)*. Madrid: Marenostrum.
- CHAMPOURCÍN, Ernestina de (3 de septiembre de 1962). Carta a Concha Lagos. Archivo Concha Lagos de la Biblioteca Nacional de España [Con signatura Mss. 22650-236].
- CONDE, Carmen. (1954). *Poesía femenina española viviente*. Madrid: Ediciones Arquero.
- C.O.R. (10 de diciembre de 1964). «Penúltima hora. Don Nicanor», *ABC*, p. 48.
- CORREA RAMÓN, Amelina (2000). «A la búsqueda de una voz propia», en Amelina Correa Ramón (ed.), *Cuentos de mujeres. Doce relatos de escritoras finiseculares*. Madrid: Clan Editorial.
- CORRECHER JULIÁ, Estrella (2010). «Los siete itinerarios del exilio interior de Concepción Gutiérrez Torrero (Concha Lagos)», *Espéculo. Revista de Estudios Literarios*. Universidad Complutense de Madrid.
- CORRECHER JULIÁ, Estrella (2014). «La revista *Cuadernos de Ágora* y sus relaciones con Latinoamérica», *Mitologías hoy* (9), pp. 140-156.
- ECO, Umberto (1985). *De los espejos y otros ensayos*. Barcelona: Lumen, 1988)
- ECO, Umberto (2004). *Historia de la belleza*. Barcelona: Lumen.
- ESPERESATE PAJARES, Alicia (2021). *Concha Lagos y la revista Cuadernos de Ágora en la Biblioteca Nacional de España*. Madrid: Biblioteca Nacional de España. Recuperado de <https://www.bne.es/es/publicaciones/concha-lagos> [Fecha de consulta: 26/02/2023].
- ESTEVAN ECHEVERRÍA, Julia (30 de agosto de 1956). Carta a Concha Lagos. Archivo Concha Lagos de la Biblioteca Nacional de España [Con signatura Mss.22651-69b].
- ESTEVAN ECHEVERRÍA, Maruja (7 de junio de 1975). Carta a Concha Lagos. Archivo Concha Lagos de la Biblioteca Nacional de España [Con signatura Arch.CLagos/1/74].

- FAGUNDO, Ana María (18 de septiembre de 1970). Carta a Concha Lagos. Archivo Concha Lagos de la Biblioteca Nacional de España [Con signatura Mss. 22651-133].
- FAGUNDO, Ana María (25 de mayo de 1971). Carta a Concha Lagos. Archivo Concha Lagos de la Biblioteca Nacional de España [Con signatura: Mss. 22651-142].
- FERNÁNDEZ PASALODOS, Arnau (2021). «La “Ley de Fugas” durante la lucha antiguerrillera en España (1936-1952)», *Historia Social*, (101), pp.125-144.
- FERRERA, Carlos (2015). «Utopian views of Spanish zarzuela», *Utopian Studies*, 26 (2), pp. 366-382.
- FRAILE, Merdardo (1993). *El cuento español de Posguerra*. Madrid: Cátedra.
- GARCERÁ, Fran (2023). «“Yo debajo de la falda llevo un pantalón” o el campo cultural, el canon literario y las antologías poéticas: hacia una nueva nómina de poetas españolas de la Edad de Plata (1901-1936)», en Mercedes Arriaga Flórez (ed.), *Ginocríticas entre España e Italia* (pp. 15-34). Berlín: Peter Lang.
- GÓMEZ GIL, Alfredo (1981). *Concha Lagos bajo el dominio de la literatura comparada*. Alicante: Instituto de estudios alicantinos.
- GULLÓN, Germán (1995). «La (cambiante) representación de la mujer en la narrativa española contemporánea: *Chámbase Luis*, de Marina Mayoral», en José B. Monleón (ed.), *Del franquismo a la posmodernidad. Cultura española 1975-1990*. Madrid: Akal Ediciones.
- JURADO MORALES, José (2011). «Las escritoras en la sociedad patriarcal de la primera posguerra», en María José Porro Herrera y Blas Sánchez Dueñas (eds.), *Estudios de Literatura Española desde una Perspectiva de Género* (pp. 33-50). Universidad de Córdoba.
- LAGOS, Concha (1955). *Al sur del recuerdo*. Madrid: Ágora.
- LAGOS, Concha (1963). *La hija de Jairo*. Madrid: Editora Nacional.
- LAGOS, Concha (9 de septiembre de 1974). «Soy mujer de voluntad; sé lo que quiero y lo defiendo», *ABC de Sevilla*, p. 9.

- LAGOS, Concha (1976). *Antología 1954-1976*. Barcelona: Plaza-Janés.
- LAGOS, Concha (1988a). *Cuando llegue el silencio (prosas con música de fondo y un solo de laúd cada vez más lejano)*. Alicante: Sinaya.
- LAGOS, Concha (1988b). *Prolongada en el tiempo*. Archivo Concha Lagos de la Biblioteca Nacional de España [Con signatura Mss/21487/3].
- LAGOS, Concha (1995). *Los pájaros de cada día*. Archivo Concha Lagos de la Biblioteca Nacional de España [Con signatura Arch.CLagos/6/2].
- LAGOS, Concha (1996). *Una noche bajo las estrellas*. Almería: Instituto de Estudios Almerienses.
- LAGOS, Concha (1997). *El muro*. Archivo Concha Lagos de la Biblioteca Nacional de España [Con signatura Arch.Clagos /6/1].
- LAGOS, Concha (1997). *Atados a la tierra*. Córdoba: Diputación Provincial.
- LAGOS, Concha (2021). *La madeja*. Madrid: Torremozas.
- LAGOS, Concha (2021). *Golpeando el silencio*. Madrid: Tigres de Papel.
- LAGOS, Concha (2023). *Teoría de la inseguridad*. Madrid: Torremozas.
- LEÓN, Lucas (1995). «Córdoba ha dejado de ser una ciudad vegetal», *La información*, p. 25, en AA.VV. *Recortes de prensa en entrevistas a Concha Lagos y reportajes sobre Concha Lagos*. Archivo Concha Lagos de la Biblioteca Nacional de España [Con signatura Arch.Clagos/8/5]
- LUQUE, Rosa (8 de junio de 1995). «La magia de Concha Lagos», *Cuadernos del sur*, nº 402. Archivo Concha Lagos de la Biblioteca Nacional de España [Con signatura Arch.Clagos/8/5].
- MAFFÍA, Diana (2008). *Contra las dicotomías. Feminismo y epistemología crítica*. Recuperado de <http://dianamaffia.com.ar/archivos/Contra-las-dicotom%C3%ADas.-Feminismo-y-epistemolog%C3%ADa-cr%C3%ADica.pdf> [Fecha de consulta: 16/03/2023].
- MANGINI, Shirley (1987). *Rojos y rebeldes. La cultura de la disidencia durante el franquismo*. Barcelona: Anthropos.

- MANGINI, Shirley (2001). *Las modernas de Madrid. Las grandes intelectuales españolas de la vanguardia*. Barcelona: Ediciones Península.
- MÉNDEZ, Concha (18 de junio de 1968). Carta a Concha Lagos. Archivo Concha Lagos de la Biblioteca Nacional de España [Con signatura Mss. 22653-242].
- MIRÓ, Emilio (1986). «El tiempo recobrado en la poesía de Concha Lagos». *Córdoba Cultura*, (37). Archivo Concha Lagos de la Biblioteca Nacional de España [Con signatura Arch.Clagos/8/5 (6)].
- MORENO-LAGO, Eva (2021). «Indicios y espacios literarios para la reconstrucción del círculo sáfico madrileño en las obras de Elena Fortún, Rosa Chacel y Victorina Durán», *Feminismo/s*, 37, pp. 211-236.
- MORENO-LAGO, Eva (2023). La Edad de Plata en femenino: debates, problemáticas y propuestas para definir una generación propia», en Mercedes Arriaga Flórez (ed.), *Ginocríticas entre España e Italia* (pp. 35-58). Berlín: Peter Lang.
- MURILLO RUBIO, Juana (2019). «Concha Lagos (Córdoba, 1907 - Madrid, 2007), Periplo literario en un siglo de escritura», en Eva María Moreno Lago (ed.), *Pioneras, escritoras y creadoras del siglo XX* (pp. 111-126). Universidad de Salamanca.
- MURILLO RUBIO, Juana y Castán Andolz, Rafael (2016). «Crítica literaria y amistad. Maestros y poetas en los 50. Correspondencia de Concha Lagos en *Cuadernos de Ágora*», *Pliego Poesco*, 2, pp. 1-20.
- MURILLO, Juana (2023). *Concha Lagos. Teoría de la inseguridad* [Introducción], pp. 7-59. Madrid: Torremozas.
- NAVARRETE, NAVARRETE, María Teresa (2019a). «¿Cómo contactar con los republicanos exiliados durante el franquismo? La red literaria Ágora (1955-73)», en Ruth Fine, Florinda F. Goldberg, Or Hasson (eds.), *Mundos del hispanismo. Una cartografía para el siglo XXI*. AIH Jerusalén.
- NAVARRETE, NAVARRETE, María Teresa (2019b). «Editoras de poesía en la posguerra española: Concha Lagos y la red literaria “Ágora (1955-1973)»», *Lectora*, 25, 171-186.

- PALENCIA CEREZO, José María (2011). «Concha Lagos mucha de Anselmo Miguel Nieto», en Blas Sánchez Dueñas y M^a José Porro Herrera (eds.), *Concha Lagos en el panorama literario de su tiempo* (pp. 195-212). Córdoba: Diputación Provincial.
- PALOMO ORTEGA, Ana (2017). «Perspectivas de la existencia en la obra poética de Concha Lagos», *Revista de Estudios Poéticos*, 2(2), pp. 35-58.
- PANDO BALLESTEROS, María de la Paz (2020). «Comunistas y católicas en *Cuadernos para el diálogo*. La contribución de la revista al debate sobre la situación de la mujer en el mesofranquismo», *Arenal*, 27(2), pp. 411-134.
- PAYERAS GRAU, María (2013). «“Y ahora le da por escribir”. Las poetas del 50 ante el oficio», en María Payeras Grau (ed.), *Desde las orillas. Poetas del 50 en los márgenes del canon*. España: Renacimiento.
- PORRO HERRERA, María José (2013). «Escritoras en los *Cuadernos de Ágora*», en María Payeras Grau (ed.), *Desde las orillas. Poetas del 50 en los márgenes del canon* (pp. 209-228). Sevilla: Renacimiento.
- ROCA SIERRA, Marcos (2011). «Espejos y reflejos en la construcción de la subjetividad femenina», en María José Porro Herrera y Blas Sánchez Dueñas (eds.), *Estudios de Literatura Española desde una Perspectiva de Género* (pp. 241-252). Universidad de Córdoba.
- SALAS, Mary (1959). *Nosotras las solteras*. Barcelona: Juan Flors Editor.
- SANABRIA CAÑETE, Pilar (2011). «Concha Lagos en sus espacios», en Blas Sánchez Dueñas y M^a José Porro Herrera (eds.), *Concha Lagos en el panorama literario de su tiempo* (pp. 213-218). Córdoba: Diputación Provincial.
- SÁNCHEZ DUEÑAS, Blas. (2011a). «Concha Lagos y el canon en el contexto poético de los 50». *Ojáncano: revista de literatura española*, (40), pp. 83-105.
- SÁNCHEZ DUEÑAS, Blas (2011b). «Concha Lagos: Apuntes para una biografía. Asientos deslindadores de una apasionada actividad cultural», en Blas Sánchez Dueñas y M^a José Porro Herrera (eds.), *Concha Lagos en el panorama literario de su tiempo* (pp.7-52). Córdoba: Diputación Provincial.

- SÁNCHEZ DUEÑAS, Blas (2011c). «Diarios y Confesiones de dos abuelas en la aurora del siglo XXI: Rosa Regàs y Josefina Aldecoa», María José Porro Herrera y Blas Sánchez Dueñas (eds.), *Estudios de Literatura Española desde una Perspectiva de Género* (pp. 9-32). Universidad de Córdoba.
- SÁNCHEZ DUEÑAS, Blas (2013a). «Aportaciones andaluzas al canon del grupo poético del 50: paradojas de una marginación. *Ámbitos, Revista de estudios de ciencias sociales y humanidades*, 41(29), pp. 41-52.
- SÁNCHEZ DUEÑAS, Blas (2013b). «Voces poéticas de mujer en la órbita de las antologías conformadoras de la Generación del 50», en María Payeras Grau (ed.), *Desde las orillas. Poetas del 50 en los márgenes del canon* (pp. 229-250). Sevilla: Renacimiento.
- SÁNCHEZ DUEÑAS, Blas y PORRO HERRERA, María José (2015). *Concha Lagos, agente cultural de Los cuadernos de Ágora*. Madrid: UNED.
- SOLER ARTEAGA, María Jesús (2022). «El sur en la obra de Concha Lagos y M^a de los Reyes Fuentes», en María Remedios Sánchez García y José Álvarez Rodríguez (eds.), *Las olvidadas: reflexiones en torno a treinta poetas andaluzas imprescindibles (1900-2022)* (pp. 73-85). Valencia: Tirant Lo Blanch.
- TERRÍN BENAVIDES, Manuel (1931-). «Concha Lagos» [ensayo]. Archivo Concha Lagos de la Biblioteca Nacional de España [Con signatura Arch.CLagos/7/71].
- TOLEDANO, Juana (2019). «La narrativa de Concha Lagos. La obra de Concha Lagos en el contexto de la narrativa femenina española de la época (1954-1988)», *Acerca de Concha Lagos*, Centro Virtual Cervantes. Recuperado de https://cvc.cervantes.es/literatura/escritores/concha_lagos/acerca/articulo_05.htm [Fecha de consulta: 17/05/2023].
- VITE HERNÁNDEZ, Diana (2022). «Cuestionar(nos) las violencias epistémicas capacitistas», en Lelia Schewe y Alexander Yarza de los Ríos (eds.), *Cartografías de la discapacidad*. CLACSO. Universidad de Antioquía.
- ZAVALA, Iris M. (1993). «Las formas y funciones de una teoría crítica feminista». Feminismo dialógico, en Myriam Díaz-Diocaretz e Iris M. Zavala (coords.) *Breve historia feminista*

de la literatura española (en lengua castellana. I. Teoría feminista: discursos y diferencia (pp. 27-76). Barcelona: Anthropos.

CRITERIOS DE EDICIÓN

En la presente edición se disponen los cuentos en el orden en el que aparecen publicados en *Atados a la tierra* (1997). Los que forman el apartado de «Otros relatos» aparecen en orden cronológico. Se indica dónde y cuándo ha sido publicada la primera versión de cada cuento en caso de haberla, pues algunos aparecen por primera vez en el libro de 1997. La información acerca de las primeras versiones de los cuentos la recoge Alicia Esperesate Pajares en *Concha Lagos y la revista Cuadernos de Ágora en la Biblioteca Nacional de España* (2021). Se han eliminado las erratas de la edición de 1997 en caso de ser evidentes y se han sustituido los guiones (-) por rayas (–) y se han actualizado las normas ortográficas. Sin embargo, se reproducen y mantienen conscientemente algunas mayúsculas detrás de los dos puntos (:) o punto y coma (;), la ausencia de algunas comas como las de vocativo, las comillas inglesas y la cursiva o subrayado de las palabras en andaluz. Esto se debe al desconocimiento del origen de estas decisiones estilísticas, razón por la cual no se han unificado ciertos criterios como la cursiva en expresiones como «pa», que a veces aparecen en cursiva, pero otras no. Concretamente, para cambiar las palabras que tienen otra tipografía (las palabras en andaluz) sería necesario saber si la que eligió señalarlas fue la autora o la editorial, por lo que en esta edición se mantiene el formato original con consciencia de lo que la marca en estas palabras supone. Por lo tanto, se ha dado prioridad a la forma en la que los textos aparecen recogidos, corregidos (en algunos casos) y editados en 1997, puesto que la intención de esta edición es promover la lectura y el estudio (desde el plano tanto literario como lingüístico) de Concha Lagos. Se considera que la manipulación de estos criterios puede dificultar el rigor de análisis de los cuentos y de su contexto.

Se han utilizado, tanto para la introducción como para las notas, materiales inéditos que se encuentran en su archivo personal y reservado de la Biblioteca Nacional de España, por lo que se incluye en la bibliografía final la signatura del documento como aparece en su catálogo (Ej.: Mss/21487/3 o Arch.Clagos/12).

El título de esta edición, *Atados a la tierra y otros relatos*, incluye el término «relatos» por motivos estéticos, pero se utiliza en la introducción y en las notas como sinónimo de «cuento» o «prosa breve» sin diferenciar los conceptos. El apartado de «otros relatos» se añade para descubrir textos de Concha Lagos que solo habían aparecido en revistas literarias y que no son de fácil acceso. Estos se recogen por primera vez en este volumen.

ATADOS A LA TIERRA
(1997)

Concha LAGOS

EL BARCO³⁸

Lo recuerdo en el cuarto de estar, enmarcado en una moldura sencilla, sin pretensiones. Desde niño me acostumbré a mirarlo, sentado en una vieja butaca enfrentada a él. Influido acaso por un veraneo junto al mar, el barco tomó de pronto para mí nueva dimensión. Observé atento sus chimeneas, su proa desafiante, el tajamar cortando las olas; la cubierta, el puente... Terminé por imaginar largos viajes, extraños continentes, islas desconocidas y hasta algún naufragio acompañado de trágica tempestad.

Nadie hizo nunca referencia al cuadro ni a las circunstancias que lo habían anclado allí. Es cierto que mis padres eran poco habladores, incluso las comidas solían transcurrir silenciosas, apenas lo imprescindible. Solo tita “Dif” las amenizaba con sus relatos macabros. Tita “Dif”, hermanastra de mi madre, vivió siempre con nosotros. Era alta, desgarrada, esquelética. No sé si para disimular su delgadez, usaba batas flotantes, holgadas, de tonos grisáceos o blanquecinos que le daban aspecto fantasmal. El autor del diminuto fue el primo Raimundo, pariente lejano ya metido en años. El primo Raimundo conservaba todavía una buena dosis de humor. Los únicos parloteos divertidos y alborotadores en la mesa se concretaban a los domingos, día en que el primo Raimundo venía a comer. Ignoro por qué rara combinación de sílabas había llegado a ese diminutivo. El nombre de la tía era Delfina. Lo curioso es que ella lo aceptó encantada. Debió parecerle exquisito, delicado, acorde con la compostura y elegancia del primo Raimundo, de sus camisas impecables, de sus trajes de corte perfecto, de su variada colección de corbatas. Yo tardé en saber el significado. Más que adivinarlo se debió a una confianza. Tita “Dif” había traspasado aquel domingo los límites. Toda la comida fue una larga reseña de tragedias: muertes, enfermedades, desgracias, catástrofe. Tita “Dif” no se perdía entierro ni pésame ni funeral. Por lo visto era lo suyo. Luego lo relataba con voz melosa:

—Ayer murió la vecina de mi amiga Isabel. Cuando llegué aún estaba calentita y pude ayudar a lo de la mortaja. Daba gusto verla tan estirada y compuesta, tan serena. Lástima lo de la boca. Lo

³⁸ Publicado en *Ya* (Madrid) el 8 de mayo de 1974.

remediamos atándole muy prieto un pañuelo. Buena diferencia con doña Rosario. No había manera de recomponerla. Claro, con aquel vientre... En vida lo disimulaba gracias al corsé, pero una vez desceñida...

Al primo Raimundo se le acabó el guante y ni siquiera esperó al café.

—Quiero invitar al chico. Le llevaré a una cafetería y luego al fútbol, al cine; donde quiera.

Apenas llegamos al portal respiró liberado:

—Siempre a vueltas con sus difuntos, la pobre no tiene otro tema. Por algo la he apodado tita “Dif”.

Luego me cogió del brazo:

—Guárdame el secreto, muchacho. Esto de callar, ya sabes, es cosa de hombres.

Tita “Dif” había cambiado últimamente de tema. Nunca me expliqué el rencor que de pronto se le despertó hacia mi padre. Sin venir a cuento sacaba a relucir viejos parientes:

—Les venía de casta, desengáñate. Estas cosas tienen que ser así; con tradición y solera: marino el padre, marino el hijo, marino el abuelo... Nadie pudo compararse al abuelo en la guerra de Cuba. Un héroe, un verdadero héroe cargado de medallas hasta aquí.

Con sus manos huesudas acotaba el espacio que agrandaba día a día. La derecha se apoyaba ya en la clavícula y a la izquierda en el bajo vientre. Sin proponérmelo relacionaba al abuelo de tita “Dif” con el Emperador Bocassa,³⁹ tan exhibido aquellos días en televisión.

Mi padre, de carácter pacífico, la escuchaba silencioso: mi madre, acostumbrada ni la oía. Siempre atenta a servirnos, a que la sopa tuviera temperatura adecuada, a mi compostura en la mesa.

Tita “Dif” siguió avanzando en sus recuerdos, primero en guerrilla cautelosa, luego a la descubierta, invadiendo el campo particular de mi padre. Ya no se concretaba a pequeñas alusiones, sus ataques eran directos, con bala dum-dum:

—Marinos los de antes. Aptos para el mar, valientes y capacitados para la guerra, y en qué condiciones amigo... ¡Jap!

³⁹ Dictador centroafricano derrocado en 1979.

Aquel grito inesperado, golpeando a un tiempo el mantel, apartó momentáneamente a mi madre de sus tareas:

—¿Ocurre algo?

—Tita “Dif” ni recogía velas ni ondeaba bandera de paz, aunque aquella guerra la hiciera sola y por su cuenta; al contrario, aprovechó la ocasión para mortificar más a mi padre:

—Trataba de aclararle a tu marido las diferencias entre los marinos de hoy y los de antaño. Nada de encerrarse en Ministerios ni en despachos confortables. Siempre en la lucha, enfrentados al implacable y proceloso mar...

Orgullosa de su frase hizo una pausa. Mi padre, molesto ya, la aprovechó para repetir burlón, con cierta entonación teatral:

—¡El implacable y proceloso mar...! Que cosas hay que oír...

No sé si aquel machaqueo de tita “Dif” terminó por herirle. Un buen día el cuadro desapareció de la sala dejando solo su huella en el empapelado. Al principio nadie pareció echarlo de menos. Fui yo, desde mi vieja butaca, desde mis sueños viajeros, el que se enfrentó desolado al vacío. Tímidamente me atreví a preguntar por él durante la cena.

Mi padre se enderezó en el asiento:

—Cuando quieras verlo puedes entrar en mi despacho. Ahora está sobre la chimenea y con marco nuevo. Sí, es un viejo amigo. Y luego, con la vista clavada en tita “Dif”; una mirada fija, apabullante:

—Algún día te hablaré de mis largas travesías, de las tempestades que tuve que capear, de extrañas y arriesgadas aventuras por el implacable y proceloso mar...

ANTES DE ENTRAR⁴⁰

Había llegado a esa edad en que se liman aristas y se acerba la sensibilidad hasta provocar en ocasiones una sensación inconfesable de vergüenza. Su frase más traída y llevada era: “de nada demasiado”. Ni recordaba a quién ni cuando la oyó, pero había hecho de ella una especie de cajón de sastre. Lo mismo le servía para frenar apetitos que para salvaguardar parcelas de egoísmo. También la usaba como fórmula insustituible de consuelo.

El día que se habló a sí mismo de todo eso, se cuidó de añadir:
—Por lo demás, no hay lugar a explicaciones.

Y, como si se dirigiera a un grupo imaginario:

—Os ruego que esto último lo tengáis muy en cuenta. Basta que a uno se le ocurra iniciar la menor confesión, para que todos crean y piensen... Estoy seguro que la mayoría sabe perfectamente a lo que me refiero, lo que intento insinuar. Puede que hasta compartan mis escrúpulos...

Hizo una pausa.

—Supongamos que llego a desprenderme de todas las cáscaras. Debajo, ya se sabe, queda otra más dura y compacta, como en las nueces. Tal vez alguno diga: Bien, de acuerdo, pero, en el fondo... No olvidar que hay frutos vanos, frutos que nada encierran. Guardar la nada puede ser también una vieja costumbre, una tradición.

Naturalmente, eso no entorpece el juego. Por otro lado no serán muchos los que lo advierten, seguro; así que adelante.

Antes quisiera rogaros un poco de paciencia. Sé que no es fácil prescindir de lo establecido, por eso ruego, insisto en lo de la paciencia. Podría muy bien seguir como estaba, en mi concha, detrás de esta cubierta sólida, pero recordad que sois vosotros los que habéis provocado la situación. Sí, no vengáis ahora con gestos de asombro. Mi postura sería distinta si no me hubiera dado cuenta de vuestros apartes. He sorprendido miradas, palabras, gestos, señas. Miles de veces he visto o he adivinado en vuestros ojos una hambrienta curiosidad. Una curiosidad impertinente, obsesiva. Porque, en definitiva, lo que de verdad os interesa —ya

⁴⁰ Publicado en *Alaluz* (Santa Cruz de Tenerife) en 1974.

que sé que vais a negarlo, incluso con la mano en el corazón—, en definitiva, lo que os interesa... Antes de seguir adelante quiero confesaros que, a veces, me han divertido vuestras equivocaciones, vuestro ir y venir despistado, en completo desconcierto. Cuando más seguros creíais estar de haber llegado al nudo, de tener en vuestras manos el hilo de la madeja... No, no es fácil, lo reconozco: también yo he intentado lo mismo infinitas veces y hasta he creído tenerlo firme entre mis manos, pero siempre se me escapaba dejándome otra vez ante la maraña, y eso que mis motivos, podréis suponerlo, eran muy distintos a los vuestros. De todas formas hoy no lo intentaría. Hasta de eso se pierde la curiosidad y un buen día dejamos de bucear para siempre.

Insisto. No es fácil. Todo requiere tiempo, ocasión, instante oportuno. Por supuesto que nunca he sido ese, el que suponéis. Ni ese, ni otros. Para llegar al fondo, para comprobarlo, lo primero ya lo he dicho: Paciencia. Sí, hay que esperar. Ya sé que esto del tiempo asusta, aunque se compruebe pronto que corre como un loco, que no hay que temerle. Antes de lo que imagináis podréis llegar al fondo, pero, por favor, permitidme que lo aligere antes de algunas cosas. Cosas insignificantes en las que, estoy seguro, ni repararíais: es por eso de los escrúpulos que apunté al principio. No discutáis, no empujéis, solo un instante y quedará libre el paso, aclarada la incógnita. Un instante más y sabréis si existe o no el fruto. Pero, por favor, atended este último ruego: Antes de entrar dejadme salir.

LA HERENCIA⁴¹

A la muerte de tío José, mi padre, entre otras cosas, heredó de su hermano un viejo amigo. No es que le hubiera sido adjudicado, así por las buenas en el testamento, pero desde el mismo día de su muerte tomó posesión de nuestra casa.

Don Eduardo había sido el compañero inseparable de tío José, de sus paseos, de sus charlas, de las partidas de tresillo. Por respeto al muerto se le aceptó sin chistar.

Para don Eduardo fue el sitio de honor en la mesa, el sillón de respaldo alto, el almohadón de plumas, la butaca junto a la chimenea, hasta el bastón de tío José.⁴²

Hablaba pausado, acariciándose insistentemente la barba o estirando, en ciertos pasajes, como para destacarlos mejor, su dedo índice. Al nombrar a tío José nunca olvidaba intercalar esta retahíla, que yo escuchaba boquiabierto: “Mi entrañable y difunto amigo que en paz descanse y Dios tenga en su ancha Gloria...” Invariablemente sustituía lo de “santa” por ancha. Debía resultarle más confortable una gloria amplia y despejada que la santa tradicional. También a mí me gustaba saber que tío José disponía de espacio tan desahogado para sus paseos, sin molestar a nadie con aquellos golpes de tos asmática que le acometían en los últimos meses.

Don Eduardo gozaba de una prodigiosa memoria. Su cabeza era un archivo completísimo en el que, ordenadamente, conservaba todas las crónicas, peripecias y sucesos relevantes de la ciudad, sin prescindir de detalles ni por supuesto de fechas.

Cuando la historia que se disponía a relatar era más o menos remota se cuidaba bien de precisarlo, advirtiendo con gravedad: “Este suceso se pierde en la noche de los tiempos...”

⁴¹ Publicado en *Ya* (Madrid) el 12 de julio de 1970.

⁴² Parece que esta enumeración metonímica utilizada para la descripción de la situación de Don Eduardo dialoga con la empleada para definir el personaje de Esperancita en «Un día es un día»: «Esperancita había pasado a ser un abrigo en los percheros, un cubierto más en la mesa; una sombra encogida en el rincón de cualquier sala. Nada». Resultan significativos los elementos con los que se identifica a cada uno, que incluso encontrándose ambos en soledad y sin familia, representan más autoridad los de Eduardo, asociados a espacios más cómodos, como el sillón o el puesto junto a la chimenea.

¡Lo que yo hubiera dado por conocer el punto exacto en que la dichosa noche se encontraba! Tentado estuve muchas veces de interrumpirle. Que me dijera al menos hacia donde caía y cómo se podía llegar.

En parte por respeto y en parte por la cara de pocos amigos que solía poner cuando se le interrumpía, me abstuve. Acabé situándola en Marmolejo, el sitio más lejano que conocía por haber acompañado a mi madre una vez que fue a tomar las aguas.

Don Eduardo terminó convirtiéndose, al menos para mí, en el “non plus ultra” de la gaya ciencia. No había tema que se le resistiera. De las historias de la ciudad, de sus hechos y crónicas, de sus romances y leyendas, pasaba de pronto a la zarzuela. Debía ser género muy de su gusto a juzgar por el deleite que manifestaba:

“En el año tal, motivado por la fiesta de nuestro venerable Patrón, debutó en el teatro Principal una importante compañía de zarzuela. Este acontecimiento marcó un verdadero hito en la cultura musical de la ciudad y, al mismo tiempo puso de relieve nuestros valores patrios...”⁴³

Enseguida pasaba a describir el repertorio de las obras, sin olvidarse de relatar los argumentos. Para ilustrarlo, se arrancaba a pleno pulmón:

“Costas las de Levante...”⁴⁴

Hasta el gato daba un respingo y corría a refugiarse en la cocina.

⁴³ La zarzuela es un género musical de largo recorrido (se encuentran los orígenes en el siglo XVII) cuya esencia es, según Enrique Fernández, la evocación nostálgica de un pasado mitológico (2003: 69). Esto relacionado al comentario de Eduardo, que recalca los valores patrios que potenció el acontecimiento de la zarzuela, retrata al personaje como sujeto conservador. Investigaciones sobre la zarzuela señalan el tema de la nación como recurrente (Ferrera, 2015: 380). Reproduciendo versos conocidos de este género musical, se pincela el contexto del personaje y se esbozan sus ideales.

⁴⁴ Famosa zarzuela titulada *Marina*, de Emilio Arrieta estrenada en 1855.

Tal vez porque despenaba mi fantasía, me gustaba más aquella otra:

“Canta va-ga-bun-do,
tus mi-se-rias por el mun-do...”⁴⁵

Mi admiración por don Eduardo ganaba muchos puntos al escucharle. Como la barba se le agitaba temblorosa a impulsos de sus gorgoritos, la imagen de los vagabundos se me quedó para siempre unida a ella.

A medida que pasaba el tiempo, no sé si por confianza o para que no le cogiera desentrenado de sus paseos el día que Dios le llamara a su “ancha” gloria, empezó a mostrar nueva actividad. Abandonó en parte sus peroratas. Ya no se conformaba con la habitación de su entrañable y difunto amigo José ni con la butaca junto a la chimenea. Poco a poco fue tomando posesión de la galería, del despacho, de la cocina, del patio, hasta de la sala donde mi madre recibía sus contadas visitas, incluyendo la de don Nicanor, el cura párroco. Nunca olvidaré el día que unos muchachos, escondidos detrás de la tapia, le gritaron:

“Don Nicanor de
día y de noche
tocaba el tambor...”⁴⁶

⁴⁵ «Canción del mendigo errante» de la zarzuela «Alma de Dios», con música de José Serrano y texto de Carlos Arniches.

⁴⁶ Don Nicanor fue un juguete famoso en Madrid cuyos orígenes se remontan a finales del siglo XIX. Una noticia de 1964 en el ABC anuncia que fue el juguete más vendido en el IX Certamen Benéfico «Venta de las Naciones» celebrado en París. El perfil de persona que se correspondería con Nicanor según esta noticia podría relacionarse con el personaje de Eduardo en este relato: «Don Nicanor es de la familia de esos inefables pelmazos que quieren a toda costa leernos lo que han escrito, o de esos caballeros del “a propósito”, que se nos acercan con su disco preparado, con su rollo dispuesto y que apenas ven un intersticio en la conversación nos tocan su tambor personal y obsesivo sin que venga nunca a cuento y con un sistema dialéctico inefable» (C.O.R., 1964: 48). Carlos Arniches incluye al personaje de Don Nicanor en su obra nº 67 «El Paraíso de los niños».

Desde mi ventana tomé parte en la irreverencia pero, a partir de entonces, tantas veces como me inclinaba para besarle la mano se la observaba con disimulo convencido de que las tenía tan regordetas y rojizas debido a su antiguo oficio de tamborilero.

Don Eduardo siguió desplegando su invasora estrategia. Ahora le había tocado el turno al cuarto de costura. De pronto se le despertó una extraña afición por la máquina de coser, donde Dolorcitas, pedaleaba con una agilidad increíble. Puntualmente tomaba asiento frente a la máquina observando el rápido galopar de las piernas de Dolorcitas.⁴⁷ Yo creo que ella, inconsciente, forzaba la marcha, animada por la admiración de tan asiduo espectador. Su agilidad, desde luego era digna de tomarse en cuenta:

Arriba, abajo. Arriba, abajo...

La violencia del impulso le imprimía a la falda un vuelo alegre, independiente, alocado; remontándose a veces más allá de las rodillas. ¡Casi a la noche de los tiempos!

También mi madre empezó a frecuentar el cuarto de costura, interesándose por la labor de Dolorcitas. No pasaron muchos días sin que decidiera darle un nuevo rumbo a esa labor, y una mañana se presentó con una docena de hermosas y deslumbrantes sábanas a las que Dolorcitas debía respuntar las orillas. Las sábanas envolvieron con su pureza la máquina, parte de la habitación y por supuesto, las ágiles piernas de la muchacha.

Por primera vez se quejó don Eduardo del ruido de la máquina, de los reflejos que el blanco blanquísimo de la tela proyectaba sobre sus cansadas pupilas, optando al fin por volver a sus paseos, a su entrenamiento, para cuando Dios le llamara a su “ancha” gloria, donde el entrañable y difunto amigo José le aguardaba.

⁴⁷ Se incide en la agilidad con la que Dolorcitas realiza la labor, al igual que Carlota en «La cortina».

LA ESCAPADA⁴⁸

Esto del recordar, ya se sabe, es como un ir a ciegas. Unas veces damos en el clavo y otras nos andamos por las ramas.⁴⁹ Sin embargo, algunos recuerdos afloran de continuo, con insistencia machacona, mientras que otros se quedan dormidos en el pozo de la memoria y si salen es solo para hacernos guiños, como espejuelos burlones, pero sin dejarse atrapar. Desde luego, no es fácil estarse así, pasmado, sin darle de continuo a la imaginación y a todo eso del pensar. Es mucho hervidero el que llevamos dentro.

Por las mañanas, ya ve usted, la cosa tiene buen remedio. A mí, al menos, me basta con echarme al monte y respirar unas bocanadas de aire. No hay cosa mejor para aliviar resquemores. Luego, lo redondeo caminando un rato sin ton ni son, hasta que se me apagan las corajinas y las malas ideas que, dicho sea de paso, nunca faltan. Mucho tengo andado por ver de mejorar, pero la mansedumbre tiene que brotar también de la hondura.

Hace unos años, barrutando el cansancio, me dije: ¡Párate, hombre! ¡Sosiega! Dicho y hecho. Cogí los cuatro bártulos (cuando se va errante se acumulan pocos), y me vine a sosegar aquí, donde mis raíces. También en este rincón se me solivianta de cuando en cuando el rebullir de los malos humores, no crea, pero ya se lo he dicho, lo remedio echándome al monte. Lo malo es cuando llegan las lluvias. Primero, como para anunciarlas, se ponen a crecer las noches, a encogerse los días, a cubrirse todo de bruma. Hasta dormido oigo el gotear: clac, clac, clac... De tan continuo y acompasado, se pone empalagoso. La lluvia es para vista, no para oída. Luego, como la luz de la amanecida se tarda, sigo escuchando: clac, clac, clac... Llegando el día, parece que este saliera de la fosa por lo friolento y encapotado. No vale arrebujarse ni cerrar los ojos. Entra ladinamente y se cuela suavón

⁴⁸ Publicado junto al relato «La sarna» en el nº 293 de *Ínsula* (Madrid) en 1971.

⁴⁹ La expresión «andarse por las ramas» es reiterada en la escritura de Concha Lagos, siendo incluso el título del poemario *Por las ramas* (1980). También aparece en poemas como «Limitados creadores del absurdo» de *Teoría de la inseguridad*: «Se asomó al miradero de la vida, /ese andar por las ramas sin sentido/o con sentido obtuso y desviado» (2023: 76).

por todas las rendijas. Créame, hasta los huesos sienten su escalofrío. Ahora, mientras cae la tarde, no viene a cuento recordarlo, no sea que me erice la tristeza antes de tiempo...

—Deje que le llene el vaso, ya verá como, vencido lo agrio del comienzo, se le reavivan los calores y siente más templado el ánimo.

—¿Ve usted aquella cinta de luz allá lejos, junto a los montes? Antes de que se apague tengo que encontrarme a punto; después, ¡écheme usted un galgo! Da gusto adormecerse libre, despreocupado, sin barreras que se resistan. Es como si me viera desde fuera y los ojos se me quedaran enfrentados a la lejanía, a lo desconocido: como si me rebosara placidez por todos los poros. ¡Lástima que el adormecerse así no sea duradero! Mientras encuentro la forma de quedarme de por siempre en mi nube, me consuelo con estas escapadas.

—No deje que el vaso se le llene de vacío, hombre...

—Recuerdo que de muchacho, cuando hacía novillos y me echaba a correr por los montes, ya empecé a sentir algo parecido, principalmente a raíz de tropezarme con el torrente. ¡Qué hervidero, amigo!

—Pero beba, no se ande con cumplidos. Aquí ya me conocen y, a esta hora del atardecer, antes de que empiece a formarse esa raya de luz junto a los montes, puede encontrarme siempre. Lo de las mañanas, creo que se lo he dicho. A patear sin ton ni son. Hace tiempo que le tomé gusto a la cosa, sobre todo desde que se me torció lo de la Adela.⁵⁰ Ahora, ya ve usted, me da la risa y me encojo de hombros...

La Adela era un pimpollo con los ojos cuajados de relámpagos y con todo lo suyo muy prieto, muy en su sitio. Una hembra para morir de gusto, créame. Cuantos más desplantes, más me encandilaba. Por fin pareció sujetarse. Casi encarrilada la tenía cuando se atravesó otro, puede que con mejor puntería, o más

⁵⁰ Otro personaje llamado Adela aparece en el relato «El carro» de *La vida y otros sueños* (1969), donde participa en una conversación en la que le preguntan si tiene novio y ella responde «Aún soy joven para eso y mi tío me tiene muy bien leída la cartilla. Siempre anda advirtiéndome: Mira, no se te acerque nadie a trastornarte. Las cosas a su tiempo y como Dios manda» (Lagos, 1969: 37).

ladino ¡vaya usted a saber! Y, de la noche a la mañana, ¡si te he visto no me acuerdo!⁵¹

Por la calle de la amargura anduve. Por la calle, por la plaza y por los tantos caminos. Mismo el pueblo se me quedó angosto para patear la rabia. Rabia, digo yo que quería aquel desazonar. Y, ahora ya usted ve, riéndome y encogiendo los hombros. ¡Menudo celestino es el tiempo! Hasta las cabronadas más gordas derrumba...

Entonces es cuando comenzó de veras el rodar y el echarme leguas a la espalda: casi medio mundo.

—Curro, no te hagas el remolón y acerca otra botella. ¿Que ya van tres? Bueno ¿y qué? De sobra sabes que por mucho que trasiegue no pierdo la compostura. Además, hoy tengo gusto en convidar al amigo. Porque amigo, para mí, es el que se amolda al trasiego, a los paliques: al callar.⁵² El que, una vez terminado el copeo, se va por su lado a solas con lo suyo, libre para la escapada.

⁵¹ Las expresiones empleadas aquí para hablar de Adela se parecen a las de «Gasparito responde a Don Carmelo», donde cosifican a la mujer de la que hablan, llamándola «potranca» y hablando de dominarla, de convertirse en su «amo». Se habla aquí de «sujetarse», como si fuera un animal al que dar caza. Se reproducen aquí discursos misóginos naturalizados en personajes atravesados por ideales patriarcales.

⁵² Recuerda a la sentencia del tío Raimundo en «El barco»: «Callar es cosa de hombres». En este último párrafo parece definirse un tipo de amistad que no admite la liberación de emociones de no ser a través del alcohol. Joseph M. Armengol argumenta e indaga en el origen de la normalización de ciertos silencios impuestos por la masculinidad hegemónica, en este caso la falta de liberación emocional que impera en muchas amistades entre hombres (Armengol, 2022). Otro elemento común en estos cuentos es la presencia de personajes masculinos alcohólicos, que siempre se presentan de manera naturalizada, como en «Un día es un día» o «La cortina».

UN DÍA ES UN DÍA⁵³

No creo que la edad de Esperancita fuera cosa difícil de calcular; tampoco era asunto que le importara demasiado a nadie. Ni la edad ni ninguna otra circunstancia. La gente, ya sabe, se acostumbra a lo que tiene cerca y termina por no ver. Esperancita había pasado a ser un abrigo en los percheros, un cubierto más en la mesa; una sombra encogida en el rincón de cualquier sala. Nada.⁵⁴

Esperancita era el último eslabón de una familia linajuda. Ni siquiera podemos añadir, para despertar sensiblerías, que había quedado huérfana en su más tierna infancia. No, la orfandad le cogió ya entradita en los treinta. Puestos a hacer cálculos, hay que suponer que andaba por los cincuenta, pero mal llevados y, lo que es peor, sin atractivos otoñales, que la pobre no disfrutó ni en su insulsa primavera. Por este cálculo es evidente que sus progenitores habían pasado a mejor vida, o peor, ¡Chi lo sa!!, hacía una veintena. En este mundo estuvieron el tiempo justo para dilapidar su ya mermada hacienda dejándole a su hija, como suele decirse, el día y la noche. Más la noche que el día pero, eso sí, intacto el linaje.

Esperancita siguió disfrutando por los cuatro costados su rancia aristocracia. Lo de rancia no encierra mala intención; es pura metáfora. Lo de los cuatro costados es menos convincente, aunque, ¡vaya usted a saber de lo que un pura sangre es capaz! Si han cambiado el color de su riego sanguíneo, añadirle dos costadillos al esqueleto es cosa de poca monta.

Los conocimientos de Esperancita fueron trazados a escala de su tiempo, de su ser y estar. Chapurreaba un poquito de francés, tocaba al piano alguna piececita y hacía unas flores artificiales impecables.

⁵³ Publicado en el nº 328 de *Ínsula* (Madrid), en marzo de 1974.

⁵⁴ Explica Marcos Roca Sierra que la sustitución simbólica implica su «ausencia», pérdida que hace posible que el objeto aparezca. A partir de aquí el objeto orienta al sujeto que define, pudiendo ser reemplazado por otros objetos (Roca Sierra, 2011: 241). Relacionado con esto, resulta significativo el contraste entre esta enumeración de objetos que describen a este personaje y la del personaje de Don Eduardo en «La herencia».

A Esperancita, propiamente dicho, no le quedaron parientes. Esto como todo tiene sus ventajas y sus desventajas, pero perteneciendo a cierta clase social puede solventarse. Llegado el momento se aúnan y “emparentelan” para que ninguno de su estirpe se vea en la situación humillante de ganarse la vida.

Esperancita fue de mano en mano, de casa en casa, de mesa en mesa, de rincón en rincón. Enero con los Montealto, Febrero con los Montebajo. En Marzo, se la adjudicaron los Peñablanca. Era el mes en que menos podía molestarles, ya que lo pasaban en el extranjero. Para todos los meses del año tuvo cobijo. La cosa, a primera vista, parece humana.

Esperancita se fue haciendo a la situación con la resignada mansedumbre de los parientes pobres. ¡Qué remedio! Aquí cierro un ojo, allí el otro; más allá, los dos. A cambio de comida y cama, sombreros, bolsos y trajes de desecho, le encomendaban algunos mandaditos para que estirara las piernas: la planchadora, el peletero, el tinte...

En el maremagnum de familias había de todo: malos y buenos, listos y tontos, calaveras y cornudos, analfabetos y malas uvas: hasta caballeros y seres humanos.

El cupo de más suerte para Esperancita fue recalar en Diciembre con don Aniceto, cuando todo el calor sabe a poco por aquello de la Navidad. Solo en esas fechas dejaba Esperancita que se destaparan los recuerdos. Como flecos se agitaban en la sombra, como retratos borrosos de un viejo álbum: el salón con los escudos; el vestíbulo con la consola dorada y Dios sea loado! Doña Manuela se veía premiada con rezos y reverencias, jaculatorias y suspiros: hasta con unas yemitas golosamente azucaradas que no consiguieron endulzarle la vida ni traer al redil a don Abelardo, su amantísimo esposo.

Doña Manuela le echó resignación cristiana a lo del tálamo y aumentó las dádivas. La casa fue adquiriendo aspecto de hospital robado, pero ni por esas: don Abelardo tenía siempre en puertas alguna cacería, algún viajecito y, en los intermedios, las partidas del casino, las juntas de la cofradía, los ejercicios espirituales...Actividades tan variadas y complejas, le mermaron la bolsa y la color. Doña Manuela, para alejar sospechas y pensamientos bajos, inspirados sin duda en el Maligno, se santiguaba. Satanás huía de la devota señora, pero se acomodaba

en el zaguán al acecho de don Abelardo o le esperaba en la puerta falsa del jardín para conducirlo por caminos torcidos y vericuetos ásperos.

Al llegar a este punto, Esperancita le corría velos tupidos a los recuerdos y le alargaba su copa a don Aniceto que la solicitaba paternal:

—Vamos, Esperancita, que no se diga. Un día es un día. ¡Ánimo y a brindar!

Esperancita se mostraba remilgosa:

—Pero qué tentador, qué tentador es usted...

Y entre remilgo y remilgo brindaba tantas veces como él se lo proponía.

Don Aniceto sabía que Esperancita tenía más necesidad de los brindis que del mismísimo pan. Aquello le ayudaba luego a caer como un leño sobre la almohada sin tiempo de decir: “este recuerdo es mío”; a olvidar humillaciones y desgracias.

Don Aniceto andaba siempre a la busca de aniversarios:

—¿Sabe usted Esperancita que hoy hace justo un cuarto de siglo que curé de aquellas fiebres...?

Ni su mujer ni sus hijos habían oído hablar de tal enfermedad, pero guardaban silencio, dejando que Esperancita brindara una y otra vez por aquel retorno feliz a la salud:

—¡Un día es un día! ¡Cómo voy a negarme!

Y Esperancita, hecha a las celebraciones, brindaba hasta que la botella se llenaba de transparencia.

Don Aniceto alzaba su copa por las cosas más insospechadas. Ella hubiera prolongado su estancia de por vida en aquel puerto abrigado, pero había que seguir capeando temporales y malos vientos: Enero con los Montealto, Febrero con los Montebajo, hoy cierro un ojo aquí; mañana otro allá; pasado los dos... Recorrer calles, subir escaleras, soportar humillaciones: la sombrerera, el peletero, la modista... Un cubierto más en la mesa, un abrigo en el perchero, una sombra encogida en cualquier rincón. Siempre a la espera de Diciembre para reanudar sus brindis con don Aniceto.

EL REGRESO

Era como si hubiera despertado de un sueño, pero inmerso en otros cuyos contornos se le perdían. No acertaba a tomar contacto con la realidad. Miraba el desfile encadenado en una serie de presentes en el que el único trazo de unión surgía del ayer, prolongándose hacia el futuro en un deseo de continuidad.

Se deslizó por las calles conocidas. Recordaba plazuelas, jardines, fuentes. Algunas casas tenían grandes ventanas con rejas. A través de las cancelas de otras se veían sus patios con profusión de plantas en ánforas y maceteros. Reconoció la tapia encalada de un huerto y se detuvo a respirar hondo, tratando de captar aquel perfume antiguo, pero ningún olor llegó hasta ella. Sin embargo, estaba segura de que era allí, justo en ese tramo, antes de llegar al farol. Recordó también los ladridos del perro. A fuerza de oírle terminó por imaginárselo. Seguro que era corpulento, con la cabeza achatada y unas manchas blanquecinas entre la piel oscura de los lomos. Un día alguien gritó desde el fondo del huerto:

—¡Basta ya “Rufo”, calla de una vez...!

El perro dejó de ladrar, pero durante unos instantes se oyeron sus gruñidos y, por último, el trote pesado al alejarse de la tapia.

¿Dónde estaría ahora “Rufo”? Había llegado al final de la calle y torció hacia la Alameda. En la glorieta empezaba el parque en el que siempre había niños jugando, barquilleros puestos con banderitas ante los que se arremolinaban los muchachos. Ahora estaba desierto, silencioso; los árboles apenas se distinguían a causa de la niebla, la niebla frágil, difícil de traspasar. La cruzó llevada por la prisa extraña y se encontró en la Avenida de los Algarrobos. A ambos lados, los huertos. Nada había cambiado, solo le sorprendió no sentir el rebullir del agua en las acequias. Se detuvo a escuchar: Nada. Tampoco se oía el chirriar quejumbroso de las norias. Un silencio cada vez más profundo.

Por fin divisó la casa y apresuró el paso. Ya podía distinguir la veleta, los balcones, y el muro rojo de ladrillos cubierto por enredaderas. De pronto se encontró en el patio, pero sin acertar a explicarse como había entrado. Seguramente por la puerta de la cochera, así la llamaba siempre Manuel. Extraño no haber

escuchado el relincho de los caballos, unido al olor caliente de las cuadras y al otro tan pegadizo y agrio de los correajes.

Seguía parada en el centro, junto al velador de mármol. La salita tenía la puerta abierta y podía ver el piano con la tapa levantada y el viejo cubreteclados. Colgado encima, el retrato del abuelo. Le pareció natural que le sonriera. También ella se alegró de verle. Pensó que incluso podía entrar y tocar algo para romper el silencio. El abuelo parecía animarla con su sonrisa. Sin embarazo cruzó ante la puerta sin detenerse, abrió la del huerto y se sentó en la entrada, bajo la parra, en el mismo poyo donde solía hacerlo Dolores⁵⁵ para encender el brasero. ¡Cuánto le gustaban a ella aquellos anocheceres! Las estrellas iban apareciendo lentas, aumentando poco a poco su brillo. Cuando la oscuridad era completa llegaba Manuel y se sentaba junto a Dolores. Más tarde acudía también Maricuela⁵⁶ acurrucándose en la gradilla, contra el quicio de la puerta. Dolores manejaba incansable el soplillo. Sus pechos se estremecían al compás. A veces, lanzaba un grito y descargaba el soplillo sobre Manuel llamándole sinvergüenza.⁵⁷ Manuel huía entre risotadas. Pasados unos instantes volvía a acercarse y cruzando las manos le decía:

—Por este manojito de cruces te juro que yo no he sido. Debe ser cosa de los fantasmas que gustan de pellizcar a las mozas...

⁵⁵ Dolores no es la misma que Dolorcitas, el personaje de «La herencia». La primera es un personaje que aparece en *Al Sur del recuerdo*, una mujer a la que viola Manuel, pues ella admite que no sabía lo que hacía refiriéndose a su encuentro sexual, y a la que riñen por quedarse embarazada: «Perdón, mi ama; perdóneme. Estaba *encandilá*; no sabía lo que me hacía; si usted supiera lo arrepentía que estoy... Me paso las noches sin poder dormir; tanto me recomo lo hecho que hasta estoy tentada, a veces, de arrojarme al pozo» (1955: 72).

⁵⁶ Maricuela fue la doncella de Concha Lagos en la infancia. Esta muere en la guerra, como recuerda en *La Madeja*: «A Maricuela la recogió mi madre muy joven y siempre estuvo con nosotros, con ella; yo me casé pronto. Maricuela murió en plena guerra» (Lagos, 2021: 169). Alude en varias ocasiones a los cuentos que contaba Maricuela: «A lo sencillo me va el decir cuando quiero contar algo. Debe ser que lo infantil aún me puede. Ganas me dan luego de rematarlo con el Colorín colorado que Maricuela daba a sus cuentos» (Lagos, 1988: 40).

⁵⁷ El personaje de Manuel en *Al sur del recuerdo* tiene los mismos comportamientos y juicios misóginos que el de este relato: «—Ya ves cómo son las mujeres—explicó después a Berta—; te tiras a sus pies y te pisotean; las desprecias, y se vuelven loquitas» (Lagos, 1955: 77).

Dolores fingía miedo para que Manuel se sentara otra vez a su lado:

—¡Jesús! ¿Jesús! Ni me lo mientes, no sea que se me presenten esta noche.

Maricuela, razonadora, aconsejaba a Dolores rociar la cama con agua bendita. Manuel torcía el gesto:

—¿Pero Maricuela! ¿Qué puedes entender tú de esto?

Maricuela se cruzaba la toquilla con desparpajo y estirándose como un gallito se le enfrentaba:

—Pues ya ves, en la última Feria me tiene salido más de un novio y si no salgo a la ventana a pelar la pava es porque, así como así, no me he decidido por ninguno...

¿Dónde estarían todos ahora? ¿Seguiría Manuel subiéndose a la escalera de podar para cogerle jazmines a abuela? Pensó de pronto en su mecedora. No recordaba haberla visto en el patio. Estaría en el rincón de las cantareras, seguro, junto al cestillo de las nueces. ¿De qué color son las nueces? Nadie supo decírselo. Ni Maricuela, ni el abuelo; solo Antoñico,⁵⁸ el jardinero viejo, le dio una pista:

—Pues las nueces yo diría que son como la canela pero más tostadas, con la color más quebrada.

Siguió bajo la parra, apoyada en el tronco, sin decidirse a levantar la cabeza, a mirar a lo alto. Al menos las estrellas seguirían allí, haciéndole guiños misteriosos... Cuando amaneciera le daría la vuelta completa al huerto. Al huerto, al jardín. Sí, recorrería todo, también la casa. Puede que subiera a la galería para asomarse al ventanal. Desde él todo era anchura y luz, un horizonte inmenso fundido a la campiña, al río.

Ahora comprendía su indiferencia ante el mar:

—¡Ya verás! —le decía Manuel el día antes de su marcha—, por mucho que lo mires nunca se puede abarcar...

⁵⁸ Antoñico es otro personaje recurrente en la prosa de Concha Lagos, el jardinero de *Al sur del recuerdo*. Lo menciona en *Prolongada en el tiempo* al recordar a las personas que le rodearon en la infancia: «Universos extraños me parecen esos tiempos, aquel soñar. [...] Antoñico, pendiente siempre de sus plantas» (Lagos, 1988: 25). También lo recuerda en *La madeja*: «[s]olo sé que cada día añoro más la infancia, el huerto, el jardín; las lecciones certeras de Antoñico» (Lagos, 2021: 219 y 253).

Y ante el mar se quedó silenciosa, como si lo conociera de siempre, aunque prefería el otro, el que se veía desde su ventanal, aquel mar de luz con nubes volanderas, nubes que a veces tenían forma de pájaro, de velero... Tendida en la arena, con los ojos bien abiertos dejaba que la luz la cegara, olvidando aquel mar cercano que latía a sus pies. Iba a la playa solo para tenderse en la arena, para llenarse de luz, para recordar el otro. El suyo.

Sí, subiría al desván, se asomaría al ventanal. Tenía que verlo de nuevo. Pero seguía inmóvil bajo la parra, apoyada en el tronco, como si hubiera despertado de un sueño, inmerso en otros cuyos contornos se le perdían.

LA CORTINA

Carlota siguió embebida en su labor sin levantar la cabeza. Sabía que Pedro estaba observándola. Sus manos hechas a la tarea se movían ágiles.⁵⁹

La voz de Pedro sonó ronca, menos indecisa que otras veces:
—Nunca me has hablado de tu madre.

Carlota no acusó sorpresa; las agujas continuaron al mismo ritmo. Completada la hilera de puntos ensartó con la aguja libre el ovillo que estaba a sus pies, en el cesto de costura, y devanó unas cuantas vueltas:⁶⁰

—Mi madre en los últimos años no salía de su mundo.

Y plegó los labios, como si hubiera tomado la decisión de no añadir una palabra más.

Pedro dejó su asiento y dio unos cuantos paseos por la galería; luego se apoyó en la cristalera. La voz de Carlota sonó a su espalda:

—Cuando yo era niña ella llevaba una vida normal: la casa, el jardín, alguna visita...

Pedro se volvió y ocupó otra vez su asiento.

—Recuerdo que un día la oí cantar. Estaba en su cuarto y tenía la puerta entreabierta. Cantaba ante el espejo, mientras se peinaba. Si has visto el retrato de la salita sabrás que era rubia, alta, de ojos castaños. Como ves, muy distinta a mí. Entre esa época y mi regreso del Colegio debieron ocurrir muchas cosas...

Tiró el ovillo al cesto y se quedó pensativa, con la vista baja y las manos inmóviles sobre el regazo.

—Las vacaciones las pasaba con el abuelo. El pretexto era que estaba solo. El abuelo me explicaba a veces algo sobre la enfermedad de mamá o sobre las ocupaciones de mi padre: “Lo mejor para ellos es el descanso...”. Poco a poco me acostumbré a no verlos, a no recibir cartas. Tía Irene era la encargada de recogerme al final del Curso para llevarme con el abuelo. Más

⁵⁹ Se recalca la agilidad de las manos al desarrollar la tarea, como Dolorcitas en el cuarto de costura en «La herencia», donde se insiste en la rapidez de sus piernas con la máquina de coser, su «rápido galopar».

⁶⁰ Deshilvanar la madeja es una metáfora sobre el acto de recordar, recurrente en Concha Lagos.

tarde, cuando tío Ramón, viudo de otra hermana, se casó con ella y se fueron a vivir a México, se ocupó de acompañarme una de las profesoras. El primero en morir fue mi padre y con solo una diferencia de meses el abuelo. Justo el año en que yo terminaba mis estudios.

Pedro la escuchaba sin interrumpirla aunque conocía parte de aquello y no era precisamente de lo que quería que Carlota le hablara. Del padre, caso que supiera la verdad, tenía que resultarle penoso hablar. Él no se hubiera atrevido a preguntarle. Siguió dejándose arrullar por su voz, por sus gestos. Le gustaba oírla, mirarla.

—Me alegró volver otra vez a esta casa, estar cerca de mi madre. Aunque el abuelo nunca me dijo nada, yo sospechaba la verdad. Tía Irene era habladora y solía expansionarse con Martina, el ama de llaves, o con don Julián, el médico. No, no fue difícil atar cabos...

Alzó los ojos y le miró:

—Mi padre, supongo que lo sabes, era un alcohólico.

Pedro se desconcertó. Había sido tan brusco...Carlota, sin dejarle reponerse de la sorpresa, como si una necesidad perentoria le empujara, continuó:

—No sé hasta qué punto influiría aquello en mi madre. De lo que estoy segura es de que en sus últimos años fue feliz.

—¿Feliz?

—Sí, completamente. Se pasaba las horas enteras mirando al cielo y sonriendo, sin que hubiera manera de sacarla de su éxtasis, de su contemplación: una contemplación muda a la que los demás no teníamos acceso... Solo una vez la vi mover los labios. Puse atención y la oí que decía: “Gracias, gracias. Sé que ya falta poco...”. Aquellas palabras me impresionaron, pero hasta unas semanas después no les encontré explicación. Recuerdo que Rosa, la enfermera, me ayudó como siempre a acostarla. Cuando íbamos a salir de la habitación nos retuvo un instante: “No marcharos todavía...”. Nos sorprendió el ruego porque nunca solía hablarnos ni pedir nada, y menos compañía. Acercamos unos asientos y esperamos. Ella, reclinada en la almohada y con los ojos cerrados, volvió a su silencio. No sé cuánto tiempo pasaría. De pronto se incorporó señalando un ángulo de la habitación: “¡Por fin empieza a descorrerse la cortina...!”. Rosa,

extrañada, volvió la cabeza. Las únicas cortinas eran las del balcón, en el testero opuesto al que señalaba mi madre y estaban corridas. Rosa debió creer que deliraba, que era presa de algún nuevo ataque. Pero ella, incorporándose más y con la vista clavada en aquel punto añadió: “¡Cuánto ha tardado este momento...!”. Su expresión se hizo alegre, luminosa, reflejando una alegría inocente, casi infantil. Luego agitó una mano, como si saludara a alguien...se quedó así, sonriendo, con la mirada fija en aquel punto donde la cortina se había descorrido para ella.

LA TÚNICA⁶¹

El barco levó anclas. Durante algún tiempo la sirena nos aturdió con su sonido. Todos los pasajeros nos mirábamos desconcertados, molestos por el sonar insistente. Cuando al fin paró tuve una gran sensación de alivio, luego me sentí sumergido en un silencio hondo, profundo. Poco a poco, comencé a percibir sonidos de nuevo. Primero me llegaban lejanos, como acolchados: la voz de un marinero, el llanto de un niño, los chasquidos de las olas contra el barco. Noté que golpeaban a descompás; esto me causaba irritación. Pasados unos momentos fueron acoplándose al ritmo hasta quedar acordes.

Me apoyé en la baranda. El puerto parecía alejarse en un retroceso casi imperceptible. Cuando la bruma terminó borrándolo me volví para observar a la gente que aún quedaba en cubierta. Un acordeón que no logré localizar empezó a emitir sus notas, uniéndolas al ritmo del oleaje, del viento, al tremolar de la bandera. Era una música adormecedora que sugería recuerdos lejanos: adioses, despedidas...

Las olas perdieron de nuevo el compás, justo el tiempo que tardó en virar el barco para enfocar el mar abierto. La música sonaba ahora más alegre y bulliciosa, como si quisiera precipitar la marcha o empujar hacia el horizonte los últimos rayos del sol.

Un mar inmenso se desplegó ante nosotros. Con la noche aumentó el número de estrellas. Brillaban difusas, tras un velo de niebla que las hacía más inaccesibles.

Varios de los pasajeros se alejaron aburridos. Otros, soñolientos, buscaron el refugio de los camarotes. Solo una mujer, a la que no conseguía ver el rostro, quedó reclinada sobre la borda. Era bastante alta, de cabellos claros y vestida con una especie de túnica que la cubría hasta los pies. No recordaba haberla visto antes, puede que estuviera en su camarote y hubiera salido a tomar el aire. Tanta era su quietud que sin el viento que agitaba sus cabellos la hubiera tomado por una estatua. La túnica formaba unos pliegues muy profundos. Su inmovilidad y lo poco frecuente del traje me intrigaron. Decidí no moverme de allí, al menos hasta

⁶¹ Publicado en *Ya* (Madrid) el 9 de diciembre de 1971.

verle la cara. Con disimulo ocupé la hamaca más próxima. Ella no pareció advertirlo; siguió inmóvil, inclinada sobre el agua. También yo seguí en mi puesto, respirando voluptuosamente la brisa.

No sé cuánto tiempo pasaría. De lo que estoy seguro es que ni un instante me venció el sueño: al contrario, sostenido por la curiosidad, me mantuve vigilante. De pronto oí un fuerte aleteo. Extrañado de que a esas horas volaran gaviotas o cualquier otra clase de aves, alcé la cabeza, pero nada vi. Sin embargo, debieron pasar muy cerca, casi rozándome, ya que sentí el aire de las alas en el rostro. Cuando miré de nuevo hacia el sitio que ocupaba la mujer, comprobé que había desaparecido. Me levanté rápido y la busqué con la vista en todas direcciones. La cubierta estaba completamente solitaria. Era imposible que hubiera desaparecido con tanta rapidez. Tuvo necesariamente que pasar ante mi hamaca. En el sitio que ocupó vi de pronto su túnica. La cogí y la retuve un instante en la mano. Aún estaba tibia y a pesar de los muchos pliegues, era sumamente ligera. Al dejarla caer sobre la hamaca, me asaltó el temor de que se hubiera arrojado al mar y corrí a inclinarme sobre la borda. Deseché la idea al momento. Hubiera oído el choque de su cuerpo contra el agua. Además, para despojarse de la túnica, se necesitaba más tiempo del que yo empleé en alzar la cabeza. Con la esperanza de que volviera, seguí terco en mi sitio. Había luz en el horizonte cuando vencido por el sueño me fui a mi camarote.

Ni al día siguiente, ni en los tres que duró la travesía, volví a verla. Tomé la decisión de esperar al pie de la pasarela todo el tiempo que durara el desembarco. Cuando atracamos estaba anocheciendo. Conseguí uno de los primeros puestos en la fila pero, al tiempo que pisaba el muelle, oí de nuevo sobre mí aquel aleteo de la primera noche. Fui el único que levantó la cabeza; los demás siguieron impasibles, como si nada hubieran oído. Quedé a la espera hasta que el último de los pasajeros abandonó el barco. Obstinado, aguardé todavía largo tiempo. Una fuerza misteriosa me retenía. Cuando, cansado de la inútil espera decidí retirarme, miré por último el sitio de la borda que ella había ocupado. En ese momento alguien arrojó algo desde la cubierta. A pesar de la oscuridad, reconocí la túnica. Primero se extendió sobre el agua,

luego empezó a flotar, alejándose despacio, pero dejando tras de sí una ancha estela fosforescente...

GASPARITO RESPONDE A DON CARMELO⁶²

—A mí, Gasparito, ese responder se me antoja harto obscuro. Desde luego, buena disposición para salirte a contramano, por gordo que sea el atolladero, no se te puede negar, pero yo solo encajo las claridades y el camino derecho, así que procura ajustarle al asunto. En una palabra, lo que quiero es que le llames al pan pan, si de este se trata y al vino vino. ¿Entendido? Las florituras me las llevas al camposanto, caso de que te coja la delantera. Ahora suéltame la respuesta sin rodeos, a bocajarro y con el monosílabo a secas: ¿Andas o no andas al arrimo de la Juanita?

—Hombre don Carmelo, ¿no cree que eso se sale del terreno del preguntar? Por si fuera poco se me cuadra ahí delante y como armado de pica, dispuesto a la arremetida. No querrá que me quede en cueros vivos, sin todos los interiores. Cada hijo de Dios tiene dentro sus pensares y el airearlos así, sin más ni más, digo yo que no dice bien con la hombría, y menos si hay faldas de por medio... Lo que usted quiere saber no es para contestarlo tan de inmediato ni a rajatabla. Hay respuestas que requieren tiempo y cavilación. Además, para principiar, tendría que sacarle la punta justo desde el comienzo. Andarse con cabos sueltos es ganas de enmarañar la madeja.

—Ya barruntaba yo que volverías a las andadas, quiero decir a escabullirte zorrónamente... Por última vez: ¿Te avienes o no a responderme?

—Pregunte, pregunte, don Carmelo, pero sin destemplarse ni levantarme el gallo. Ya usted ve que el vecindaje anda al husmeo y no hay por qué darle participación ni motivo para el comentario...

—A mí, ya te lo he dicho, lo que me urge es saber si pasada la medianoche te entrevistas, saltando las bardas de las corraleras, con la Juanita, y conste que el aviso me vino del lado bueno, sin mediar comadreos ni trae y lleva. Lo que a mi sobrina toca, a mí y a la honra de mi casa toca. ¿Lo entiendes ahora?

—Claro que lo entiendo, don Carmelo, pero no se me arme otra vez de pica que no ha lugar. Lo que ocurre es que su pregunta

⁶² Publicado en el nº 302 de *Ínsula* (Madrid) en enero de 1972.

se me ha venido encima de bruces, como caballo desbocado y así no hay quien apenque. De momento y como anticipo, trataré de aclararle algunos puntos, aunque solo sea por comedimiento. Vaya por delante que yo a usted, don Carmelo, le tengo respeto y voluntad. ¿Por qué no había de tenérselo? Antes de seguir adelante quiero dejar bien sentado que en el caso de que ella — naturalmente me refiero a la Juanita—, en el caso, digo, que ella y un servidor nos hubiéramos mirado con buenos ojos, calcule que la cosa pudo arrancar de antiguo. A lo mejor desde que la Juanita empezó a espigar. Cualquiera hubiera reparado en lo que entonces prometía... ¿Qué de particular tiene que un servidor mismo, pongo por caso, se dijera para sus adentros “¡Buena potranca!” y tomara desde ese instante la resolución de aguardarla pacienzudo hasta el completo florecimiento, sin echarse por otros antojos más a mano? No me negará que lo profetizado se ha cumplido y que la potranca está ya en sazón: tina de remos, cimbreada de grupa y luego, con esa mata de pelo renegra y ese caracolearle la risa... A mí, a usted, a cualquiera, pueden muy bien descabalarle los cinco sentidos tan solo con mirarla. Aunque yo no sea de los arrecostaos a las comparaciones, dudo que en cien leguas a la redonda se encuentre moza más cumplida. Cualquiera con ojos en la cara y gusto en el paladar estaría dispuesto a tirar para adelante si a ella se le ocurriera mirarle aunque solo fuera con el rabillo del ojo...

—Gasparito que te me estás alargando más de la cuenta... La preguntita quedó esquinas atrás y el aguante tiene sus límites. Yo empiezo a notar que me anda en merma...

—Una miaja, don Carmelo, que solo le falta el remate. Verá como enseguida le doy conclusión, pero en el entretanto, amaine la pica que un servidor también sabe empuñarla... Quería decirle que la moza, después del regodeo de las miradas, muy bien pudo dar la conformidad y soltar un sí como esta plaza...

—Eso sería en el caso de que no tuviera amo.

—Que yo sepa, solo tiene guardián. Repare en la diferencia. Si además del remate quiere que le añada una posdata, ahí va: Lo mío siempre ha sido salir al encuentro de las cuestiones. No es culpa de nadie que otro se adelantara con el soplo... Los hay con mucha bulla cuando se trata de meter las narices en cercado ajeno... Usted, don Carmelo, como ya tiene años para el

raciocinio, se habrá dicho más de una vez que en esto de las querencias no se manda... Yo me pienso, que como también anda comentada la inclinación de usted por su sobrina, inclinación que, según malas lenguas pasa de la raya...Perdone el trago, no me negara que se lo ha buscado usted mismo. Para borrar habladurías, calculo que lo más atinado, es que se avenga a que sea otro el que pasito a pasito, la lleve al altar. Repare que el capítulo entra de lleno en la honra de su casa, tan mencionada y traída a cuento por usted hace un momento. Es mejor que lo rumie despacio, don Carmelo, y en cuanto tenga calmado y de frescos el aguante, viene y se me deja caer con el monosílabo...

LA VENTANA

La fuente estaba frente a mi ventana, día y noche podía oírla, acompañarme de su rumor. Desde ella se abarcaba también un ancho horizonte. A lo lejos el río, más cerca la campiña, los huertos.

El bullir mañanero en torno a la fuente era escaso, transitorio; pastores con sus rebaños camino de la Sierra, zagales madrugadores, de regreso de los huertos, con los serones y angarillas de los burros repletos de hortalizas, que vendían luego en la Plaza, o de puerta en puerta, anunciándose en largo pregón. Para unos y otros la fuente era parada segura. Los domingos y días festivos cambiaba la concurrencia. Muchachos de los Cortijos y Casas de Labor próximas tenían en ella su punto de reunión. Solo la Cantinera del Apeadero seguían acudiendo a diario. Para la Cantinera no existían domingos ni fiestas. Era alta, morena, el pelo negro, retinto, los ojos negros también; oscura la piel del cuello y brazos, todo lo que dejaba ver la blusa. Yo conocía desde tiempo su apodo: “María la tizna”. Siempre la miraba con lástima y con disimulo, temerosa de que adivinara en la mirada que estaba al tanto del apodo. Aquella mañana los muchachos rebullían desasosegados sin saber a qué jugar. La Tizna apareció con su cántara. Al verlos hizo más lento el paso, presintiendo que la emprenderían con ella. Los muchachos se replegaron un momento para cuchichear entre risas. Pronto le gritaron a coro:

—Tizna, lávate la cara.

Sorda al griterío siguió avanzando, dejó la cántara bajo el chorro y esperó paciente a que se le llenara. Las burlas continuaron:

—Lávate la cara a ver si blanqueas...

Cuando la cántara estuvo llena la apoyó en su cadera y emprendió el regreso.

De nuevo pasó bajo mi ventana. En un impulso repentino le grité:

—María, ¿quieres un caramelo?

Alzó la cabeza sorprendida:

—Si me lo das...

Le tiré unos cuantos y se agachó a cogerlos sin soltar la cántara.

—Gracias hermosa.

Vi sus dientes blancos, casi tan luminosos como el río. Antes de llegar a la esquina se volvió. Aún conservaba la sonrisa.

—Échanos también a nosotros, pidieron los bromistas acercándose.

Les miré en silencio y luego, de un golpe, cerré la ventana dejándoles sin respuestas.

A la mañana siguiente la Cantinera volvió a sonreírme.

—Hoy no tengo caramelos, pero te daré una rosa. Y corté una de las que trepaban hasta los barrotes.

—Préndetela al moño.

Esta vez soltó la cántara, se quitó una horquilla y afirmó con ella la rosa.

Durante las vacaciones siguientes por más que aceché, la Cantinera no vino a llenar la cántara. Dejé pasar varios días sin decidirme a preguntar, hasta que una noche oí murmurar al mujerío reunido en la cocina:

—No sé qué ha podido ver el Factor en la Tizna...

La más vieja sentenció:

—Nunca falta un roto para un descosido...

Con retintín de envidia añadió una moza:

—Ya sabe, la suerte de la fea...⁶³

El domingo, sin que nadie me viera eché a andar por la vereda del Apeadero. Luego, decidida, seguí hasta la Cantina. El hueco por donde la Tizna servía copas de aguardiente y otras bebidas a su clientela aparecía cegado por dos anchos maderos en forma de aspa.

Serían los vapores del aguardiente o la rosa del moño lo que aturdió y enajenó al Factor. Lo seguro era que la Tizna había encontrado apaño y quién sabe si al arrimo de él se le prolongaría de por vida la sonrisa.

⁶³ El refrán entero es «la suerte de la fea, la bonita la desea».

FIGURACIONES⁶⁴

Todo se me fue desmoronando sin apenas reparar... Ya ves Sabela lo que es andar a encontronazos con la miseria. Hasta la voz me sale menguada. Acabará por amedrentárseme y huirse a lo hondo. ¡Con lo coplera y dada al parloteo que fui en la mocedad! En eso ni la María Nieves logró comerme el terreno.

Por tu bien te lo digo Sabela: busca de encontrar acomodo en lugar menos ruin. Búscalo antes de que te saquen ventaja las penas. Ahora, con los años frescos, todo tiene buen ver y se te hace de rosas, sin atinar a figurarte lo que anda caracoleando ya a los costados.

Búscate acomodo Sabela, que hasta los calores se van cuando más falta hacen. Ni marido que siembre la tierra, ni hijo que la labore.

Se les hacía larga la urgencia a esa gente para llevármelo al matadero. ¡Como si una no lo hubiera parido con fatiga! ¿Qué tengo yo que ver con ese infierno? Eso no me lo remedia. Lo mío era el Agustín, el hijo, la casa. Lo del Agustín, aunque todavía me escarba por dentro, está ya encajao. Le tocó la hora y a pudrirse: pero lo del hijo...

Pocas gentes van quedando por estas tierras. Entre las plagas y la miseria todos huyen. De vivir mi Agustín, o el hijo, también

⁶⁴ Publicado en *Alaluz* (Santa Cruz de Tenerife) en 1971.

Ana María Fagundo (Santa Cruz de Tenerife, 1938 - Madrid, 2010), directora-fundadora de la revista *Alaluz*, acusa recibo del cuento en una carta el 25 de mayo de 1971, dirigida a su «querida amiga», donde le cuenta los problemas de edición que está teniendo con la revista: «Le agradezco muchísimo que me haya enviado un cuento para ALALUZ. Saldrá en el número de primavera de este año que estoy ahora preparando. Me tienen el del otoño pasado casi listo. Ya se lo remitiré. Lo estoy imprimiendo en Tijuana (Méjico) y espero que quede a nuestra satisfacción. Es una pena que no lo hubiese podido seguir haciendo en las Islas donde tan pulcramente me lo imprimían» (Fagundo, 1971). El 3 de febrero de 1972 vuelve a dirigirse a Concha Lagos y le informa: «El cuento “Figuraciones” saldrá en el número de la revista correspondiente a la primavera-otoño 1971 que se publicará en breve. La reseña del profesor Richard Curry sobre su libro la publicaré en el número correspondiente a la primavera de 1972 y que, Dios mediante, espero publicar en el mes de mayo. Dígame si desea más de un ejemplar de cada uno de dichos números de ALALUZ» (Fagundo, 1972).

hubiéramos liado el petate pero, ahora, dónde puedo ir que no sea noche. Las desgracias siempre se juntan Sabela; te acosan, te apalean, te arrinconan, te merman y luego ya no ves manera de enderezarte y te quedas así, con el ánimo tullido y como encanijá. Por eso te encomiendo que recapacites, que hagas tus cábalas y busques acomodo por otros rumbos. La María Nieves en esto sí me comió el terreno. Como una amapola estará en el cortijo de La Laguna, mientras que yo, ya me ves, descarnada, en hueso vivo y, lo que es peor, sin remedio.

Sabela, después de tan larga escucha, comentó:

—A decir verdad la María Nieves no se fue por el camino derecho. Eso anduvo muy comentao. Del cortijo de La Laguna va para cinco años que se largó; mejor dicho, la largó el amo. Dicen que se le pasó la apetencia y determinó ponerle reemplazo con otra moza de carnes más prietas.

Bajó la cabeza y continuó con voz quebrada:

—En lo tocante a mi encandilamiento, tía Andrea, ya me viene tarde la advertencia. El Faustino y yo vamos a casarnos. Por eso me ha mandado mi madre con el recado, por si le cuadra venir a la boda. El convite ya lo tiene; ahora usted dirá.

—Ni a soltarte el parabién acierto, Sabela. Pero no hay que darle vueltas: la juventud quiere lo suyo sin buscar escarmiento en lo que la rodea. Cuando el Agustín me dijo: “Tira pa casa del señor cura que vamos a arreglar lo del casorio”, me puse más contenta que unas pascuas, porque, la verdad, yo solo miraba por sus ojos. Además, por entonces sonaban muchas promesas de mejoras. Misma la del agua. Tan de seguro la teníamos que hasta nos figurábamos oírla correr. De eso hemos vivido, de figuraciones. Ahora, tú lo ves, todos han liado el petate para desparramarse en busca de un pasar con menos agobios. Apenas quedamos ya cuatro viejos tan ruinosos como el caserío.

—Si tan siquiera tuviera la borrica sí que me gustaría llegarme a lo de tus esposorios. Pero las piernas me andan lerdas y no es el caso de quedarme derrengada por los caminos. Llévate si quieres la mantellina. Está ahí, a cubierto, en el cajón de la cómoda. Me la mercó el Agustín en los buenos tiempos, cuando las figuraciones tenían visos de cosa cierta.

LA VISITA⁶⁵

Se alzó de la butaca y la besó:

—Tengo que irme, pero va sabes que cuentas conmigo para todo.

Y como Julia intentara levantarse para despedirla, la detuvo:

—No te molestes, conozco el camino. Es mejor que descanses y, sobre todo, que no le des más vueltas por ahora a lo que te he dicho. Mañana, pasado o el otro, sin prisas, consultas con un abogado. Mi consejo es que procures sacar el mayor partido posible.

Todavía tuvo fuerzas para incorporarse y esbozar una sonrisa:

—¿Un abogado? Lo que me has dicho no tiene importancia, no significa en absoluto nada serio ni definitivo.

Tere la miró perpleja.

—Conozco bien a Luis y estoy tranquila. No es la primera vez que, aparentemente, las circunstancias parecen acusarle. Pura coincidencia: algún encuentro fortuito, cualquiera de esas pacientes pesadas y absorbentes que no dejan en paz a su médico.

—Bueno hija, como quieras, si te gusta seguir con la venda... Mi obligación era decírtelo, por algo soy tu mejor amiga. Hubiera sido muy desagradable que te enteraras por otro lado o que tú misma lo descubrieras de pronto cualquier día.

Salieron al vestíbulo y se besaron de nuevo. Julia abrió la puerta y la sostuvo hasta que Tere llegó al primer descanso y se volvió para sonreírle agitando su mano enguatada:

—¡Cierra, cierra, no seas tan ceremoniosa!

Julia la cerró suavemente apoyando con cuidado la mano en el pestillo. Cruzó de nuevo el vestíbulo, pero rehuyó la salita. En ella estaba al alcance de cualquier visita inoportuna, de los pacientes, de la enfermera; del mismo Luis, que ya no tardaría. Apenas faltaba media hora para la consulta. Lo mejor sería refugiarse en su cuarto.

La habitación estaba en penumbra. Se acercó al balcón y levantó el visillo. La calle presentaba el aspecto de siempre. ¡Qué tontería! ¿Por qué habría de cambiar? Los coches se deslizaban

⁶⁵ Publicado en *Cuadernos de Poesía* (Burgos, Artesa) en abril de 1971.

rápidos, algunos escaparates tenían ya las luces encendidas y en la puerta del cine empezaban a formarse grupos impacientes de espectadores. Se volvió y quedó reflejada en el espejo. Avanzó despacio hasta casi rozar la luna. Acercó más el rostro y sintió la frialdad del cristal. Tampoco ella había cambiado con la noticia; era la misma de hacía unas horas, cuando se despojó de la bata para ponerse aquel traje azul, el collar...Tere la había telefoneado, iría a tomar café. Solía hacerlo con frecuencia. Seguramente para pedirle consejo sobre alguna compra o para que la acompañara a la modista, al peletero. Tere nunca decidía por sí misma, necesitaba una amiga que decidiera por ella. Luis las acompañó a tomar café, pero se marchó rápido; hasta la hora de la consulta no volvería. Tere se acomodó en la butaca; no parecía tener prisa. Paseó la vista por la habitación, por los cuadros, hizo luego un elogio de su vestido, de su peinado, la miró largamente con mirada compasiva y suspiró al tiempo que movía la cabeza con gesto de reproche. Un reproche general abarcando la vida, el mundo, los hombres... Según Tere todo andaba confuso, revuelto, cada vez más loco. Suspiró de nuevo: “Los fallos, ya se sabe, alcanzando siempre a quien menos lo merece...”. Nuevo suspiro y nueva mirada compasiva: “¡No sabes lo que esto supone para mí...! ¡Si no fuera porque soy tu mejor amiga...! Es el deber más penoso de mi vida, créelo...”

No le evitó detalle. El primer descubrimiento, aprovechando que ella estaba de veraneo, “¡pobre, tan ajena...!”.

Y otra vez a lamentarse, a suspirar, a compadecerla: “¡Los hombres! ¡La vida...!”.

Luego, lo del viaje: “Como en luna de miel, hija. Bien juntitos en el coche restaurante, en el departamento... Justo, justo coincidiendo con aquel Congreso, ¿te acuerdas?”. Se extendió en comentarios de amigos y conocidos; en alusiones de otra gente y, por último, ante su silencio: “Supongo que no creerás que estoy obrando a la ligera. Antes, te lo aseguro, me he procurado toda clase de informes, he atado cabos. Naturalmente, no podía darte este disgusto sin la plena seguridad...”.

Julia acercó más el rostro al espejo, lo palpó; casi apoyó la frente en él y observó sus ojos. Brillaban fijos, resecos, febriles, pero sin expresión de odio, sin dolor aparente; sin el menor asomo de llanto. Era una mirada vaga, clavada en un punto lejano, como

si atravesara el cristal contagiándole su frialdad, su dureza. De pronto crispó los puños y golpeó una y otra vez su imagen. La golpeó insistente en el pecho, en la frente:

—¡Tú no sabes nada! —le gritó. Es inútil que lo asegure Tere; que lo repitan todos: Tú no sabes nada. ¡Nada! ¡Nada...!

Se irguió al impulso de sus palabras y retrocedió unos pasos, pero de nuevo acercó el rostro a la imagen:

—Si lo descubres, te convertirás en una pobre mujer, en una torpe e indefensa mujer, y quedarás destruida. ¡Destruida para siempre! ¿Lo oyes? Tienes que seguir sonriendo, ignorando. Todo tiene fin. ¿Comprendes? ¡Todo!

Golpeó con más fuerza y agitó la cabeza como queriendo sacudir lejos la historia.

—Tú no sabes nada. ¡Nada!

Y una sonrisa firme apareció en sus labios.

BURBUJA

Cuando se la pusieron en los brazos la miró extrañada, sin acabar de creerlo. Le costaba salir de aquella contemplación muda, pero la niña abrió los ojos y los dejó vagar unos instantes sin fijarlos en ningún punto. Eran de un azul muy claro, como diluido en agua. Una escasa pelusilla rubia le cubría la cabeza.

Tras el largo examen pudo decir al fin:

—¡Parece una burbuja!

El padre, sentado a la cabecera de la cama, la miraba con igual extrañeza, hasta que el abuelo, destacándose del grupo familiar, avanzó unos pasos:

—¿Estáis ya de acuerdo en lo del nombre?

Su mujer fue la primera en contestar:

—A mí me gustaría ponerle Agata. Es el nombre de la protagonista de una novela que leí hace tiempo.

La propuesta fue acogida en silencio, pero ella no se dio por vencida:

—¡Suenan tan bien...!

Y para demostrarlo lo repitió en distintos tonos.

—¿Agata? ¡Agata! Agata...

El abuelo avanzó más y se cuadró frente a la cama. Sus treinta años de vida militar desfilaron de golpe:

—¿Por qué no le ponemos el de nuestra santa Patrona?

La madre se estremeció como si hubiera oído una salva de cañonazos y apretó a la niña contra su pecho, pero la abuela, acostumbrada a ganarle todas las batallas a su marido, protestó:

—¡Déjate de Patronas! ¡Con los nombres tan elegantes que ahora se estilan...! Podemos elegirle incluso el de alguna reina, el de una princesa: Fabiola, Soraya, Paola...

Desentendiéndose de todos, el padre le habló bajito a su mujer.

—A mí me gustaría que se llamara Amparo, como tú.

—¡Por dios Antonio, si es tan chiquitina...!

Y miró enternecida a su hija:

—¿A quién podría amparar una burbujita como ella?

La rodeó con sus brazos y cerró los ojos para sentirla mejor. Poco a poco se fue quedando dormida. La familia, al advertirlo,

salió despacio de la alcoba. También Amonio los siguió, pero antes corrió las cortinas, dejando la habitación en penumbra.

El sueño de Amparo era normal, tranquilo. Pasado un tiempo se hizo más agitado, como si estuviera bajo un sopor agobiante. Pronto empezaron a deshilar por él imágenes, recuerdos: los cuentos y romances de su infancia, el rostro y los nombres de las protagonistas: Alicia, Blanca Nieves, Rosalinda... El sueño avanzaba como una película ininterrumpida, saltando del pasado al presente, adentrándose luego en el futuro. Burbuja era una niña de cuatro años. La antigua pelusilla rubia resbalaba ahora sobre sus hombros en rizos abundantes. Pero el tiempo corría implacable: siete, nueve, doce, quince... Burbuja se había convenido en una muchachita desgarbada, insulsa, descolorida, con cierto airecillo petulante. Veinte, veintidós... Su palidez aumentaba y el azul desvaído de los ojos se diluía tras unas gafas de miope.

Amparo observaba con angustia la transformación de su hija, sin perder todavía la esperanza. Pronto, ni el amor maternal fue suficiente a cegarla. Burbuja era ya una mujer, una mujer sin el menor atractivo. Un ser apático, incoloro. Ningún muchacho se sentía atraído por ella. En los labios de Burbuja empezó a dibujarse un gesto amargo de contrariedad. Su madre se esforzaba por endulzárselo y la animaba con nuevos trajes, con nuevos zapatos; bolsos, gafas de moda, cambio de peinado. La exhibió con más frecuencia por teatros y cines, la llevó a playas concurridas, a fiestas, a excursiones. Organizó reuniones, bailes, viajes. ¡Ni por esas! Siempre eran las amigas las que “ligaban”, las que conseguían novio. Una a una se fueron casando y Burbuja empezó a quedarse sola. A su tristeza, a su gesto de amargura, se unía ahora el aburrimiento, la ansiedad. Durante tardes enteras se encerraba en su cuarto y ensayaba con desesperación frente al espejo, posturas y gestos que copiaba de revistas de modas; otras veces revolvía cajones y sacaba retratos de su juventud, cintas, collares, abanicos; el primer traje de baile, cuando en sus ilusiones no había entrado aún la desesperanza. Entre aquellas cuatro paredes de su habitación, estaban también encerrados sus sueños, sus impulsos secretos de amor; pudores, latidos apremiantes, lágrimas ardientes ante su virtud forzosa, disecada, replegándose contra los pechos marchitos o el calor inútil de los muslos.

Amparo comprendió que la edad de casar a su hija había pasado sin dejar el menor hueco a la esperanza. También ella envejecía y perdía ánimos. Dejó de sugerirle peinados, de acompañarla a la modista. Las fiestas y reuniones quedaron suprimidas, los veraneos en playas de moda, reemplazados por balnearios tranquilos, más de acuerdo con el sosiego que ella y su marido necesitaban, pero la preocupación por el futuro de Burbuja iba en aumento.⁶⁶ El destino le reservaba sin duda a Burbuja una triste madurez, una larga soledad; sobre todo, cuando ellos faltaran. De la familia solo vivía el abuelo; aunque achacoso, había conseguido sobrevivir a su mujer, ganarle al menos aquella última batalla, pero tan encogido, que ni con la ayuda de todo su antiguo regimiento hubiera podido mantenerse firme. Para colmo había perdido la memoria. Sus relatos heroicos, los sustituía ahora por historietas escabrosas con vicetiples de la época.

De la pelusilla dorada de Burbuja, quedaban solo unos mechones grises. Amparo la miraba a hurtadillas. También a ella le costaba reconocerse. Procuraba pasar de largo ante los espejos; sobre todo, ante los de la sala, más ostentosos y crueles. Menos mal que la ausencia de visitas la mantenía casi siempre cerrada, en tinieblas. Pero aquel día alguien encendió, inesperadamente la araña central. Amparo intentó huir del torrente de luz, llevándose a un tiempo las manos a los ojos. Algo resbaló de sus brazos lanzando unos maullidos insistentes.

Antonio fue el primero en acudir. La niña había rodado hasta el borde de la cama y lloraba con todas sus fuerzas. Le costó calmarla, volver la madre a la realidad. Amparo se agitaba inquieta, resistiéndose a que le quitaran las manos de la cara. Cuando él le puso de nuevo la niña entre los brazos, ella volvió a mirarla, pero esta vez sin extrañeza, como si la hubiera tenido toda la vida en el regazo. Las lágrimas empezaron a correrle abundantes, mientras la acariciaba con suavidad repitiendo una y otra vez:

—¡Mi pobre Burbujita! ¡Mi pobre Burbujita...!

⁶⁶ Se entiende que no se considera siquiera la posibilidad de una vida satisfactoria en soltería, que la mujer solo se hace completa por el matrimonio. Desarrolla Mary Salas en *Nosotras las solteras* y en la situación de no-ciudadanía de las mujeres solteras. Es decir, una mujer soltera está condenada a vivir «incompleta» (Salas, 1959).

LA SARNA⁶⁷

En el fondo tenía razón mamá Rosalía: “Tú siempre te pasas”. El caso es que por entonces yo no ponía atención a la frase. Se me fue aclarando con los años y maldita la falta que le hace hoy esa luz al juicio. Esto no quita que mamá Rosalía, sin proponérselo, hubiera dado en el clavo. Ya se tratara de corretear alegre o de encogerseme el ánimo, me pasaba, quedándome temeroso y fuera de lugar. Menos mal que tía Magdala cuidaba de encontrarle ajuste al percance, midiéndolo con mirar apaciguado:

—Déjale estar, mamá Rosalía, ¿no ves que es su condición? El no buscó ser así: le vino con el nacer como a ti el machaqueo y el andarnos a todos encima. Ya sosegará con los años.

Se ve que tía Magdala tan silenciosa, tan menudita y encanijada, sabía de esto.

Ahora, en este desandar la memoria la vuelvo a ver inclinada sobre el bastidor horas y horas, apartada para no estorbar, como si se supiera de más en la familia, en la casa, en la vida.

Aunque por motivos distintos, también ella vivió fuera de lugar. También ella se había pasado, o lo que es peor, la equivocaron de tiempo. Nunca pude explicarme cuál fue la razón de su vida ni de dónde le venía aquel filosofar con palabras tan quedas. Jamás salió del pueblo, de la casa; puede que ni del patio. No sé si en su niñez se aventuraba por el huerto. Mamá Rosalía, con el pretexto de vigilarle la salud, la fue acorralando, minándole, como a todos, la pobre voluntad. De vivir mi madre, le hubiera preguntado sobre ella, pero tuvo demasiada prisa en dejarnos, tal vez para huir de mamá Rosalía.

Tía Magdala nunca será ya otra cosa que aquel bulto menudo en mi memoria, aquella sombra arrinconada en el patio, apresando en su bastidor, con hilos de seda, el vuelo de las mariposas, lo fugaz de las flores. Años después de su muerte, en las pocas ocasiones que volví por el pueblo, por la casa, descubrí en el desván su bastidor. No hubo manos piadosas que desprendieran la labor en la que, tía Magdala, presintiendo acaso

⁶⁷ Publicado junto al relato «La escapada» en el n° 293 de *Ínsula* (Madrid) en 1971.

que sería la última, había mezclado a sus mariposas, unas guirnaldas de tulipanes morados.

Una vez más, con el recuerdo, viene a recomerme la vieja pregunta: el porqué de aquella vida incolora. Claro que también podría extenderla a la mía, a la de tantos. Poco importa ya y, cuando importaba, había cosas de menos monta segura, les hubiera encontrado respuesta, incluso una certera explicación.

Mi vivir de aquellos años andaba enredado en los juegos, sin otra mira que buscarle las vueltas a mamá Rosalía para correr hasta el ramal grande del río que pasaba orillando nuestra cerca. No tuve otro amigo ni confidente hasta que me llevaron al colegio de la ciudad. En tiempos de lluvia, bajaba turbio, precipitado, bronco el rumor. Flotando en sus aguas, con las esposas todavía puestas, arrastró un día los cuerpos de Juan Diego y su hijo, este no me pasaría mucho la edad. Fue al cruzar el puente cuando les aplicaron la ley de fugas.⁶⁸ Mamá Rosalía, razonadora, lo comentaba más tarde con el sargento, afirmando que se había hecho justicia. Yo sentí, de pronto, un encono agrio hacia ella. Odié su voz destemplada, sus ojos saltones, su cuello pellejudo de gallo pependenciero, el busto liso y varonil. No me explicaba cómo podía aprobar que el agua se llevara, río abajo, al bueno de Juan Diego y a su hijo.

La gente murmuraba a quien quería oír: “Doña Rosalía es hembra bragada, capaz de tenérselas tiesas al mismísimo Satanás...”

Tampoco tía Magdalena me abrió muchas luces sobre lo de Juan Diego. Apenas se atrevía a levantar los ojos de la labor, pero cuando el sargento dejó colgado su “queden con Dios”, y enfiló la puerta seguido de mamá Rosalía, tía Magdala alzó la cabeza y me miró. En sus ojos había una expresión nueva muy distinta de la dulzura pacífica de otras veces.

⁶⁸ La Ley de Fugas es una práctica de ejecución extrajudicial que consistía en «dejar marchar al detenido para poder dispararle por la espalda y simular una supuesta huida siendo muy utilizada en España desde mediados del siglo XIX hasta la década de los cincuenta del siglo XX». Los primeros casos ocurrieron en 1870 para combatir el bandolerismo y la Guardia Civil la imitó para combatir la resistencia armada republicana (1936-1952) (Fernández Pasalodos, 2021:125).

—Tú crece y verás lo que es tener ideas; quererle hacer más liviano el camino a los tuyos...

Volvió a inclinarla sobre el bastidor y terminó en voz baja:

—Juan Diego era un buen hombre, pero eso solo Dios lo sabía.

Puede que Dios lo supiera y, por supuesto, tía Magdala. Todos lo sabían, pero no se atrevió a decírmelo. Tuve que aprenderlo cuando, con el crecer, se fue cuajando, ojos adentro, lo que me rodeaba. Claro que solo me ha servido para requemarme la sangre, para acalorarme de rabia, porque lo nuestro parece no tener cura; es como una sarna que corroe los miembros.

En este desandar voy deshilvanando trabas, mordazas, todo lo que el tiempo me trajo y ha ido luego gastando sin dejarme apenas logros.

No sé de qué fuerza se vale la ruindad para prosperar. Así vamos, como el ramal grande, con el sonar bronco de tanto llovernos desamparo, flotando en aguas de desesperanza. Yo no puedo decir, como tía Magdala, “solo Dios lo sabe”. No, no es bastante.

LA CARTA

Apreciado Juan: Quiera Dios que al recibo de esta te encuentres bien, aunque Él solo sabe cuándo llegará a tus manos. Aquí, aparte de la abuela, todos seguimos con salud. Los males de la abuela son los años y esto no encuentra ya remedio.

Los hombres, los que quedan, andan en la labranza. El pueblo está más solo cada día. Ahora, de calmosas y tristes parecen como muertas las calles. A mí me entran ahogos y más si miro hacia los cerros que tapan el camino por donde te me has ido, por donde todos se marcharon...

Mi vida es la de siempre. Casi de amanecida me pongo a la faena, ya que el sueño me deja con las primeras luces. Los lunes bajo al río, el sábado al mercado y el domingo a la iglesia.

La prima Rosa dice que te dé sus memorias; y el Pascual, y la Emilia. La otra tarde vinieron por lo de la matanza. También la tía Vicenta suele caer por veces para echarme una mano en esto del ajuar.

Desde que te marchaste he perdido colores y me voy desganando. Por más que miro a todos los lados ni divisarte puedo. Te has puesto tan borroso como la charca grande.

Las noches siguen como siempre. Quiero decir con las mismas estrellas. Yo no sé si relucen así donde te encuentras, pero estando tan altas será como si nada.

Si logras el permiso, al menos allá para el verano, podríamos de nuevo llegar hasta la Ermita. ¿Te acuerdas de la noche que se escondió la luna? Cuando ajusto los días de tu ausencia parecen agujeros y me asusta el hondón tan de pozo que tienen.

No he vuelto por la vega. Deben estar sin hojas los álamos aquellos donde nos cobijamos la tarde de la lluvia; igual calor que entonces me sube al recordarlo. Igual, igual que si te oyera, se me meten de nuevo tus palabras por dentro, con el mismo sofoco, con la misma agonía...

A tía Vicenta, le digo entre suspiros que sin ti no me hallo, pero siempre asegura que así son estas cosas y que por eso todos nos conformamos. Puede que sea verdad, pero cuesta creerlo. Además, ni me alivia pesares ni me aclara la pena. ¿Por qué no se han juntado, por ver de remediarlo, en vez de andar a vueltas con

el desasosiego? Yo, Juan, no lo comprendo por mucho que machaque. ¿Por qué tenéis que ir a esos menesteres? Ya sé que es mal de tantos y que pocos se prestan de buena voluntad, aunque cierren los ojos, aunque aprieten los puños... Fue el padre de la Anuncia, el que vino de América, el que lo comentaba... Pues mira, Juan, así como quien dice, sin entenderlo apenas, yo me pienso lo mismo y me como de rabia. Que paguen los culpables sin enredar lo nuestro. ¿No piensas tú lo mismo? De algún tiempo a esta parte ando escarbando en muchas cosas. Miro crecer el llanto y juntarse a los viejos para salvar las tierras. Lo diga quien lo diga, a los ojos de Dios esto no es cosa buena. No puede serlo, Juan.

Por el camino de los cerros se tienen ido los mejores. ¡Alguien tendrá la culpa! Esto es lo que me digo centenares de veces: ¡Alguien tendrá la culpa! Si todo lo trastornan es por sacar tajada, seguro, Juan. seguro. Mientras, aquí en el campo, nos quedamos al raso sin más pan que la angustia. De buena gana iría a gritarlo en la cara del culpable. ¿Sabe alguno su nombre? ¿Por qué no nos marchamos a los bosques como los animales? Nunca tengo mirado en ellos cosa igual. Esto no es cosa buena y si Dios lo consiente será para castigo, pero yo no he pecado. Ni siquiera la noche que se escondió la luna...

Dime lo que tú piensas. Dímelo pronto. Juan, y ven para el verano.

LA VIDA EMPIEZA MAÑANA

Como otras tardes dejó su calle, su barrio. Un barrio al extremo de la ciudad, limitado por el río, por las tapias del cementerio. A ojos cerrados se sabía plazas y callejuelas. Las anduvo una vez más a buen paso, ajeno al trajín. Desembocó en el Bulevar y lo cruzó a la altura de la Avenida. Hizo más lento el paso, como liberado de vulgaridades, de olores húmedos y pegajosos.

La misma parada ante las librerías, igual lentitud ante los bares elegantes. Miraba hacia su interior con curiosidad. Mujeres atractivas, sonrientes, despreocupadas; aparentemente felices. Tenía que decidirse. Sí, entraría cualquier tarde para verlas de cerca, para sentirse envuelto en la misma atmósfera. Recorrería el salón abriéndose paso entre las mesas. Oler sus perfumes, mirar de cerca aquellas copas con bebidas transparentes: verdes, rojas, doradas... Luego, despacio, como si buscara a alguien se detendría unos momentos fingiendo impaciencia, balanceando la carpeta entre las manos. Nunca salía sin ella, justificaba sus salidas; la meta final, el cafeticho donde escribía hasta bien entrada la noche, hasta que el dueño, entre los largos bostezos, ayudaba al mozo en la tarea de colocar las sillas sobre las mesas. Por último, apagaba los globos de luz cubiertos por una espesa capa de polvo. Aquel polvo le creaba una penumbra propicia, borrándole perfiles, profundizando sombras. Noche tras noche, antes de doblar la esquina, oía el latigazo metálico del cierre desplomándose con ruido seco y desgarrado.

Cruzó despacio el salón mirando atento en todas direcciones. Actuaba como un viejo actor con el papel bien ensayado. Ante la barra se detuvo y consultó el reloj. Dio unos pasos inseguros en dirección a la puerta de salida y vuelta a retroceder. Desde una mesa más próxima dos mujeres le miraban curiosas. No eran jóvenes, pero atractivas. Pese a la insistencia de sus miradas no se intimidó. Con frecuencia su apocamiento le empujaba a estas osadías. La mayor era la que más le atraía: piel mate, ojos oscuros, cabello cobrizo. Puede que le sobraran unos kilos, pero la carne relucía todavía turgente; bien modelado el cuello y los hombros, todo lo que el escote dejaba ver.

Volvieron a mirarle y cuchichearon entre ellas: mejor esperar sentado. Fue la mayor, la del pelo cobrizo quien lo dijo señalándole una silla. Se acercó: un amigo que no llega, tenía que entregarle esto para su periódico. Agitó la cartera como si lo guardado pudiera producir algún sonido. Ella insistió con una sonrisa y aparto la silla. Lo siento, me he echado a la calle sin blanca. Quería solo entregarle esto a mi amigo, cobrarlo.

Así de sencillo. Una hora de charla, de comentarios sobre la gente que entraba y salía. La acompañó a su casa, la amiga se despidió antes. Ella le invitó a subir. ¿Le invitó? Desde el primer momento impuso su voluntad, desde que apartó sonriente la silla.

Las primeras confidencias durante la cena. Vivía sola, era un amigo el que sostenía aquello. Puntualizaba dejando desde el primer momento clara la situación: un terrateniente, ¿sabes? Suele caer por aquí a últimos de mes, dos o tres días a lo sumo, luego vuelta a sus campos. Como ves casi libre, a veces ni sé cómo matar el tiempo... Le cogió del brazo: en el sofá estaremos más cómodos, le llevó hasta la salita. Voy a prepararte café, antes de salir le sirvió una copa. Durante unos momentos la sintió enredar allá en el fondo, en la cocina. Se lo trajo, pero volvió a desaparecer. Empezó a encontrarse incómodo, desconcertado y un tanto sorprendido. Volvió envuelta en una bata de seda con ramajes. Un kimono tal vez, él no entendía demasiado. Lo que le irritaba era la naturalidad con que disponía de él, sin consultarle, sin saber... He puesto a correr el baño por si te quieres chapuzar. Algún escrúpulo ante lo raído de su traje. Se sintió humillado. Mejor marcharse pretextando una ocupación. pero siguió clavado en el sofá. Demasiado tarde, había aceptado la cena, el café. Trató de justificarla. Serían simples atenciones, aunque estaba claro que esas escenas debían suceder con frecuencia, entrarían en lo que ella llamaba matar el tiempo, de ahí su naturalidad. Todo organizado, a punto.

Se sentó cerca de él, rozándole. Sintió el calor de su piel, su perfume áspero y penetrante. Háblame de ti, dijo de pronto. Tengo curiosidad por saber qué clase de tipo eres: ¿vives solo? ¿En qué trabajas...? Las preguntas llovían sin respiro, tenía que ponerle orden. ¿No irás a decirme que un guapo mozo como tú anda suelto? Esta vez no pudo menos que reírse. Lo de “guapo mozo” le hizo gracia, incluso le sonaba maternal, igual se habría

expresado alguna mujeruca de su pueblo. Fue explicándose como pudo: sus andanzas, los varios oficios, por supuesto todos sin cuajar. Lo de la carpeta por ahora no pasaba de una afición; algún cuento, algún artículo, nada importante. Quiero probar con una novela, aunque publicar no es fácil y para colmo está mal pagado... Pues déjalo, hombre. Ya encontrarás otra manera de salir adelante. Así, como si se tratara de un oficio más. Hubiera sido inútil tratar de explicárselo, tampoco valía la pena. ¿Para qué? Mañana sería otro día...

Le llevó hasta el baño, al pasar abrió la puerta de la alcoba. Puedes tardar lo que quieras, como en tu casa, ¿sabes? Yo voy a recoger mientras la mesa.

Bajo el agua se sintió a gusto. Podía estirarse, dejar relajado el cuerpo, sumergirse hasta el cuello. Nada de esto era posible en la pileta de su casa. Claro que para andar limpio tampoco era necesario tanto refinamiento, tanto “comfort”. El jabón olía a heno, a fresco, y resbalaba sobre la piel con suavidad, produciendo abundante espuma, una espuma frágil, volandera. Hay cosas que deberían estar al alcance de todos, en la pileta había que lavarse rápido para no tiritar y trotarse a retazos: un brazo, una pierna, otra... La espuma le cosquilleaba bajo la barbilla. Cerró los ojos y quedó inmóvil, en completa quietud. Solo el pensamiento seguía ágil, a más y más, sin descanso; un bullir constante. La ropa amontonada sobre la banqueta le volvió a la realidad. Había saboreado un placer nuevo, casi femenino. Se enfundó en el albornoz. Sobre la alfombra, las zapatillas. Sonrió mientras se las calzaba: las del terrateniente, seguro...

Su primer sentimiento hacia ella fue de piedad: sola, con su instinto maternal a flote... La abrazó agradecido; lo del baño fue una buena idea, me ha descansado; hoy anduve más de la cuenta...

Le despertó la rendija de la luz. Estuvo unos momentos desorientado, su ventana, la de su cuarto, estaba en el testero opuesto y la luz se filtraba más difusa, más gris; daba a un patio. Tocó las sábanas, la almohada: se incorporó. Al pie de la cama las zapatillas.

Entró en el baño, en la salita, en el comedor, siguió pasillo adelante hasta la cocina. Nadie. Volvió y buscó inútilmente su ropa. No se decidía a mirar en el armario. Mejor esperar acostado. Antes descorrió a medias la cortina. La cama conservaba el calor

de su cuerpo y el perfume de ella. La noche anterior, con la luz tenue de la lamparita apenas pudo ver la habitación. Todo nuevo y extraño: el tocador, el espejo, la lámpara del techo. Una lámpara ostentosa con profusión de dorados. Más dorados en los marcos con litografías de dudoso gusto, en los tiradores de los muebles. Una riqueza sólida, como correspondía a un ganadero. ¿Dijo ganadero o terrateniente? Daba lo mismo, en su pueblo no existían tipos así, bien forrados, dueños de media comarca. El que más, tres palmos de tierra, los aperos, una mula y, como mucho un tractor alquilado; lo justo para ir tirando. También su padre tenía un pedazo de tierra, casa y hasta un burro. El burro le pertenecía, se lo dejó el abuelo al morir. Lo utilizaban para llevar el grano al molino, para ir a la era... No llegó a montarlo. Sus juegos eran también en la era, o en la plaza. Aquello duró poco hasta que el padre decidió un día venderlo todo y largarse a la capital. Allí quedaron los cuatro palmos, la casa, el burro... Faustino, el de la camioneta, se encargó de transportar los bártulos. Aún recordaba la cara angustiada de la madre mientras los subían; la cómoda, el espejo ante el que se peinaba, la cama y sobre todo la máquina de coser. Ella, tan sumisa, tan sin voz ni voto, le hizo frente al marido que se negaba a transportarla. Qué falta hacía aquel trasto. La defendió con decisión, como si presintiera que de aquel trasto iba a depender en adelante su vida. También él se alegró. Se había acostumbrado a su sonido, un sonido machacón como el de aquellas máquinas que hacían maniobras en el Apeadero cercano. Más que el pespunteo de la aguja, le atrajo siempre el ramillete que la decoraba: nunca supo a santo de qué. El trabajo, al menos a su madre, no le dejaba respiro para recreamientos. Hubiera resultado un coser y cantar, pero ella cosía silenciosa, más silenciosa cada día, más ajena al ramillete.

Nadie en el pueblo se explicó aquella decisión. ¿Qué se le había perdido a su padre en la capital? En la casa no se pasaban necesidades: buen pan, buen vino, comida abundante... La tarea tampoco era agobiadora: el campo, el molino, la taberna... Allí era donde consumía el resto de la jornada y buena parte de su dinero. Allí debió empezar a recalentársele la cabeza con la idea de largarse.

Le pareció oír ruido: he visto luz y... Todos los recuerdos se le quedaron colgados de la lámpara. Sí, desperté hace un rato. Te he buscado por toda la casa, quería vestirme pero no encontré la ropa. Ella se sentó al borde de la cama: aproveché mientras dormías para hacer unas compras. Anoche me cogió desprevenida y apenas pude darte de cenar. No te preocupes, lo que ahora quiero es vestirme. Tendrás que esperar. Bueno, el traje está en el armario, pero el resto... Pensé que era mejor lavarlo. Otra vez disponiendo sin consultarle. Por esto no pasaba. Levantó la voz: Tengo que salir enseguida. ¿Comprendes? No, no comprendía o no quería comprender. Se echó a reír: no seas terco, hombre, mientras comemos se seca, luego te la plancho y... Fue a la ventana y descorrió del todo la cortina: en el armario de baño está la máquina de afeitar, dijo al tiempo de salir.

Era una situación absurda, se había dejado atrapar estúpidamente. Saltó de la cama, cogió furioso el albornoz y se encerró en el baño. Cuando ya afeitado fue en su busca encontró preparado el café. Se lo tomó de pie, bebido, nada de bollitos ni tonterías. Ni que fuera un niño para dejarse engatusar por golosinas. Apareció remangada y con delantal. ¿Qué, sigues enfadado...? Creí que te gustaría ponerte ropa limpia. Está visto, nunca se sabe cómo acertar. Tampoco imaginé que tuvieras tanta prisa, como dijiste que eras libre... Se acercó cariñosa: ¿Tan mal te ha ido? Yo en cambio, ya ves, me siento tan a gusto, contenta de tener a alguien a quien cuidar. Ese, ese debía ser su problema. Suavizó el gesto, la voz. Es que no me gusta que me manejen. Tengo mi vida mi trabajo y, sobre todo, necesito sentirme libre, entrar, salir, ir a mi aire... Pareció comprenderlo: Bueno, no discutamos, después de comer te plancho la ropa, te vistes y a la calle. Ya me irás conociendo, me gustaría que fuéramos amigos. De verdad, hombre, de verdad. No olvides anotar el teléfono y cuando quieras, cuando te apetezca... Tienes razón, cada uno con su vida, a su aire, como dices tú. A él le volvió el buen humor. Sí, anotaré el teléfono, la dirección y el piso... Se rio, anoche no me enteré de nada.

La comida transcurrió normal animada por un vino que a ella le empujó pronto a las confidencias: No creas, también yo pasé por varios empleos, luego tuve un medio novio, de eso claro, hace años. Un buen día se largó a México. Fue entonces cuando

empezó lo peor y menos mal que tropecé con el terrateniente, casi cinco años ya. Su hermana sí llegó a casarse, tuvo suerte. Vive muy bien, pero solo nos vemos de tarde en tarde y a escondidas. El marido, ¿sabes? le tiene prohibido que me trate. ¡Figúrate! la única hermana y ni llamarla por teléfono. Lo que más me hubiera gustado es disfrutar de los sobrinos... Se le humedecieron los ojos. Él dudó un poco: Bueno si el tipo ese me paga el artículo vengo a buscarte y te llevo al cine. Antes de terminar el ofrecimiento estaba arrepentido. La historia de la hermana tuvo la culpa. De todas formas le debía una atención. Cumpliría con ella y a otra cosa.

¿Fue solo compasión? Nunca le resultó fácil analizarse, era algo que desechaba. ¿Para qué? Lo más sobresaliente su manía de cambiarle el color a las cosas. Ella sí debió trazarse su plan desde el primer momento, adivinar su debilidad, saber cómo manejarle, cómo retenerle. Menos mal que la llegada del otro le abría paréntesis a la situación, etapas de libertad. Con qué gusto volvía a sus callejas, a su casa, a su barrio, al cafetucho, a emborronar cuartillas bajo la luz polvorienta de los focos. Algunas tardes caía por aquel Bar de la Avenida. Simple curiosidad, una ojeada para saber si ella acudía también allí con el otro. Nunca hablaban de él, cuanto más le ignorarse mejor. Le imaginaba maduro, cincuentón, con aire rural y aspecto de ir vestido de estreno: Y algo doloridos dentro de sus zapatos nuevos. Lo primero al llegar, seguro, las zapatillas... Estas fantasías de su imaginación terminaban irritándole. Para desahogo la emprendía con la escritura. Desde luego en casa de ella imposible escribir, lo había intentado inútilmente: el teléfono, las charlas interminables con las amigas, las interrupciones. Un vestido nuevo, un bolso, unos zapatos... Había que mirar y darle su parecer. Era su mundo, mundo al que él no podía acoplarse, terminaba guardando las cuartillas malhumorado. También para esto había comentarios: No se te ocurre nada ¿verdad? ¿Sabes lo que debías hacer? dejar esos papelotes y dedicarte a la buena vida. Disfruta, hombre, disfruta, para lo que va uno a vivir... ¿Qué te parece si hiciéramos un viaje? Unos días por ahí, solos... Dijo que bueno, al menos rompería con aquella monotonía.

Desde el primer viaje supo a qué atenerse: el restaurante, el cine; horas y horas en la terraza de algún Café viendo pasar a la

gente. De andar suelto nada, de patearse la ciudad, nada, de recorrer sus barrios y librerías, nada. Lo único recordable de aquellos viajes eran sus bostezos y las charlas insulsas en las terrazas. El próximo, se decía, será diferente. Impondría su voluntad, la dejaría quieras que no en el Hotel recreándose en el baño o en el traje, en el peinado, y se echaría solo a la calle. Ni intentarlo: Lo que le pasa es que empiezas a cansarte... Terminaba cediendo, renunciando, pero con el deseo de regresar cuanto antes. Al menos allí, tenía sus días libres, su carpeta, su Café...

A trancas y barrancas terminó la novela. Tuvo suerte, primero por el prólogo que le puso un escritor de nombre, luego, por la rápida publicación en una Editorial importante. Tardó en darle la noticia, temía su reacción, pensaría que aquello podría ser el principio de su alejamiento.

Empezó a frecuentar algunas Tertulias, a tomar contacto con el mundo de la Literatura, aparte del amigo periodista y de un poeta mediocre y poco conocido, ningún otro trato. Con estos coincidía desde hacía meses en un restaurante por abono, donde mejor o peor mataban el hambre.

Hasta que aparecieron las primeras críticas siguió desconocido para sus contertulios. Contribuía a ello su timidez. Siguió acudiendo por rutina; los allí reunidos tenían poco en común, salvo la habilidad para las zancadillas, para las frases hirientes. Era no obstante lugar de información, de estar al día.

A medida que la crítica se ocupaba de su novela le fueron tomando en cuenta. Seguro que se preguntaban de dónde había salido, qué vida hacía, a qué se dedicaba, aparte de escribir. Siguió silencioso, apartado, bebiendo a sorbos lentos su café, observando, sonriendo a veces. Se retiraba pronto, sin emparejarse a otros, con un saludo general: Hasta la vista. Sospechaba que los comentarios empezaban antes de llegar a la puerta. Se encogía de hombros. Gajes del oficio. Terminó por adaptarse a los trucos, a las palmadas amistosas. Bajo ellas adivinaba temores, desasosiegos. Uno más a compartir la gloria, la mezquina gloria... El temor les agudizaba el ingenio. Disculpable, el botín era menguado y escasas las ramas donde encaramarse. De aquella frialdad y tirantez era en parte culpable. Nada hacía por buscar la cordialidad. Le hubiera gustado encontrar un amigo, alguien con quién charlar y desahogarse,

romper la soledad, pero necesitaba su tiempo, ya tenía suficientes trabas con el acoso de ella, acoso que aumentó al enterarse de la publicación. Era inevitable, no podía seguir ocultándose, tampoco lo de la Tertulia. Pronto se cercioró de que no acudían mujeres. Más de una vez la vio tras los cristales acechado. Si las cortinas estaban corridas no dudaba en entrar y cruzar en dirección a los lavabos. Otras recurría al teléfono. Le resultaba enojoso oír al Botones gritar su nombre. Se levantaba disimulando la contrariedad, presintiendo las sonrisas y el intercambio de miradas; las bromas más o menos humorísticas: Qué bien organizada tienes la propaganda... Las llamadas no tenían otro fin que controlarle, tener la seguridad de que seguía allí, atado a la silla. A veces le citaba en algún lugar próximo con el pretexto de regresar juntos. Aceptaba por miedo a que se presentara a recogerle. Imaginaba los comentarios ante la diferencia de años y el vestir ostentoso de ella. Aquel tira y afloja era agotador. Tenía que decidirse de una vez y cortar por lo sano. Claro, no podía ser hoy ni mañana... Había que esperar la oportunidad, un pretexto. No estaba seguro de que llegara ese día, pero de momento el propósito acallaba su intranquilidad, su lucha; era como una tregua.

De nuevo fue el periodista el que le trajo la solución. Un empleo modesto y solo por seis meses, pero fuera, en París. Mejor que mejor, precisamente lo que necesitaba, alejarse, poner tierra por medio. Aceptó sin dudarle. Se iría cuanto antes y de repente, aprovechando sus días libres. Aún le quedaba parte del adelanto de la novela, le serviría para el viaje, para los primeros gastos. Poco a poco, a medida que llegaba la fecha, fue suavizando su decisión. No, no podía irse así, parecería una huida. En realidad eso era pero... Le pondría unas líneas en el último instante y las echaría en la Estación.

Esperó impaciente la llegada del otro, temía que le delataran los nervios o que ella lo descubriera no sabía por qué artes. Acostumbraba a sonsacarle con mirada indagadora acorralándole a preguntas.

Hasta verse en el tren no respiró tranquilo. El balanceo le fue relajando la tensión. Cerró los ojos y se dejó acunar. De cuando en cuando los abría temeroso de enfrentarse a una realidad distinta. Paseaba la vista por el departamento. Sobre la redecilla,

su maleta, balanceándose también. Esto le daba seguridad, le devolvía la confianza. Ya tranquilo sonrió. Sí, era cierto. Cierto. Mañana empezaría otra vez la vida.

RESUMEN⁶⁹

—Si tuviéramos un golpe de suerte!

Con él podrían retirarse a descansar, a vivir tranquilos lo que les quedara de vida.

Sus veladas, noche tras noche, se reducían a lo mismo: a hacer cálculos sobre el dinero imprescindible que necesitarían. Enseguida venía la elección del sitio. Por supuesto, apartado del ajetreo de la ciudad y, a ser posible, con vistas al campo. Una casita con jardín sería el ideal.

El trabajo de él no había dado para muchos ahorros, por eso necesitaban, con urgencia, ese golpe de suerte. De no ocurrir no habría forma de realizar el proyecto, el sueño más bien.

Desde el principio ella habló de su tierra. Repasaba sus ventajas, sobre todo el clima. Resaltaba los paisajes, la luz incomparable de la campiña, la belleza de la Sierra, de sus campos... Una tierra privilegiada, una tierra para vivir sin más oficio que tomar el sol y oír cantar los pájaros.

A veces, recordaba otras ciudades, pueblos que habían visitado; la playa, una aldea de pescadores... Desde su cansancio todos tenían un atractivo especial: el castillo, la alameda, cierta plaza...

Como el tiempo pasaba y el golpe de suerte no se producía, rebajaron el presupuesto podándole al sueño algunas ramas. La casita con jardín, suprimida. Bien mirado era un gasto superfluo, casi un lujo. Además, un jardín requería cuidados y, la verdad, ellos no estaban ya para esas faenas. Mejor un pisito reducido, aunque tuvieran que sacrificar algunos muebles. ¿De cuáles se desprenderían? Con los ojos semicerrados iban repasándolos: ¿Del sofá isabelino?, ¿de la consola?, ¿del costurero de palo santo?, ¿de la cómoda-escritorio poblada de cajoncitos secretos? Todos formaban parte de sus vidas, a todos se sentían ligados por algún recuerdo. Habían presenciado sus años de lucha y juventud, lo más sosegados de madurez y estos de ahora, serenos ya, pero con la angustia del mañana acorralándoles un poco más cada día.

⁶⁹ Relato ganador del premio *Hucha de Plata* en 1972.

Resultaba penoso decidirse, señalar los que debían ser sacrificados. Siempre terminaban cambiando de conversación sin llegar a ningún acuerdo.

Lo curioso era encontrarse ahora allí. Ni siquiera se preguntaban cómo y cuándo había sucedido. Todo tenía aire normal aunque, eso sí, flotando en una niebla suave, transparente.

La casa, desde el exterior, parecía tristonza y algo destartalada. Sin embargo las vistas alejaban al momento esa primera impresión. Estaba rodeada de campos, de silencio. Ni el menor ruido llegaba hasta ella. Una verdadera isla de paz. Tampoco hubo necesidad de sacrificar muebles. Las habitaciones eran espaciosas, cuadradas, luminosas. En ellas lucían holgadamente la gracia de sus líneas, los tonos suaves de la tapicería, el brillo apagado de la madera. En el testero principal, enfrente al paisaje, habían colocado la librería. A contraluz la consola, pero haciéndose notar por el agua tranquila de su espejo, por la solemnidad del reloj, detenido también en un merecido descanso, en un tiempo sin tiempo.

Acodados en las ventanas dejaban pasar los días, comunicándose sus impresiones. Lo importante era saber que todo estaba resuelto; sentirse al fin libres de sobresaltos, de preocupaciones, de cálculos angustiosos.

—Esa pradera es la de mi infancia —decía ella de pronto señalándola—, ¡cuánto me gustaba tenderme al sol sobre la hierba! En primavera se llenaba de lirios...

Y respiraba fuerte tratando de captar su perfume, pero sin extrañarse de no percibirlo, sin preguntarse tampoco en qué estación del año estaban. Lo bueno era aquella seguridad, saberse bien cobijados, con su pasado y su presente resumidos, flotando dulcemente en la niebla, rodeados de sus paisajes; liberados de los caprichos de la suerte.

También él señalaba sus descubrimientos;

—Ese río que se pierde a lo lejos entre los árboles, llega hasta el valle. Allí se ensancha, pero sus orillas quedan unidas por un viejo puente. La casa de mis padres estaba cerca. Cuando el río venía crecido, recuerdo que pasábamos mucho tiempo inclinados sobre el pretil. A veces arrastraba árboles enteros. En invierno flotaba sobre el cauce una banda de nieblas que se extendía a los montes, a todo el valle...Mi madre, cansada de nuestros juegos y

alborotos, solía rogarnos: “¡Dejadme un poco tranquila!, ¿no veis que estoy abrumada?”. Siempre me ha gustado esa palabra. Me imaginaba a mi madre envuelta en niebla, como el río, como los árboles. Así debemos estar nosotros ahora, abrumados, por eso no recordamos lo ocurrido, pero no importa, estamos aquí, frente a nuestros paisajes, con la felicidad de poderlos mirar a todas horas.

En sus cortos paseos se acercaban al pueblo adentrándose por callejuelas hasta desembocar en la plaza, de anchos soportales y la cruzaban para ver de cerca la fuente ya sin agua ni peces y con el surtidor apagado. Por último se sentaban a descansar en el atrio de la iglesia.

—En mis tiempos —decía él—, había muchos pájaros revoloteando desde el campanario a esos cipreses del claustro.

—Habrán emigrado.

—Es posible.

Y regresaban a sus ventanas.

Lo que no lograban explicarse, cómo y cuándo había sucedido. Sin duda era cosa de la niebla que se les fue adentrando suavemente por los ojos, librándoles de preocupaciones, de ruidos; llevándoles como en volandas a una paz permanente.

OTROS RELATOS

(1970-1974)

EL SINO⁷⁰

—¿Y al Rubio no lo veremos más?

—Hombre, Rufo, estas cosas, ya sabes, son así.

Rufo se rascó la oreja y aguantó un rato con el entrecejo fruncido tratando de darle salida a otra pregunta que le bullía en la cabeza:

—¿Y usted, Quico, no sabe de ningún caso...? Bueno, quiero decir de alguien que...

—Quítate eso de la mollera, chaval, que no estás ya en edad de creer en paparruchas. Yo, desde luego, no sé de ningún caso y, aunque lo supiera. ¿Te figuras que el hijo de mi madre se lo iba a tragar? Cuando te suena la hora de irte al hoyo, te largas y sanseacabó; anda, come y no le des más vueltas.

—Pues yo al Rubio, qué quiere, no me lo quito así como así de la sesera. El domingo mismo le llevé unas naranjas con los cuartos que me dio el señor Paco. Una a una las fui sacando del capacho y se las puse allí al alcance, en la banquetta. Por cierto que el viejo de la cama de al *lao* les echó una mirada como para desconfiar. A mí me hubiera gustado mondárselas y ver cómo se las comía para irme tranquilo, pero el Rubio, a duras penas conseguía abrir los ojos. Como se me figuró que le vencía el sueño, abrevié la visita:

—Bueno, Rubio, me voy. A ver si te sanas y vuelves pronto por la obra. El maestro dice que al cubrir aguas haremos fiesta...

—¡Para fiestas estaba el pobre...!— Comentó Quico.

—El caso es que me miró y dijo que sí con la cabeza. ¿Usted cree que le daría tiempo de comerse las naranjas?

—No sé, no sé; como acabó de madrugada...Pero, no te preocupes, tampoco al viejo le habrán venido mal. Lo peor es que si le echó el guante la monja. Esas, ya se sabe, barriendo siempre para dentro...Como dicen que la caridad empieza por uno...

—Pues si el Rubio llega a barruntar el mal fin que le aguardaba, a buen seguro que no sale de su pueblo. Cuando le preguntaban por qué se vino, siempre contestaba con la misma cantinela: «En el pueblo no hay más oficio que hambrear. Eso de la riqueza del campo, fanfarronadas de cuatro señoritos; te lo digo

⁷⁰ Publicado en el nº 176 de *Papeles de Son Armadans*, XV/ LIX, en noviembre de 1970.

yo que las he pasado negras hasta el día en que me dije: Rubio, Tira palante y a lo que salga. Más de la mitad del camino lo hice a pie, luego, me fui arrimando a los camioneros y, algunos hasta me dieron de comer. Aquí, mejor o peor, cuentas con un jornal...»

—Quico, digo yo que tanto apencar con fríos y charreras, *pa* esto...

—Es verdad, chaval. —Y el Rubio, hay que reconocerlo, le echaba buen aguante y voluntad al trabajo, pero se ve que el hambre atrasada la tenía ya muy *clavá* de por dentro.

Sonó la campana de la obra. Quico y Rufo recogieron las tarteras:

—Vamos *pa* el andamio que ha sonao la hora de la tarea.

Quico se levantó remolón, arrastrando con parsimonia las piernas, acusando los trabajos del cuerpo. Rufo se hacía el despaciosos para guardarle distancia. Quico se detuvo:

—Pues ya sabes, *entoavía* fue peor lo del Gregorio, el que se cayó el andamio la semana antes de Navidad. Mismo a mis pies soltó el último aliento. ¡Y con la retahíla de críos que *dejao*...! Pa mí que el Gregorio se echaba la mitad de los días al trabajo sin probar bocado. Es que cinco críos chupan como lechoncillos y hay que andar arrimándoles de continuo. Debió darle algún mareo...

Hizo una pausa y después de mover la cabeza con desaliento, le apoyó a Rufo una mano en el hombro:

—No hay escape, muchacho. Como nazcas con el sino, revientas como un perro y ya está. Con decir luego que estaba escrito... ¡Coño, que lo borren! Del hoyo es verdad que no sale nadie, ni pobres ni ricos, pero a eso del sino podían ya haberle encontrado remedio, que la cosa viene de muy largo...

UN ANUNCIO FUERA DE SERIE⁷¹

Hablando hace unos días con el doctor Ara, me refirió un viaje que tuvo que hacer a Alemania, a Francfort, apenas terminada la última guerra europea. El espectáculo no podía ser más dramático y desolador, pero, en medio de tanta ruina, le sorprendió ver a la entrada del Palmer Garten, destacando en lugar visible, este anuncio: «La “Victoria Regia” ha florecido».

Fueron muchos los que se hicieron eco de la noticia y, abriendo un paréntesis al ajeteo cotidiano, a la labor sin tregua, a ese esfuerzo ejemplar que luego se ha llamado “el milagro alemán”, acudieron al Jardín de Plantas para ver el acontecimiento.

La “Victoria Regia”, planta acuática de la familia de las ninfeáceas, y lenta en florecer, no eligió para realizarse los días brillantes del Tercer Reich. Fue en medio de la destrucción y el caos, en plena derrota.

No sé si en el corazón de aquella gente que la contemplaba prendió una llama de esperanza, si les aportó algún consuelo o si interpretaron su florecimiento como un símbolo de lo indestructible, de lo eternamente renovado y perenne: la vida y la belleza.

Hasta aquí el mérito de la planta, su adelante, impasible, en el mundo limitado del estanque, a pesar del desastre que la rodeaba.

Lo que de verdad despertó mi admiración fue la lección del pueblo, que, aniquilado, sacaba todavía fuerzas de flaqueza, robando tiempo a su quehacer urgente, para acercarse a la flor con admiración y respeto.

Imaginé el desfile, ya sin armas, sin músicas ni marchas. Los rostros vencidos por el dolor.

Cuesta creer que ese pueblo fuera el mismo que se dejara arrastrar a la guerra más cruel, por ahora, que ha sufrido la humanidad. Un pueblo tan dotado para la admiración, evidenciando en su actitud no solo ternura y delicadeza, también ejemplar civismo.

Ante reacciones así, se llega a la conclusión de que, por encima o por debajo de la política, existen, agazapados, males que el pueblo no ve. Corrientes turbias y peligrosas.

⁷¹ Publicado en *Ya* (Madrid) el 9 de marzo de 1971.

Estoy segura de que esos hombres no se hubieran dejado arrastrar uno a uno, pero detrás de la voluntad de una nación está la de un contado grupo o la de un solo hombre, guiado o guiados de su ambición, de un desbordado deseo de poder, ocasionado a veces por una tara mental. Ellos son los responsables, los que, llegados el momento, arrastrarán al pueblo, y este, contagiado de un demoníaco impulso de hipnotismo colectivo, caminará ciego a su destrucción, despojado de su libre albedrío.

Pienso que en un pueblo que acude, como niño curioso, sin imposiciones, al simple anuncio de un acontecimiento como el referido, es merecedor de respeto y de un destino libre.

Y la mejor señal de que el hombre empieza a caminar con dignidad por la tierra, a merecerla, sería ver multiplicarse esos anuncios, donde nada se vende ni se compra, donde nada se encona ni destruye. Anuncios para un vivir libre. Anuncios para no perderse el florecer de la vida.

AL AMPARO DE DIOS⁷²

El amo Antonio no tenía más defecto que la prisa. Él hubiera querido un mandadero con alas, pero todavía no lo tengo mirado por estos contornos. Muchas veces le decía “No se me precipite, don Antonio. Cada cual tiene que ir a su aire, y mi parsimonia no quita que los mandados lleguen a buen fin.” Como era de buena ley, se reía. Envalentonao, me descaré un día:

—Pa donde todos tenemos que ir, más vale andarse por lo lento...

Frasquito quedó unos momentos caviloso.

—¡Ni que hubiera profetizao! Apenas alcanzó a doblar los cincuenta.

Doña Enriqueta suspiró tres veces, como poniéndole compás a los pesares:

—¡Mi pobre hermano...!

Frasquito dejó que al silencio corriera manao por los recuerdos de doña Enriqueta. Luego soltó lo suyo, lo que le había llevado hasta allí:

—Digo yo que pa quedar en este desamparo, mejor que Dios me hubiera llevado por delante...

—Déjalo estar, Frasquito, que Él sabe bien la hora que le cuadra a cada uno. ¿Qué te ha dicho mi sobrina?

—Que lo siente, pero como está pa casarse con don Jaime...

—¿Y el señorito Jaime no le puede acomodar en el cortijo?

—Dos veces fui por ver de arreglarme con él, pero las dos me despachó con lo mismo: “que está servido, que tiene la gente precisa; que me eche a buscar por otra parte...”

Doña Enriqueta volvió a suspirar.

—Ya usted ve, ¡con mi carga de años!, y después de cuarenta al servicio del amo.

—Hombre, Frasquito, no te desanimes, alguien te querrá. La honradez tiene por fuerza que apreciarse. Veré de hablarle a mi sobrina. ¡Quién mejor que ella para sacar la cara por ti!

—No sé, no sé. Con la bulla del casorio... En lo tocante a don Jaime, con franqueza, doña Enriqueta, me parece duro de pelar. No es que uno no esté hecho a apencar con lo que le toque. Yo,

⁷² Publicado en *Ya* (Madrid) el 26 de mayo de 1971.

para poder tirar del pedazo de pan, he agachado siempre la cabeza con humildad. Claro que amo como don Antonio, que en gloria esté, ya sé que no voy a encontrarlo.

—Mi pobre hermano era un hombre de corazón. Si él llega a sospechar que acabaría tan pronto, seguro que le deja un pasar.

Frasquito se miró las alpargatas y murmuró sin convencimiento:

—¡A lo mejor! Pero ahora el pasar me lo tengo que buscar con estas manos.

Y aunque quien extenderlas para darle más firmeza a sus palabras, se le quedaron agarrotadas por las muchas callosidades.

—Todo el huerto lo apañé con ellas, y el viñedo grande del barranco, y el olivar. Desde el amanecer cara a la tierra, doña Enriqueta, y luego, de atardecida, los mandaos. Recién llegado estaba del servicio cuando el padre de usted me tropezó en la plaza:

—“¿Quieres venirte pa el olivar?”

—Y como lo de uno es la tierra, me fui. Cuarenta años, y ahora, ya ve. Con el día y la noche.

Doña Enriqueta empezó de nuevo a enfilar suspiros. Su paga de viuda le venía estrecha; por ese lado nada podía hacer. En la sobrina pocas esperanzas se atrevía a fundar. Ni para ella tuvo nunca calor. Lo de Frasquito, verdaderamente, era un callejón sin salida.

—Le hablaré al cura, al alcalde, a mi primo Juan, que ha comprado recientemente unas buenas fanegas.

Y despachó a Frasquito, porque era la hora de la novena:

—No desesperes, hombre: algún arreglo digo yo que tendrá el percanse. Además, no olvides que el amparo de Dios no te puede faltar.

Frasquito cerró tras sí el portalillo, cruzó de acera y siguió calle abajo, sin rumbo, arrastrando con parsimonia los pies, caídos los brazos, negro el cavilar. Dejó a sus espaldas la iglesia, el Ayuntamiento, la plaza; las últimas casas y callejuelas y continuó camino adelante, sin volver la cabeza, hasta perderse en los campos, sin más horizonte que el día y la noche. Al amparo de Dios.

AGUA PASADA⁷³

Le aseguro que no tengo nada en contra de sus historias, pero uno lleva ya la suya tan liada que no es cosa de enredarla más. De todas formas, en parte, en lo que se me alcanza, estoy de acuerdo. Por ejemplo: también yo creo que de lo poco que se puede hablar con holgura es del ayer. ¿Ve cómo me avengo a entrar en su terreno, que no le rehúyo? Claro que mejor sería hablar del mañana. Eso tendría más agarraderas, a condición, claro, de pronosticar de buena fe. Quiero decir en serio y sin paparruchas. Desgraciadamente la casta de los profetas no parece haber arraigado en la tierra. El presente, si bien se mira, tampoco da para mucha plática. ¡Se nos va tan sin sentir! ¡Menudo aire lleva! Nuestra propia historia no empezamos a barruntarla hasta que andamos doblando las últimas esquinas y, aun así, se nos queda mal pergeñada. Quieras que no, siempre se deforma, supongo que depende del punto de mira y de los años, que no reparan en echarle más niebla de la cuenta a lo de por dentro... También las historias de los otros se nos escapan, aunque hayan quemado sus días a la par de los nuestros y pasado por trances parecidos. Es que a lo ajeno solemos ponerle menos atención, hasta lo apartamos con disimulo a un lado... Por mucho que se diga, el egoísmo y la pretensión mandan. Nadie le cede al prójimo, así, por las buenas, los primeros planos.

Puede que en verdad ande equivocado; tanto me lo afirma que ya ni se lo discuto. Va para mucho que me adormecí en la indiferencia, que remonté esa cuestecilla, tras la que, incluso el desasosiego se nos queda menguado y como fuera de tiempo...

Todo eso confirma lo que he dicho un centenar de veces: que nada tengo en contra de sus historias, aunque puesto a torcer la voluntad del lado de las preferencias —caso que todavía tenga alguna—, es natural que la incline por este otro, que es el que me va, por lo mucho que tiene de apartadero, sin cábalas ni maquinaciones. De propia voluntad me lo escogí, por ver de componer el ánimo, que tan sin barajuste lo llevaba...

⁷³ Publicado en el nº 50-51 de *Fablas. Revista de Poesía y Crítica* (Las Palmas de Gran Canaria) en 1974.

Yo, don Pascual, si he de hablarle con franqueza, no creo sacar ya ningún provecho de esos sucedidos. Tengo mucha andadura a la espalda y me sobra con lo que me fui topando por el camino, con los propios aconteceres... ¿Quiere un cigarro? Aunque me tache de machacón, vuelvo a repetírselo: lo pasado, pasado, y ni siquiera con miras a lo de «borrón y cuenta nueva». ¡Líbreme Dios!—igual puede decir ¡líbreme el diablo!, pero he querido tenerle en diferencia—. Ahora empalmo otra vez el hilo. Le decía que ni siquiera con miras a lo de la cuenta nueva. ¡Mucha verdad tendría que lloverme! Así y todo, de aceptar, sería con la condición de que esa vida nueva me la dejaran escoger a mi antojo y, por sobre todo, que fuera mía desde el principio. Quiero decir sin condicionármela, sin historias ni sucedidos remotos, sin caminos trazados. Puesto a pedir, sin el ajuste de los días, esa negrura del fin que nos mete el resuello en lo más hondo de las entretelas. Disculpe, don Pascual, que no hay intención de ofensa en lo que digo. Yo me precio de respetar al prójimo, por eso admito que lo suyo sea ir encarrilando ovejas y ensartando letanías, como lo mío, aunque a su ver por trochas descarriadas, es llevar el sentir hacia el propio razonar. ¡Qué quiere! Todo eso se me hace cosa de poco asidero y como sin sustancia...Disculpe otra vez. Como ve, no tengo arreglo, o me callo o digo todo lo que me bulle. Hoy por hoy, para mí, lo palpable es lo de pudrirse y, mientras no le encuentren remedio al trance, seguiré en mis trece, reconociendo, eso sí, que pueda andar errado. No sé si me explico. Hasta de hablar se pierde la costumbre. Es que estamos ya tan hechos a tener la boca cerrada, que lo raro es no habernos muerto de asfixia.

Usted, don Pascual, siga encarrilando ovejas y dándole al rezo, pero no me sermonee de por vida. Yo, como ve, no le hago mal a nadie. Hubo un tiempo en que tan recomido estaba de oír desatinos y torceduras, que sentí deseos de ponerme a gritar como un loco. Aquello pasó, créame. Ahora solo me digo: ¡Cuando lo aguantan será por eso de que sarna con gusto...! Es mejor que nos separemos sin porfías. Usted siga a lo suyo, que no he de ser yo quien le ponga el veto. A mí, ya se lo he dicho. El agua pasada no me mueve el molino. Prefiero seguir en mi madriguera, con mi silencio que, aunque usted no lo crea, también tiene música, como sus letanías...No se me vaya de mal talante, don Pascual. Es más,

si se tropieza por ahí con alguien que tenga en su contar algo nuevo sobre el mañana, échemele acá, que no quiero perderme la coyuntura. Mi vivir esquinado no quiere decir que cierre ojos y oídos a todo paridero de agua nueva. Siempre, claro, que la cosa tenga peso y no sea contra razón...

